

Rachel Cusk

Tránsito

Traducción de Marta Alcaraz



Lectulandia

Tras una dolorosa ruptura, una escritora se muda a Londres con sus dos hijas. El derrumbe ha sido el catalizador de varias transiciones personales, morales, artísticas, prácticas y ahora intenta construir una nueva vida para sus hijas y para ella. En la ciudad debe enfrentarse a aspectos de la existencia que hasta ahora había evitado y a considerar temas como la vulnerabilidad y el poder, la muerte y la renovación, en lo que supone una lucha por volver a sentirse viva.

Filtrada a través de la mirada impersonal de su inteligente narradora, *Tránsito* profundiza en los temas de la celebrada *A contraluz*. Una emocionante reflexión sobre la infancia y el destino, el valor del sufrimiento, los problemas morales de la responsabilidad y el misterio del cambio. Cusk captura con inusitada honestidad ese sentimiento tan humano de querer vivir a fondo la propia vida y al mismo tiempo huir de ella.

Lectulandia

Rachel Cusk

Tránsito

ePub r1.0

Titivillus 03-03-2018

Título original: *Transit*
Rachel Cusk, 2016
Traducción: Marta Alcaraz Burgueño

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Una astróloga me había enviado un *email* para comunicarme que tenía noticias importantes relacionadas con los acontecimientos de mi futuro inmediato. Veía cosas que yo no podía ver: los detalles referentes a mi persona, ahora en su poder, le habían permitido estudiar la información que le brindaban los astros. Deseaba ponerme al corriente de un tránsito trascendental que iba a tener lugar en mi cielo muy en breve. Los cambios que esa información podría conllevar habían despertado en ella un gran entusiasmo. Por una pequeña suma, pondría a mi disposición esos datos y me permitiría utilizarlos en mi provecho.

Intuía —continuaba el correo— que yo había perdido el rumbo en la vida, que a veces me resultaba muy difícil encontrarles un sentido a mis actuales circunstancias y encarar el futuro con esperanza; ella sentía que entre las dos existía una profunda conexión, y aunque ese era un sentimiento que no podía explicar, también sabía que algunas cosas debían desafiar toda explicación. Mucha gente blindaba su mente ante el significado que encerraban los cielos, lo comprendía, pero estaba firmemente convencida de que yo no era una de esas personas. Yo no tenía esa fe ciega en la realidad que obliga a los demás a pedir explicaciones concretas. Sabía que yo ya había sufrido lo bastante como para plantearme ciertas preguntas para las que todavía no había obtenido respuesta. Pero los movimientos de los planetas representaban una zona de reverberación infinita para el destino humano: quizá todo se redujera a que a algunas personas les costaba creerse lo bastante importantes como para figurar allí. Lo triste, continuaba, es que en estos tiempos de ciencia y descreimiento hemos perdido el sentido de nuestra propia relevancia. Nos hemos vuelto crueles, con nosotros mismos y con los demás, por creer que, al final, no valemos nada. Los planetas, continuaba, ofrecen nada más y nada menos que la posibilidad de recuperar la fe en la grandeza del ser humano: ¿cuánta dignidad y honor, cuánta bondad, responsabilidad y respeto aportaríamos a nuestro trato con los demás si creyéramos en la importancia cósmica de todos y cada uno de nosotros? Y era yo, precisamente, la persona capaz de comprender las posibles repercusiones para la paz mundial y la prosperidad del asunto, por no hablar de la revolución que un concepto ampliado del destino podría desatar en el ámbito de lo privado. Confiaba en que la disculpara por haberse puesto en contacto conmigo de aquella manera y por dirigirse a mí sin tapujos. Como ya había dicho, sentía que entre las dos existía una conexión muy

fuerte, y era eso lo que la había empujado a sincerarse conmigo.

Quién sabe si el algoritmo informático que había generado ese *email* habría generado a la astróloga misma: sus frases revelaban un carácter demasiado acentuado, y la nota de carácter se repetía demasiado a menudo; estaba inspirada de forma tan evidente en un tipo humano que ella misma no podía ser humana. Su empatía y su preocupación resultaban un poco siniestras; y por eso mismo, sin embargo, parecían también imparciales. Un amigo mío, a quien el divorcio había dejado deprimido, me había confesado hacía poco que a menudo se le saltaban las lágrimas con la preocupación por su salud y bienestar que expresaban los anuncios, los envases alimentarios y las voces enlatadas de los trenes y los autobuses, preocupadísimas, por lo visto, por si se pasaba su parada; de hecho, sentía algo parecido al amor, me había dicho, por la voz de mujer que, cuando conducía, lo guiaba con una entrega que su esposa nunca había demostrado. La vida brindaba una ingente cosecha de lenguaje y de información, y podía ser que el falso humano tuviera más sustancia y más capacidad empática que el original, que pudiera obtenerse más ternura de una máquina que de uno de nuestros semejantes. A fin de cuentas, la interfaz mecanizada era la síntesis de muchos humanos, no de uno solo. Su creación había requerido la vida de muchos astrólogos. Lo más reconfortante, sostenía él, era que ese coro oceánico no estuviera ligado a persona alguna, que pareciera venir de todas partes y, a la vez, de ninguna. A mucha gente esa idea podía parecerle desquiciante, lo sabía, pero para él, la erosión de la individualidad era también la erosión de la capacidad de hacer daño.

Había sido ese mismo amigo —un escritor— el que me había aconsejado en primavera que, si iba a mudarme a Londres con un presupuesto limitado, me comprara una casa mala en una calle buena antes que una casa buena en un barrio malo. Solo los muy afortunados y los muy desgraciados, me dijo, tienen una suerte pura: a los demás nos toca escoger. Al agente inmobiliario le había sorprendido que hubiese hecho mía semejante perla de sabiduría, si es que de sabiduría se trataba. Según su experiencia, me dijo, las personas creativas valoraban más la luz y el espacio que la ubicación. Tendían a buscar el potencial de las cosas allí donde la mayoría buscaba la seguridad de lo convencional, de lo que ya había alcanzado su máximo, de propiedades cuyo encanto no era sino la suma de posibilidades colmadas a las que nada se podía añadir ya. Lo irónico del asunto, dijo, era que esa gente, aun temerosa de la originalidad, estaba también obsesionada con ella. Sus clientes se extasiaban ante el mínimo rastro de elementos de época: pues bien, bastaba con alejarse un poco del centro para tenerlos en abundancia, y por una pequeña parte del presupuesto. Para él era un misterio por qué la gente seguía comprando en zonas de la ciudad de precios desorbitadamente inflados, cuando en barrios emergentes había auténticas gangas. Suponía que, en el fondo, se trataba de falta de imaginación. En esos momentos, dijo, el mercado ya no podía subir más, pero lejos de desanimar a los compradores, la situación parecía azuzarlos. Día sí y día también, era testigo de

escenas absolutamente disparatadas, con estampidas de gente que se abría paso a codazos en su despacho para pagar demasiado por muy poco, como si les fuera la vida en ello. Habían estallado peleas en alguna de las visitas que había concertado, había celebrado subastas de una agresividad nunca vista, hasta había recibido propuestas de soborno a cambio de un trato preferente. Todo, continuó, por propiedades que, a la fría luz del día, no eran nada del otro mundo. Lo más llamativo era la auténtica desesperación a la que el deseo abocaba a esa gente: lo llamaban cada hora para que los tuviera al corriente de cualquier novedad, o aparecían por su despacho sin motivo alguno; suplicaban y, en ocasiones, hasta lloraban; estaban furiosos y al minuto siguiente se arrepentían, y a menudo lo obsequiaban con larguísimas confesiones sobre sus circunstancias particulares. Esa gente le habría dado lástima de no ser porque, siempre, sin excepción, borraban el drama de su cabeza en cuanto todo terminaba y la compra se cerraba; olvidaban por completo no solo su comportamiento, sino también a las personas que habían tenido que padecerlo. Había tenido clientes que una semana le confiaban sus intimidades más truculentas y, a la siguiente, se lo cruzaban por la calle como si no lo conocieran de nada; parejas que habían tocado fondo delante de él ahora hacían su vida en el vecindario como si tal cosa. Y solo en el apogeo de aquella inconsciencia detectaba él una pizca de vergüenza. Al principio, en los inicios de su carrera, esos incidentes lo habían afectado, pero, afortunadamente, con la experiencia había aprendido a no tomárselos tan a pecho. Comprendía que, para sus clientes, él era una figura salida de la niebla rojiza de su propio deseo, un objeto de transferencia, por así decirlo. El deseo, sin embargo, seguía desconcertándolo. A veces llegaba a la conclusión de que la gente solo quería lo que no sabía si podría tener; otras veces el asunto le parecía más complejo. Muy a menudo, sus clientes le confesaban lo aliviados que se sentían de que su deseo se hubiera visto frustrado: los mismos que se habían puesto a gritar y a llorar como niños contrariados al ver que se les negaba una propiedad, acababan, transcurridos unos días, sentados en su despacho, muy tranquilos, contándole lo agradecidos que estaban por no haberla comprado. Por fin, se daban cuenta de lo poco que les convenía; querían saber qué otras cosas tenía en cartera. Para la mayoría, continuó el agente, la búsqueda y compra de un hogar era un estado intensamente activo, y la actividad comporta cierta ceguera, la ceguera de la obsesión. Casi nadie reconoce los designios del destino antes de que su voluntad se haya agotado.

Manteníamos esta conversación sentados en su despacho. Fuera, los coches avanzaban lentamente por la calle gris y sucia de Londres. Más que azuzarme a competir, le dije, la desesperación que había descrito había apagado cualquier atisbo de entusiasmo que la búsqueda de casa hubiera podido despertar en mí, me había dado ganas de marcharme enseguida. Además, yo no tenía dinero para enzarzarme en una guerra de pujas: si las condiciones del mercado eran las que me había descrito, apenas tenía posibilidades de encontrar un lugar donde vivir. Y, al mismo tiempo, me

rebelaba contra la idea de que las personas creativas, como él las llamaba, tuvieran que dejarse marginar por lo que, muy educado, había descrito como «sus valores superiores». Había empleado, me parecía, la palabra «imaginación»: lo peor que podían hacer esas personas era alejarse del centro en un acto de autodefensa y refugiarse en una realidad estética en la que el mundo exterior no sufría transfiguración alguna. Yo no tenía ningunas ganas de competir, pero tenía menos ganas aún de decretar nuevas reglas sobre en qué consistía la victoria. Yo iba a querer lo que todos querían, aunque quedara fuera de mi alcance.

El agente inmobiliario pareció algo sorprendido por mis comentarios. No había querido insinuar, continuó, que debiera marginarme. Él creía, simplemente, que el dinero me cundiría más, y que conseguiría algo antes, en un barrio menos sobrepreciado. Yo me hallaba en una posición vulnerable, de eso se daba cuenta. Y ese fatalismo mío era poco frecuente en el mundo en el que él se movía. Pero si estaba decidida a seguir al rebaño, sí había algo que podía enseñarme. Tenía los detalles allí mismo, delante: había salido al mercado esa misma mañana, porque la venta previa se había truncado. Era una vivienda municipal, y urgía encontrarle comprador enseguida, detalle que el precio reflejaba. Como podía ver, continuó, estaba en muy mal estado; en realidad, era prácticamente inhabitable. Por insaciables que fueran sus clientes, la mayoría no la habrían tocado ni en un millón de años, ni se les pasaría por la imaginación, si le permitía emplear ese término, aunque la ubicación de la propiedad era muy buena, eso no lo podía negar. Pero, dada mi situación, en conciencia, él no podía animarme a dar el paso. Aquella era una propiedad ideal para un promotor o un contratista, alguien con una mirada impersonal; el problema era que el margen era demasiado reducido para despertar el interés de esa clase de gente. Me miró a los ojos por primera vez. Evidentemente, añadió, no es un lugar en el que puedan vivir niños.

Al cabo de varias semanas, cuando la transacción se había cerrado, me crucé con el agente por la calle. Iba andando solo con un montón de papeles pegado al pecho y unas llaves tintineando en los dedos. Recordando lo que me había dicho, me preocupé por saludarlo, pero él se limitó a dedicarme una mirada inexpresiva y apartó los ojos. Entonces estábamos a principios de verano; ahora, a principios de otoño. Los comentarios de la astróloga sobre la crueldad me habían traído a la memoria el incidente, en el que, en su momento, me pareció ver la demostración de que, sea lo que sea lo que queramos pensar de nosotros mismos, no somos sino el resultado del trato que hemos recibido por parte de los demás. El *email* de la astróloga incluía un enlace a la carta astral que me había hecho. Pagué y leí su contenido.

Reconocí a Gerard al instante: avanzaba en bicicleta entre los coches bajo el sol, con la cara levantada, y al pasar no me vio. Su expresión exaltada me recordó la teatralidad de su persona, y también esa noche de hacía quince años, cuando se sentó completamente desnudo en el alféizar de nuestro piso, en la última planta del edificio, columpiando las piernas en la oscuridad y diciendo que no creía que yo lo quisiera. Ahora, la única diferencia apreciable residía en su pelo, que se había dejado crecer en una llamativa y despeinada melena de rizos negros.

Volví a verlo al cabo de unos días: por la mañana, muy temprano; esta vez estaba parado en la calle al lado de la bicicleta, sujetando de la mano a una niña vestida de uniforme. Yo había vivido unos meses con Gerard en un piso de su propiedad, piso que, hasta donde yo sabía, todavía ocupaba. Hacia el final de esa época lo dejé por otra persona, sin grandes ceremonias ni explicaciones, y me marché de Londres. Durante unos años llamaría de vez en cuando a nuestra casa en el campo, con una voz tan mortecina y distante que cualquiera habría dicho que llamaba desde el exilio. Y un buen día me envió una carta manuscrita de varias páginas en la que parecía explicarme por qué mi comportamiento le había parecido tanto incomprensible como moralmente incorrecto. La carta llegó justo después del nacimiento de mi primer hijo, en un momento agotador; fui incapaz de leerla hasta el final y, al dejarla sin respuesta, añadí otro pecado más a mi larga lista.

Después de saludarnos y de manifestar un asombro que, por mi parte, era fingido, pues ya lo había visto una vez sin que él me viera a mí, Gerard me presentó a la niña como su hija.

—Clara —dijo con voz decidida, aguda y temblorosa, cuando le pregunté cómo se llamaba.

Gerard me preguntó cuántos años tenían ya los míos, como si el crudo hecho de la paternidad pudiera suavizarse si yo también participaba de él. Me dijo que había visto una entrevista mía en algún sitio —de eso haría años, la verdad—, y la descripción de mi casa en la costa de Sussex le había dado bastante envidia. Los South Downs eran una de sus zonas favoritas del país. Le sorprendía verme de vuelta en la ciudad.

—Clara y yo hemos hecho la ruta de los South Downs. ¿Verdad, Clara?

—Sí.

—Siempre he pensado que, si llegáramos a marcharnos de Londres, es allí donde

iríamos —dijo Gerard—. Tengo permiso de Diane para leer porno inmobiliario, mientras la cosa se quede ahí.

—Diane es mi madre —explicó Clara muy digna.

La calle en la que nos habíamos detenido era una de esas avenidas arboladas flanqueadas de magníficas casas victorianas, garantes, se diría, de la respetabilidad del vecindario. Pasar por delante de sus setos bien recortados y de los enormes y relucientes ventanales siempre me había producido una sensación infundada de seguridad y, a la vez, de exclusión absoluta. El piso que había compartido con Gerard estaba cerca, en una calle cuyos vecinos ya empezaban a hablar con las primeras cadencias finales descendentes a medida que el barrio iba transitando hacia los municipios decadentes y de tráfico asfixiante que quedaban más hacia el este: las casas, si bien todavía elegantes, exhibían alguna que otra imperfección, los setos eran un poquito más rebeldes. El piso de Gerard era una red inmensa y laberíntica de habitaciones situado en las plantas superiores de una villa eduardiana cuyas asombrosas vistas capturaban a la perfección la degradación de lo salubre a lo sórdido, dicotomía de la que, por aquel entonces, Gerard parecía o bien responsable, o bien prisionero. La parte trasera del piso tenía vistas palladianas hacia el oeste: extensiones de césped bien cuidado, árboles majestuosos y destellos discretos de otras casas magníficas. La fachada, por su parte, se abría a un panorama sombrío de desolación urbana de la que el piso, dado que el edificio se levantaba sobre una cuesta, tenía una vista especialmente desprotegida. En una ocasión, Gerard señaló a lo lejos, hacia una estructura baja y alargada, y me dijo que era una cárcel de mujeres: teníamos una vista tan buena que, de noche, podían verse los diminutos puntitos color naranja de los cigarrillos de las presas, que fumaban en el pasillo que daba a las celdas.

Los ruidos del parque infantil que estaba al otro lado del alto muro se oían cada vez más. Gerard apoyó la mano en el hombro de Clara y se agachó para hablarle flojito al oído. Estaba dándole alguna clase de reprimenda, y me descubrí recordando su carta otra vez, y el catálogo de defectos míos que contenía. La niña era una criatura pequeña, frágil y bonita, pero mientras Gerard le hablaba, su delicada carita asumió una expresión de martirio supremo que daba a entender que había heredado algo del dramatismo de su padre. Lo escuchaba con interés mientras él la corregía, con esos sagaces ojos castaños clavados en la lejanía de la carretera, sin pestañear. Asintió con la cabeza muy levemente para responder a la última pregunta, dio media vuelta y cruzó la verja entre los otros niños, guardando las distancias.

Le pregunté a Gerard cuántos años tenía la niña.

—Ocho —contestó—. Pero como si tuviera dieciocho. Me sorprendía descubrir que Gerard tenía una hija. Cuando lo conocí, estaba tan lejos de haber resuelto las dificultades de su propia infancia que costaba creer que ahora fuera padre. Mi extrañeza se acentuaba por el hecho de que, en los demás sentidos, él no parecía haber cambiado: su cara cetrina, con sus grandes ojos de pestañas largas y

ligeramente infantiles, no había envejecido; todavía llevaba la pernera izquierda sujeta con una pinza de bicicleta, como siempre, y la funda de violín cruzada a la espalda, un rasgo tan inherente a su aspecto que ni se me ocurrió preguntarle qué seguía haciendo allí. Cuando Clara hubo desaparecido de la vista, Gerard dijo:

—Alguien me comentó que habías vuelto. No sabía si creerlo o no.

Me preguntó si había comprado algo por la zona y en qué calle vivía, y yo le respondí mientras él asentía vigorosamente con la cabeza.

—Yo ni me he mudado de casa —dijo—. Es curioso, tú has ido cambiado de todo, y yo de nada, y, sin embargo, hemos acabado los dos en el mismo sitio.

Hacía unos años, continuó, había pasado un tiempo en Canadá, pero por lo demás todo seguía como siempre. Solía preguntarse qué sentiría uno al irse, al alejarse de todo lo conocido y plantarse en otro lugar. Después de mi marcha, durante una temporada, al salir de esa casa todas las mañanas para ir a trabajar, miraba el magnolio que había junto a la verja, y la idea de que yo ya no pudiera ver el árbol lo sobrecogía por su extrañeza. Tenía un cuadro que habíamos comprado juntos — seguía colgado en el mismo sitio, entre los ventanales que daban al jardín trasero—, y solía sentarse a mirarlo mientras se preguntaba cómo podía soportar yo la idea de haberlo dejado ahí. Al principio, veía todas esas cosas —el magnolio, el cuadro, los libros y otros objetos que no me había llevado— como víctimas de mi abandono, pero con el tiempo eso cambió. Durante una temporada pensó que me dolería volver a ver esas cosas, las que había dejado. Después, al cabo de más tiempo, empezó a pensar que llegado ese punto tal vez me gustara volver a verlas de nuevo. Lo conservaba todo, por cierto, y el magnolio —por mucho que los demás residentes hubieran hablado de talarlo— seguía en su sitio. Un grupo cada vez más nutrido de adultos y de niños de uniforme iba congregándose junto a la verja, y costaba hablar con tanto ruido. Gerard no tenía más remedio que ir moviendo la bici, que sujetaba sin mucha fuerza por el manillar, para apartarla. La mayoría de los adultos eran mujeres: había mujeres con perros atados a una correa y mujeres con cochecito de bebé, mujeres muy elegantes con maletín y mujeres cargadas con las mochilas de los niños y las fiambreras y los instrumentos musicales. El sonido de sus voces crecía en mitad del gentío a medida que también lo hacía el ruido de fondo procedente del otro lado del muro, donde cada vez más niños llenaban el parque de juegos. Reinaba una sensación de *crescendo* inexorable, de histeria, casi, que cesaría de golpe con el toque de la campana de la escuela. De vez en cuando, alguna mujer saludaba a gritos a Gerard, y yo lo veía responder con un entusiasmo que siempre había camuflado su timidez social.

Sacó la bicicleta de entre el gentío y la bajó a la calzada, donde las primeras hojas rojizas empezaban a caer alrededor de los coches aparcados. Cruzamos a la otra acera. Era una mañana cálida y nublada sin gota de viento: comparada con la estridente escena que acabábamos de presenciar, aquí el mundo se nos antojó de repente tan apagado y estático que parecía que el tiempo se hubiera detenido. Gerard

confesó que todavía se sentía incómodo en la entrada del colegio, a pesar de que hacía años que se encargaba de llevar a Clara. Diane trabajaba muchísimo y, además, todavía soportaba peor que él los usos y costumbres escolares: ser hombre, dijo, le ofrecía, al menos, cierto disfraz. Cuando Clara era más pequeña, era él quien participaba en las rondas de actividades para los pequeños y de cafés matutinos. Había aprendido mucho, y no sobre la paternidad, sino sobre las personas. Le había sorprendido descubrir que las mujeres de los grupos de bebés lo recibían con hostilidad a pesar de que él nunca se había considerado especialmente masculino. Siempre había tenido amigas íntimas; de adolescente, su mejor amiga había sido Miranda —yo la recordaría, seguramente—, y hubo una temporada durante la cual los dos habían sido prácticamente intercambiables, compartiendo cama o desvestiéndose ante el otro sin vergüenza alguna. Pero en el mundo de las madres, su masculinidad se había convertido, de repente, en un estigma: él despertaba en ellas ora rencor, ora desprecio; era como si ni su presencia ni su ausencia fueran a concederle la victoria jamás. Al principio, cuando Clara era muy pequeña, se había sentido solo más de una vez mientras la cuidaba, y la nueva perspectiva sobre su niñez que le había dado el tener un hijo solía abrumarlo. Diane volvía a trabajar a jornada completa, y aunque a veces lo asombraba lo poco sentimental que era su mujer en materia de maternidad y su aversión por las actividades propias de las madres, fue entendiendo poco a poco que esos conocimientos —sobre la crianza y sus consecuencias— no eran algo que a ella le hiciera falta. Lo que sabía sobre ser mujer le bastaba; era él quien debía saber y aprender. Debía saber cuidar de otra persona, saber ser responsable, saber crear y mantener una relación, y ella le había permitido aprender. Ella le había entregado a Clara con una rotundidad de la que, estaba seguro, la mayoría de mujeres habría sido incapaz, y aunque le había costado lo suyo, él había mantenido el tipo.

—Ahora soy el marido preferido de todas —continuó mientras saludaba con la cabeza a varias de las mujeres, que se dispersaban con sus perros y sus cochecitos.

Nos alejamos del colegio y subimos despacio la cuesta que conducía hasta la parada de metro. Había algo automático en la elección del rumbo que habíamos tomado: yo no tenía intención de coger el metro, y Gerard, con su bici, tampoco, obviamente, pero la complejidad de nuestro encuentro, después de tanto tiempo, parecía decretar el acuerdo tácito de que, hasta saber bien por dónde pisábamos, nos convenía mantenernos en terreno neutral y desplazarlos por los hitos del espacio público. Me había olvidado de lo relajante que podía llegar a ser el anonimato de la vida urbana, le dije a Gerard. Aquí la gente no se pasaba el tiempo teniendo que explicarse: una ciudad era una interfaz descifrable, una especie de glosario del comportamiento humano que te ahorraba la mitad del trabajo de decodificación del yo para que pudieras comunicarte eficazmente gracias a una suerte de clave. Donde vivía antes, en el campo, cada individuo era la única representación, muy a menudo ilegible, de sus propias acciones y objetivos. En el proceso de autoexplicarse,

continué, mucho se perdía o se malinterpretaba; se hacían muchas suposiciones infundadas; poquísimas palabras lograban conservar un significado íntegro.

—¿Cuándo te fuiste de Londres? —preguntó Gerard—. Hará... ¿cuánto, quince años?

Había algo fingido en su vaguedad: daba la impresión de conocer bien los hechos que fingía no saber —justo lo contrario de lo que, supongo, pretendía—, y yo sentí una vergonzante punzada de culpabilidad por cómo lo había tratado. Volvió a sorprenderme lo poco que había cambiado Gerard desde entonces, aunque ahora daba la impresión de estar, en cierto modo, lleno, completo. En aquellos tiempos él era un esbozo, un contorno; yo había querido que fuera más de lo que era, y no acertaba a ver de dónde vendría ese extra. Pero el tiempo, como un pintor que completara la figura esbozada, le había dado densidad. Se pasaba los dedos por el pelo alborotado muy a menudo; tenía un aspecto saludable y bronceado, y llevaba una camisa de cuadros rojos y azules muy ancha, de esas que a su yo más joven le habrían gustado, considerablemente desabrochada para lucir la garganta morena. El tiempo y los lavados habían dejado unos colores de unas tonalidades tan pastel, tan desvaídos que me pregunté si no sería la misma camisa con la que lo recordaba en esos años, hacía tanto tiempo. Siempre había sido muy frugal, tanto que el despilfarro y el exceso suponían para él una auténtica ofensa y lo empujaban a juzgar a los demás sin querer; con todo, recuerdo que una vez me confesó que había fantaseado con abandonarse a esos mismos actos de despilfarro absurdo y de destrucción que él tanto denostaba.

Yo le dije que, en mi ausencia, era muy poco lo que parecía haber cambiado: había advertido, continué, que cuando mis vecinos cruzaban la puerta por la mañana, impecablemente vestidos para ir a trabajar, solían detenerse para mirar a su alrededor con una sonrisa leve, como si acabaran de recordar algo agradable. Gerard se echó a reír.

—Cuesta mucho no volverse autocomplaciente con tanta autocomplacencia a tu alrededor —dijo.

Una de las ventajas de marcharse, eso lo comprendía él ahora, era que, así, cambiar resultaba más fácil. Era precisamente eso, suponía él, lo que siempre le había dado miedo: aparecer en algún otro lugar y darse cuenta de que, entretanto, se había perdido. Diane, continuó, era canadiense, y vivir en un continente que no era aquel en el que se había criado no parecía preocuparla lo más mínimo. Al contrario: ella estaba convencida de que instalarse en la otra punta del mundo le había ahorrado tener que enfrentarse a varias cuestiones de naturaleza afectiva paralizantes; a su madre, sobre todo. Pero la casa en la que él vivía en Londres, y el futuro que esa morada auguraba, encerraban algo inexorable, confesó Gerard: la gente, había acabado por comprender, no solía verse tan lastrada por sus orígenes como él. Había vivido dos años en Toronto con Diane, y aunque allí se había sentido libre —liberado, para ser sinceros, de lo que le había parecido un peso aplastante—, su sentimiento de culpa se había vuelto más intenso. Y con el nacimiento de Clara, el dilema se había recrudecido:

solo había algo más inconcebible que la idea de que la infancia de Clara fuera como la suya: que no lo fuera, que ella pudiera vivir su vida sin conocer nada de lo que, para Gerard, constituía la realidad.

Le pregunté por qué había empleado la palabra «culpa» para describir lo que otra gente habría llamado añoranza, y que, en cualquier caso, no era más que la ausencia del mundo que a él le resultaba familiar.

—Tener que escoger me parecía un error —dijo Gerard—. Que la vida entera se basara en elecciones me parecía un error.

A Diane la había conocido por casualidad, en la cola del cine. Él estaba en Toronto con una beca de investigación de seis meses que le había concedido un departamento de estudios cinematográficos de la ciudad. Había solicitado la beca con la certeza absoluta de que no se la concederían, pero, de repente, ahí estaba él, lejos de casa, a veinte bajo cero, haciendo cola para ver una de sus películas favoritas, *La noche de los muertos vivientes*, uno de esos clásicos tan reconfortantes. Resultó que Diane también era fan de las películas de miedo. Trabajaba en la CBC, en un puesto que entrañaba jornadas muy largas. Llevaban dos semanas viéndose de vez en cuando, cuando la persona a la que Diane pagaba para que le sacara a pasear a la perra —una poodle grande y llena de energía de nombre *Trixie*— se marchó de la ciudad. La perra le daba a Diane bastantes quebraderos de cabeza: por aquel entonces andaba liada en un proyecto muy estresante, salía de casa muy temprano y volvía tarde, ya de noche, y la hora que *Trixie* pasaba con el paseador de perros no le bastaba ni de lejos. Diane era una apasionada de los perros, y la crueldad de la situación de *Trixie* le parecía gravísima. Ahora, en plena crisis, iba a tener que buscarle una familia a la perra, lo que, tratándose de Diane, dijo Gerard, era como tener que buscarle una familia a tu hija.

Aunque no conocía demasiado a Diane —y no sabía nada de perros—, Gerard se ofreció a ayudarla. Daba una clase en la universidad por la tarde, pero de día podía disponer de su tiempo como quisiera. Pensaba volver a Londres al final del semestre, pero hasta entonces estaba dispuesto a ir al apartamento de Diane cada día, enganchar la correa al collar de *Trixie* y sacarla al parque a que brincara y se revolcara en el suelo.

Al principio, la perra lo ponía nervioso —era inmensa y muda y testaruda—, pero no tardó en empezar a disfrutar de los paseos, que lo llevaban a partes de Toronto que nunca había visto. También tenían la ventaja de desterrar las alternativas de su vida diaria, aunque a veces se veía paseando una perra enorme por una ciudad extranjera y se preguntaba cómo diablos había acabado así. Al cabo de una semana, más o menos, comenzó a tener la impresión de haberse adaptado a la rutina con *Trixie* o, por lo menos, de no asustarse tanto cuando, al abrir la puerta del apartamento, la veía dar un salto y gruñir. Al salir, lo acompañaba de bastante buena gana; trotaba orgullosa a su lado con la cabeza erguida, y él, a su vez, se descubrió también un porte más orgulloso con esa bestia silenciosa trotando a su lado. Diane y él apenas se veían,

pero el grado de intimidad en su relación con *Trixie* era cada vez mayor, y un día se le ocurrió que, con esa disciplina y ese dominio de sí misma con los que caminaba junto a él, no haría falta llevarla atada; de hecho, aquello era un poco ofensivo para la perra. Sin pararse a pensar, se agachó y la soltó, y al cabo de un instante *Trixie* había desaparecido. Él estaba parado en mitad de un cruce muy concurrido de Richmond Avenue, y tan solo acertó a vislumbrarla atravesando como una flecha marrón el tráfico, rumbo a la parte alta de la ciudad. Después, la perra se desvaneció por completo.

Era extraño, continuó, pero allí, en la acera, con las inmensas simas grises de las calles de Toronto abriéndose a los lados y la correa colgando de la mano, se había sentido, por primera vez, en casa: pensar que sin querer había provocado un cambio irreversible, que su fallo constituía la fuerza que había abierto un camino nuevo, era, advirtió allí parado, lo más cercano y profundo que había conocido. Su fallo había dado lugar a una pérdida, y la pérdida era el umbral de la libertad: un umbral incómodo y violento, sí, pero el único que había sido capaz de cruzar en su vida; porque normalmente, continuó, eran los acontecimientos los que lo empujaban hasta allí. Había vuelto al apartamento de Diane y había esperado en esas estancias cada vez más oscuras con la correa todavía en la mano, hasta que Diane llegó a casa. Supo lo que había pasado al instante; y por extraño que parezca, continuó Gerard, su relación empezó entonces. Él había destruido lo que ella más amaba; ella, por su parte, lo había expuesto al fracaso con unas expectativas que él era incapaz de cumplir. Sin proponérselo, habían dado con las mayores vulnerabilidades del otro: habían llegado, por ese terrible atajo, al lugar donde, para los dos, solían terminar las relaciones, y partieron de ese punto.

—Diane cuenta la historia mejor que yo —añadió Gerard con una sonrisa.

Ya nos habíamos internado en el parquecito que, discurriendo entre la falange de calles residenciales, abría un atajo hasta la estación de metro. A esas horas de la mañana estaba prácticamente vacío. En el parque infantil delimitado por una cerca había unos pocos niños de preescolar. Sus madres los observaban trepar entre las barras o miraban el móvil.

Pasaron otros dieciocho meses en Toronto, continuó Gerard, y fue entonces cuando nació Clara. Allí no podían permitirse comprar un apartamento, ni siquiera uno pequeñísimo, mientras que en Londres, pisos como el que Gerard todavía conservaba, y que había comprado años atrás por una suma modesta, se vendían ahora por cientos de miles de libras. Además, Clara necesitaba parientes cerca: según Diane, criar a un niño sin que nadie lo consintiera un poquito era de mal gusto.

—La familia de Diane es bastante disfuncional —dijo Gerard—. Al lado de la suya, la mía no pasa de despertar el sistema inmune.

Volvieron a Londres cuando Clara tenía tres meses: su hija no conservaría ni un solo recuerdo de esa ciudad árida y pálida en la que había nacido; ni un solo recuerdo de ese enorme y temperamental lago por cuyas ventosas orillas Gerard la había

paseado cargada en el pecho, en un portabebés; ni un solo recuerdo de la casa de madera pegada al tranvía que Gerard y Diane habían compartido con una comunidad de artistas y músicos y escritores siempre cambiante. La casa era una antigua tienda, y aún conservaba el escaparate: como estaba integrado en la sala principal, a sus inquilinos se los podía ver desde la calle, enfrascados en sus quehaceres. Muchas veces, al volver a casa, Gerard se quedaba sorprendido —sobre todo de noche, cuando las luces estaban encendidas y el escaparate se transformaba en un gran escenario iluminado— ante el retablo humano que veía allí dentro, ante las escenas de amor y de odio, de laboriosidad, de amistad o incluso de aburrimiento y disociación. Conocía bien a todos los actores —en cuanto entraba en casa, él se convertía en uno más—, pero solía quedarse en la calle, mirando, como hipnotizado. En cierto sentido, lo sabía, todo aquello era pura pose de artista, pero para él encerraba una verdad sobre Toronto y su vida en la ciudad, una distinción vital que él reconocía aun siendo incapaz de entenderla del todo, aunque la palabra que siempre le venía a la cabeza al tratar de describirla era «inocencia».

—No creo que en Londres, entre mis conocidos, hubiera podido vivir así —afirmó—. Aquí hay demasiada ironía. No hay lugar para la pose: cualquier cosa es ya una imitación de sí misma.

Sin embargo, Diane y él habían vuelto, y aunque ese ambiente reactivo a la inocencia a veces era asfixiante —«hasta el *pub* es irónico», añadió Gerard mientras nos acercábamos al local, situado en un edificio antaño sórdido pero que ahora era una alusión restaurada a su inexistente historia—, la fuerza de la costumbre era entonces un viento favorable. La suya era una vida de una estabilidad extraordinaria, dijo, algo bastante milagroso considerando de lo que ambos eran capaces. Aparentemente, y en su opinión al menos, seguía tal y como yo lo había conocido: vivía en el mismo piso, tenía los mismos amigos, iba a los mismos sitios los mismos días; hasta había ropa de entonces que seguía poniéndose. La diferencia radicaba en que tenía a Diane y a Clara: constituían una especie de público; de lo contrario, creía, no habría podido seguir como siempre. Cada vez estaba más convencido de que la temporada que había pasado en Toronto había fundado esa costumbre: un refugio en el extranjero donde había hallado los recursos que le permitirían cimentar para siempre su existencia en Londres. Que la estabilidad pudiera considerarse hija del riesgo era una idea interesante; cuando la gente trataba de que las cosas siguieran como estaban, comenzaba, tal vez, el proceso de declive.

—En cierto modo, es como si siguiéramos viviendo en un escaparate —dijo—. Tiene parte de artificio, pero también es real.

Yo le dije que, en verano, cuando me mudé a Londres con mis hijos, todo nos resultaba tan extraño que al principio mi hijo mayor decía que aquello era como actuar en una obra de teatro: los demás interpretaban su papel y él interpretaba el suyo, y todo lo que pasaba y todos los sitios a los que iba le parecían irreales, no sabía por qué, como parte de una representación. Iban a empezar en un colegio nuevo

en el que tendrían que ser más independientes: en su antigua vida habían dependido de mí para todo, pero aquí habían perdido su indolencia casi de inmediato y habían empezado a organizarse de maneras que eran completamente nuevas para mí. Y como hablábamos muy poco de nuestra antigua vida, esa también había empezado a parecernos irreal. Cuando estábamos recién llegados, le conté a Gerard, solíamos dar algún que otro paseo vespertino por las calles de la zona, mirándolo todo como turistas. Al principio mis hijos me daban la mano medio a escondidas mientras caminábamos, pero después dejaron de hacerlo y empezaron a meterse las manos en los bolsillos. Al cabo de un tiempo, los paseos también llegaron a su fin: los niños decían que tenían muchos deberes. Cenaban a toda prisa y después volvían a su cuarto. Por la mañana se internaban temprano en el alba gris, trotando por las aceras llenas de basura, con sus pesadas mochilas brincando a la espalda. Mis conocidos, dije, aplaudieron esos cambios, que, evidentemente, les parecieron cuestión de necesidad. Los oía decir tan a menudo que se alegraban de verme tan recuperada, que empecé a preguntarme si yo no representaría algo más que un objeto de lástima; si no habría acabado encarnando, para mis conocidos, un miedo o un terror determinado, algo que preferían que nadie les recordase.

—Pensaba que todo te había salido rodado —comentó Gerard despacio—. Pensaba que llevabas una vida perfecta. Cuando me dejaste —continuó—, lo que me entristeció fue la idea de que fueras a darle tu amor a otro cuando podrías habérmelo dado a mí perfectamente. Pero el objeto de tu amor era algo que a ti te importaba mucho.

Me vino a la memoria entonces lo infantil y poco razonable que solía ser Gerard, su volatilidad y su exhibicionismo puntual. Repuse que, en mi opinión, la mayoría de los matrimonios funcionaban como dicen que funcionan los relatos, gracias a la suspensión de la incredulidad. En otras palabras: no era la perfección lo que los sustentaba, sino el empeño por evitar ciertas realidades. Yo era muy consciente, continué, de que por aquel entonces Gerard era una de esas realidades. Había que haberse llevado por delante sus sentimientos sin consideración alguna; de lo contrario, no habría podido haber relato. Y ahora, sin embargo, cuando me acordaba de aquella época, los elementos de los que me había deshecho —todo lo que había negado, todo lo que había olvidado a propósito en aras de la narración—, eran los que destacaban, y cada vez más. Igual que esos objetos que yo había dejado en su piso, las cosas de las que me había deshecho habían cambiado de significado con el paso de los años, y los cambios no siempre resultaban fáciles de aceptar. Mi propia indiferencia ante el sufrimiento de Gerard, por ejemplo, en la que por aquel entonces casi no había reparado, había acabado pareciéndome cada vez más criminal. Todas las cosas que había echado por la borda en busca de un futuro nuevo, ahora que lo que había saltado por la borda era ese futuro, precisamente, conservaban un poder acusador cada vez mayor, tanto, que me asaltaba el temor de estar siendo castigada en proporción directa a algo que ni siquiera había sido capaz de evaluar o enumerar. Tal

vez, añadí, nunca queda del todo claro qué deberíamos conservar y qué deberíamos destruir.

Gerard se había quedado callado y me escuchaba con cara cada vez más asombrada.

—Pero yo te perdoné —dijo—. Te lo decía en mi carta.

La carta, contesté, había llegado en una época en la que yo no estaba en condiciones de leerla, y mi sentimiento de culpa ante ese hecho fue creciendo tanto que, incluso cuando por fin podría haberme enfrentado a ella con más objetividad, evité leerla.

—Te perdoné —dijo Gerard poniéndome una mano en el brazo—, y espero que tú también me perdones.

Nos habíamos detenido delante del *pub*, y al cabo de unos instantes Gerard me preguntó si me acordaba del deprimente local que había allí antes.

—El blanqueado de la gentrificación —añadió—. Es universal, ha llegado hasta nuestras vidas.

Sus objeciones no iban contra el principio de mejora en sí mismo, sino contra la homogeneización gradual, contra la estandarización que aquellas mejoras parecían conllevar.

—En cuanto aparece —continuó Gerard—, la gentrificación borra todo lo que había antes, y, sin embargo, está concebida para que parezca que lleva allí toda la vida.

Gerard me dijo que, durante el verano, Clara y él habían pasado unas semanas haciendo senderismo por el norte de Inglaterra, completando un gran tramo del Penine Way. Diane se había quedado en Londres, tenía que trabajar y, de todos modos, caminar no era algo que la entusiasmara. Llevaban una tienda de campaña y se hacían la comida cada noche; nadaron en ríos, capearon tormentas y disfrutaron en colinas soleadas, y recorrieron a pie más de cien millas en total. Esas, creía Gerard, eran las únicas experiencias auténticas que quedaban. En aquel entonces, la idea de volver a Londres en septiembre, con la camisa de fuerza de la rutina, le había parecido descabellada, pero, aun así, aquí estaban.

Expresé mi asombro por el hecho de que esa delicada niña a la que acababa de ver hubiera podido recorrer semejante distancia.

—Es más fuerte de lo que parece —contestó Gerard.

La mención de Clara había desviado sus pensamientos, y me quedé mirándolo mientras él, de repente, se llevaba la mano a la espalda y daba palmaditas a la funda de violín.

—Mierda —dijo—, hoy lo necesita.

Le dije que no me había dado cuenta de que la funda fuera de la niña.

—La historia se repite —contestó—. Cualquiera habría dicho que iba a ser un poco más sensato, ¿no?

Recordé que me había contado que cuando anunció su intención de dejar el

violín, su madre le había escupido en la cara. Sus padres, ambos, habían sido músicos de orquesta: Gerard había aprendido a tocar el violín tan pequeño, y había tenido que practicar tanto, que los dedos meñique y anular de la mano izquierda se le habían deformado por presionar las cuerdas. La profesora de Clara, me dijo Gerard, había llegado a afirmar que la niña tenía un talento excepcional, aunque Gerard en absoluto estaba seguro de querer para su hija una vida cuyas posibilidades tanto lo habían atormentado a él durante tanto tiempo. A veces casi deseaba no haberle enseñado nunca un violín a Clara, lo que demostraba, continuó, que apenas reflexionamos sobre aquello que más nos ha formado, y que, en cambio, seguimos ciegamente el impulso de repetirlo. Tal vez nuestras heridas, añadió, sean el único lugar en el que puede arraigar el futuro.

—Aunque, para ser totalmente sincero —dijo—, nunca se me había pasado por la cabeza que un niño pudiera crecer sin música.

Había tratado de que la habilidad de Clara con el violín le resultara indiferente: estaba decidido a que su hija no creciera con la impresión que él había tenido de sus padres, la impresión de que el amor que sentían por él dependía de cuánto se sometiera a sus deseos. Y, tal vez, si acabó abandonando el violín fue, de verdad, para buscar una respuesta a esa cuestión, la cuestión del amor. Había un niño en su colegio, continuó, un niño de su curso al que no había llegado a conocer bien, que era malísimo para la música. Su mal oído se había convertido ya en una broma recurrente y no especialmente maliciosa, pero cuando cantaba los himnos en las reuniones del colegio, su voz —claramente audible— siempre daba lugar a comentarios chuscos, y decían por ahí que para el concierto de Navidad le habían pedido que en vez de cantar los villancicos se limitara a mover la boca. El chico, cosa desconcertante, había empezado a tocar el clarinete, con el que producía sonidos igualmente discordantes, pero su tenacidad en el estudio del instrumento era absolutamente inquebrantable. Infinidad de veces había pedido que lo dejaran ingresar en la orquesta del colegio, donde Gerard era la estrella, y siempre lo rechazaban; con lentitud y esfuerzo agónicos, fue batallando y pasando de curso. Su pericia musical era lo opuesto al instinto, pero un día, cuando por fin hubo alcanzado un nivel mínimo, la orquesta del colegio lo aceptó. Hacia la misma época, Gerard salió de la orquesta; no volvió a pensar en el chico. Pero al cabo de un par de años, en el último trimestre, Gerard asistió por casualidad al concierto de clarinete de Mozart interpretado por la orquesta del colegio. El solista era nada más y nada menos que el chico ese; y al cabo de unos cuantos años más, Gerard vio su nombre en negrita en un folleto que anunciaba un concierto en el Wigmore Hall. Ahora, continuó Gerard, es un músico famoso; a menudo, Gerard enciende la radio y ahí está, tocando el clarinete. Nunca he acabado de captar, añadió, la moraleja de la historia. Creo que tiene algo que ver con prestar atención no a lo que te resulta más natural, sino a lo que más te cuesta. Nos han imbuido tanto esa doctrina de que tenemos que aceptarnos, que la idea de no aceptarse es bastante radical.

Pasó la pierna por encima del sillín y se encajó bien el casco sobre el pelo alborotado.

—Tengo que volver a dejar esto. —Me miró con cariño auténtico—. Espero que te vaya bien en tu vuelta aquí. Le dije que aún no lo sabía: era demasiado pronto. Todavía salía de vez en cuando a dar un paseo de noche, cuando los niños estaban dormidos, y siempre me sorprendía lo tranquilo que estaba todo, lo vacías que estaban las calles. A lo lejos se oía el débil zumbido de la ciudad, y el silencio cercano parecía, en cierto modo, obra del hombre. Esa sensación, le dije a Gerard, la de que el mismo aire era artificial, constituía, para mí, la esencia de la civilización. Si quería saber cómo me sentía de vuelta en la ciudad, la sensación predominante era de alivio.

—Me encantaría que conocieras a Diane —dijo Gerard—, y me gustaría que vieras el piso. Puede que te sorprenda.

Lo primero que había hecho durante el periodo de malestar que siguió a mi abandono, confesó, fue derribar las paredes del piso para crear un único espacio enorme. Durante semanas, el piso fue un caos de polvo y escombros; Gerard era incapaz de comer ni de dormir, los vecinos no paraban de quejarse, y tuvieron que subir por las escaleras una inmensa viga de acero que soportara el techo. La gente creía que estaba loco de remate, pero a Gerard lo había poseído un arrebató, el de poder ver, situándose junto a las ventanas de un extremo del piso, las ventanas del otro lado. Seguía satisfecho con los resultados, aunque debía admitir que ahora que Clara estaba creciendo, aquello ya era menos práctico. Pero a lo que iba, dijo mientras apartaba la bicicleta de la calle, era a que, aunque ahora no me lo pareciera, el traslado a Londres suponía, en realidad, una oportunidad fantástica. Londres era una de las ciudades más importantes del mundo, dijo, y adaptarme a ella me fortalecería de maneras que, estaba convencido, iba a descubrir muy pronto.

El contratista me dijo que lo mío era como pedirle peras al olmo.

—El problema es la materia prima —dijo—. Que no la hay.

Se quedó mirando por la ventana de la cocina hacia el jardincito. Las losas de cemento estaban levantadas en ángulos imposibles, quebradas por las raíces de los árboles que se habían ido abriendo camino por debajo. Había un manzano que se inclinaba sobre las frutas podridas del suelo y una conífera dominante que había obligado a los árboles de alrededor a crecer en posturas extrañas. Parecían congelados en poses locas o afligidas. Algunos habían crecido de lado, contra la valla, y la habían roto justo donde el jardín quedaba demediado. La mitad más alejada era nuestra, y a ella se accedía por una pasarela estrecha que partía de la puerta trasera. La mitad más próxima pertenecía a los vecinos de abajo, del piso del sótano. Su parte del jardín estaba llena de cosas en diversos estadios de descomposición, y los límites entre adorno y basura se habían desdibujado. Había trozos de tubos de plástico y muebles rotos, cazos abollados, tiestos hechos pedazos, un comedero de pájaros oxidado, un tendedero metálico tumbado y con una maraña de hojas podridas encima; y también varias estatuas, descascarillados hombrecitos con caña de pescar, un reluciente bulldog marrón de carrillos colgantes y, en el centro, la extraña figura de un ángel negro con las alas abiertas que descansaba sobre un pedestal también negro. Esa parte del jardín estaba infestada de palomas y ardillas: a pesar de lo evidente de la miseria y el abandono del lugar, el comedero de pájaros se llenaba cada día, y hasta arriba. Los animales se agolpaban alrededor de la montaña de comida, entre escaramuzas, y cuando el plato quedaba vacío, se apostaban cerca, esperando, por lo visto, que la rutina se repitiera. Durante todo el día, palomas grises de aspecto enfermizo se posaban, encorvadas, en los alféizares de las ventanas y los bajantes. A veces, un ruido o un movimiento las molestaba, y sus aleteos al elevarse pesadamente en el aire y volver a posarse después resonaban contra las ventanas.

La puerta trasera del piso del sótano estaba justo debajo de la ventana de nuestra cocina. Dos veces al día se abría para dejar que un perro arrugado y renqueante saliera a ese patio asqueroso y después volvía a cerrarse de un portazo. Yo solía observar cómo la criatura se arrastraba por los peldaños de cemento rotos que daban al jardín, sobre los que dejaba escapar entre sus temblorosas patas un chorrito de líquido que se escurría peldaños abajo. Se quedaba allí arriba, jadeando, hasta que los

gritos de dentro lo obligaban a enfilar el camino de vuelta con lentitud desesperante. El suelo que nos separaba del piso de abajo era delgadísimo, y las voces de los vecinos se oían muy claramente. En especial en la cocina, donde el ruido de sus inopinados gritos podía darte un susto. Eran una pareja que rozaba la setentena; al hombre me lo encontré un día en la calle y me dijo que eran los residentes más antiguos, llevaban casi cuarenta años en el edificio. También eran los últimos inquilinos con contrato municipal: la marcha de los antiguos ocupantes de nuestro piso les había conferido aquel honor.

—Eran africanos —me dijo con un susurro ronco lleno de complicidad.

El representante de la agencia inmobiliaria me había dicho que el ayuntamiento estaba vendiendo estas propiedades antiguas en cuanto quedaban libres. Era por el mantenimiento, añadió: en las fincas viejas siempre se estropeaba algo. Por lo que al ayuntamiento respectaba, continuó, cuanto antes estirara la pata esa gente, mejor. Guiñó un ojo y señaló al suelo. Nunca se sabe, puede que no falte tanto. Si es capaz de aguantar, me dijo, un día podría comprar el piso de abajo y que la casa volviera a ser una única vivienda. Entonces, concluyó, estaría sentada sobre una auténtica mina de oro.

Era evidente que los vecinos de abajo todavía no se habían hecho a la idea de que tenían gente viviendo sobre su cabeza. Durante nuestra segunda o tercera mañana en la casa, unos golpes tremendos habían hecho temblar el suelo. Nos habíamos quedado callados, mirándonos, y al final mi hijo pequeño había preguntado qué era aquello. En cuanto hubo dicho esas palabras, desde abajo nos llegó otra ráfaga de golpes. Al oírlos por segunda vez, se hizo evidente que los vecinos estaban golpeando el techo del sótano a modo de protesta.

—Un nido de problemas —dijo el contratista, dándome la espalda y paseando la mirada por la cocina, cuyos armarios subían y bajaban siguiendo las ondulaciones del suelo. Se habían pintado las puertas, pero por dentro estaban descascarilladas y grises de viejas; los estantes bailaban sobre sus soportes. Las paredes estaban revestidas de un papel muy grueso con unos motivos en relieve que recordaban un sarpullido: también las había tenido que pintar, y en algunas partes el papel se había llenado de burbujas y se había despegado llevándose consigo pegotes de yeso.

El contratista tocó con el dedo una de las lenguas de papel colgante.

—Ya veo que es usted de ir poniendo parches —dijo mientras la empujaba contra la pared. Tomó aire aspirando entre dientes—. Yo le aconsejo que lo deje estar. Tenía una cara amable que, sin embargo, traslucía una curiosa expresión atormentada, como la de un bebé justo antes de echarse a llorar. Dobló esos brazos como tablones que tenía y miró al cielo con aire pensativo. Una vena púrpura le latía en la redonda y proporcionada calva.

—Ha hecho exactamente lo que le hubiera dicho que hiciera —afirmó tras un largo silencio—, esconderlo todo bajo una capa gruesa de pintura fresca y cerrar la puerta. —Dio golpes con el pie en el suelo, muy hundido en el centro de la estancia,

revestido de plástico laminado imitación madera—. No quiero ni pensar qué habrá aquí debajo.

Del sótano llegó un revuelo de murmullos y voces. Como mínimo habría que arreglar el suelo, le dije al contratista. Había que insonorizarlo, no quedaba otra: no podía dejarlo como estaba.

El contratista se quedó mirando el suelo en silencio sin descruzar los brazos, sopesando, por lo visto, lo que acababa de decirle. Se dirigió al punto donde estaba más hundido y dio un saltito. Al instante, bajo nuestros pies estalló una frenética secuencia de golpes. El contratista soltó una risa llena de pitos.

—El palo de escoba de toda la vida —dijo.

Me miró. Tenía los ojos pequeños, azules y llorosos, y siempre los entrecerraba, como si le molestara la luz o como si mirara demasiado a menudo cosas que no quería ver. Me preguntó a qué me dedicaba y le dije que era escritora.

—¿Y con eso se gana dinero? —preguntó—. Por su bien, espero que sí, porque esto es un pozo sin fondo, se lo aseguro. —Volvió a acercarse a la ventana, miró la parte del jardín de los vecinos y meneó la cabeza—. Anda que cómo viven algunos.

Le dije que había conocido a la antigua inquilina cuando el agente inmobiliario me acompañó a ver el piso. Estaba recogiendo sus últimas cosas: tardó mucho en abrir la puerta. En un momento dado, advertí que nos vigilaba por entre los visillos de la ventana que daba a la calle. El agente de la inmobiliaria le habló por la ventana y le dijo quiénes éramos, y la convenció de que nos dejara entrar. Era una mujercita arrugada y encogida cuya voz, al hablar, apenas si pasaba de un murmullo. Pero cuando el agente se hubo marchado se mostró más comunicativa. Estábamos arriba, en uno de los dormitorios: se sentó en el borde de la cama, con la pared manchada a sus espaldas. Le pregunté cómo eran los vecinos de abajo y me miró durante un buen rato, sin pestañear, con sus fatigados ojos castaños hundidos en las cuencas arrugadas. La mujer es peor que el hombre, dijo por fin. Los de la casa de al lado, añadió, eran muy amables, buena gente; profesores de universidad, anunció con orgullo. Desde que empezaron los problemas con los de abajo siempre la habían ayudado. Observó mi rostro detenidamente. Pero puede que con usted sea distinto, me dijo.

Le pregunté dónde iba a mudarse, y me dijo que volvía a Ghana: sus hijos ya se habían ido de casa y tenían piso propio. Ella me preguntó si había estado en Ghana y yo le dije que no. Es muy bonito, dijo, y la cara se le desarrugó y se le estiró. Durante todos esos años no había hecho más que soñar con Ghana. Su hija pequeña, que se llamaba Jewel, había sido la última en marcharse de casa, pero acababa de terminar los estudios y se había ido. Había decidido estudiar Medicina. —«¡Se tarda mucho, muchísimo!», exclamó la mujer dándose palmadas en las mejillas y balanceándose adelante y atrás en el borde de la cama con mudo alborozo—, pero por fin había terminado. Es usted libre, le dije, y vi que una sonrisita asomaba en su cara arrugada. Sí, contestó ella, asintiendo despacio mientras la sonrisa se ensanchaba, soy libre.

—Pobre desgraciada —dijo el contratista—. Pero que no se diga que no la advertí.

La cocina se llenó de un desagradable olor a carne, y el contratista se puso a husmear el aire con una mueca.

—Supongo que serán los de abajo haciendo la comida. —Volvió a cruzar los brazos gruesos y peludos y tamborileó en los bíceps con los dedos—. Tener a los albañiles por aquí no hará que mejoren las relaciones.

Me preguntó si había tenido trato con ellos desde mi llegada, «código Morse aparte», añadió mientras volvía a dar pisotones en el suelo. Esta vez lo hizo con más fuerza: de abajo llegó un grito ahogado y una especie de gemido, y después, al cabo de un instante, varios golpes secos como respuesta. Le dije que, nada más mudarnos, había bajado para presentarme.

—¿Y qué tal es el piso? —preguntó—. Un infierno, supongo. Por lo bajos que se ven los techos desde fuera, tienen que estar viviendo como ratas en una carbonera. En realidad, lo que más me había llamado la atención había sido el olor. Tras llamar al timbre me quedé esperando mientras, dentro, el perro ladraba sin parar, e incluso en el rellano su presencia resultaba abrumadora. Por fin, al cabo de un buen rato, oí ruidos de movimiento en el interior y el hombre con el que había hablado en la calle abrió la puerta.

—¿Quién es, John? —gritó una mujer desde dentro—. John, ¿quién es?

Se habían comportado más o menos civilizadamente, continué, hasta que mencioné a mis hijos. La mujer, en concreto —se llamaba Paula—, ni se molestó en disimular su opinión. Estará de coña, me dijo muy despacio sin quitarme los ojos de encima. Estábamos en la sala de estar; habíamos dejado atrás un pasillo agobiante, de techo combado y amarillento, desde donde alcancé a entrever por una puerta un dormitorio en cuyo suelo reposaba un colchón bajo un montón de sábanas, mantas mugrientas y botellas vacías. La sala de estar, llena de cosas, recordaba a una cueva; Paula se sentó en un sofá de velvetón marrón. Era una mujer corpulenta, obesa, con una melena gris y áspera a lo *garçonne* enmarcándole la cara. Su cuerpo grande y flácido tenía un inconfundible poso violento que vislumbré fugazmente cuando se volvió de repente para pegarle un manotazo tremendo al consumido perro —que durante mi visita no había parado de ladrar— y lo envió volando al otro extremo de la habitación.

—¡Cállate, Lenny! —bramó.

Entre aquel desorden, reparé en una fotografía en blanco y negro enmarcada que reposaba sobre el televisor. En ella se veía a una mujer de pie en la playa, muy ufana, en traje de baño: era alta y guapa y bien proporcionada, y los ojos se me iban a la fotografía no solo por el alivio que suponía ante la sordidez del entorno, sino por la creciente sensación de que la mujer me resultaba familiar. Al fin caí en la cuenta, por la nariz respingona y la barbilla puntiaguda que todavía podía distinguir en el rostro que tenía enfrente, de que esa mujer era Paula. El hombre, John, me había parecido

un poco más conciliador. Es que han sido años, ¿sabe?, dijo con voz ronca. Su piel tenía el color azul grisáceo que provoca la asfixia, y llevaba el pelo blanco alborotado. La mujer asintió en silencio, con la puntiaguda barbilla levantada y la boca convertida en una línea. Tal cual, John, dijo. Anda que no han sido años con los africanos esos, añadió él, ni te imaginas el ruido que hacían. Cuéntaselo, John, cuéntaselo. A partir de ese momento, la mujer decidió no intervenir más y se quedó allí con la boca apretada y la nariz levantada hasta que me fui. Yo había aprendido a andar por casa pisando con el mayor cuidado posible, le dije al contratista, pero inculcarles el hábito a mis hijos ya había sido más difícil. Ellos estaban acostumbrados a otra vida, le dije.

El contratista callaba, pensativo.

—Reconozco los problemas en cuanto los veo —dijo por fin. En los últimos diez años había sufrido dos infartos graves—. Y no quiero tener el tercero —añadió. Me preguntó si había pedido más presupuestos, y le dije que sí: a un contratista polaco que tenía un coche de los caros y, según me había dicho, una reputación que mantener; y a una empresa de jóvenes eficientes y educados que invadieron la casa vestidos con vaqueros inmaculados y zapatos de ante y teclearon mucho en sus portátiles antes de confesar que tenían tanto trabajo que tardarían un año en poder empezar las obras. Me preguntó por las cifras y yo se las di. Achinó los ojos y echó la cabeza un poco para atrás.

—Instalación eléctrica y revocado —dijo—, y esto —volvió a golpear el suelo con el pie—, habrá que levantarlo. Como le decía, sabe Dios con qué nos vamos a encontrar.

Podía darme una cifra aproximada, pero en ese tipo de obras siempre había que contar con gastos extra. Haría lo posible para que no fueran muy elevados: él solo quería asegurarse de que yo sabía en qué me estaba metiendo, nada más. Mientras hablaba, empezó a andar por la cocina dando golpecitos en las paredes, examinando marcos de ventana y agachándose a arrancar un trozo de zócalo con un destornillador para ver qué había debajo, lo que despertó otra serie de golpetazos.

—Anda que no las he visto de todos los colores, créame —me dijo volviendo la cabeza—. Es lo que tiene que las personas vivan unas encima de las otras como aquí...

Gente que se les había metido en una casa mientras sus hombres estaban trabajando, dispuesta a arrancarles las herramientas de las manos; había recibido un sinfín de amenazas, legales y de otro tipo; había quien lo había culpado de sus desgracias, de sus enfermedades y de sus crisis nerviosas, incluso de su vida entera, a veces, porque hay gente —señaló el suelo que pisábamos— que nunca acepta sus responsabilidades y que siempre busca a otro a quien culpar. Y por evidente que fuera que esa culpa no le correspondía, que él no era más que el representante de los deseos y objetivos de otros, que solo hacía su trabajo, aun así, estaba en la línea de fuego.

—¿Le importa que eche un vistazo ahí atrás? —preguntó.

Salimos a mi mitad del jardín para que pudiera examinar la parte trasera de la casa. Cuando abrimos la puerta, una inquieta nube de palomas asustadas echó a volar a nuestro alrededor aleteando entre zureos. El contratista se llevó la mano al pecho.

—¡Menudo susto me han dado! —dijo con una carcajada contrita y sibilante.

Pesadamente, el guirigay de pájaros color polvo volvió a ocupar los alféizares y los bajantes que se entrecruzaban sobre los ladrillos.

—¡Dios bendito! —exclamó el contratista guiñando los ojos—. Son cientos. No me gustan las palomas. —Se estremeció—. Son horribles.

Lo cierto es que había algo malvado en esa manera que tenían los pájaros de agolparse en sus perchas, a la espera. Las peleas no eran raras, se daban empujones y picotazos, aleteando y buscando después un lugar donde volver a posarse, frenéticas. Las casas que teníamos a lado y lado fingían no saber nada de la miseria que habitaba entre ellas: desde nuestro jardín se veían sus fachadas traseras, perfectamente pintadas, que daban a cuidadas parcelas con barbacoas y muebles de jardín y parterres fragrantés. A menudo, en verano, me había sentado a oscuras en la cocina, ya muy tarde, mirando a los vecinos de al lado, cuyo jardín se veía desde la ventana: eran una familia, y cuando hacía calor, solían cenar fuera, con los niños corriendo y riendo por el césped hasta muy tarde y los adultos sentados a la mesa bebiendo vino. A veces hablaban en inglés, pero por lo general lo hacían en francés o alemán: recibían a muchos amigos, y en ocasiones, sentada a oscuras en esa habitación que tan poco familiar me resultaba mientras escuchaba el guirigay extranjero de su conversación, me invadía una sensación de desconcierto y me olvidaba de dónde estaba o de en qué fase de mi vida me encontraba.

La luz de la ventana del sótano daba al sórdido jardín y le confería un aire fantasmal de ruina o cementerio, con el ángel espectral elevándose en su centro. Parecía extraño que esos dos extremos —lo repelente y lo idílico, la vida y la muerte— pudieran estar separados por tan solo unos metros y permanecer inmutables, sin transformarse uno a otro.

A mi derecha tenía el jardín de los profesores, con un diseño geométrico de caminitos de grava, un santuario abstracto y unos helechos frondosos y esotéricos que invitaban al pensamiento y la contemplación. A veces veía al uno o a la otra en un banco a la sombra, leyendo. Habían hablado conmigo una vez, desde el otro lado de la valla, para preguntarme si me importaría darles alguna de mis manzanas como solía hacer mi predecesora. Por lo visto, el solitario árbol del jardín daba manzanas Brambley. Eran unas frutas sorprendentemente buenas: la vecina siempre les regalaba una cantidad generosa que les procuraba tartas de manzana durante todo el invierno.

—No se está haciendo la vida más fácil, precisamente —dijo el contratista cuando volvimos a entrar—, y mejor no sigo. Como le decía, esto es un nido de problemas. —Me dirigió una mirada burlona—. Es una lástima que tenga que pasar por todo esto. Siempre podría volver a poner la casa en venta, dejar que otro idiota se la quede. Cómprese algo en una urbanización agradable, aquí va a tener que hacer muchos

cambios antes de tenerlo todo listo, créame.

Le pregunté dónde vivía y me dijo que en Harringey, con su madre. No era el sitio ideal, pero, francamente, si te pasabas el día entero trabajando en las casas de los demás, ya no te quedaba mucha energía para interesarte por la tuya. Su madre y él se llevaban bastante bien; a ella no le importaba hacerle la cena, que bastante mal comía él por ahí, por no hablar del poco ejercicio que hacía. Uno diría que la construcción es una profesión física, dijo, pero yo me paso todo el día en la furgoneta. De joven había estado en el ejército; si todavía conservaba algo de forma, por poca que fuera, se lo debía a eso. Ahora que tenía el corazón fastidiado, tendría que empezar a preocuparse por su salud.

—Siempre que preocuparse signifique un momento de pánico durante los treinta segundos que tardo en caer inconsciente en la cama después de un día de trabajo.

Como todos los días a esa hora, el vacilante sonido de un trombón atravesaba la pared de la cocina: era la niña de la familia internacional de al lado, que practicaba con tanta monotonía y regularidad que hasta había acabado por saberme sus errores de memoria.

—Las construcciones estas, de pared de una sola hoja... —dijo el contratista meneando la cabeza—, no hay ruido que no las atraviese.

Le pregunté cuándo había dejado el ejército, y me dijo que haría unos quince años, más o menos. La de cosas que había llegado a ver, ya me lo supondría yo, pero por mucho que se hubieran complicado esas situaciones —incluso estando en el extranjero—, sus componentes siempre le habían resultado familiares. Lo que había visto en los años que llevaba de contratista, en cambio, sí le parecía como de otro planeta.

—Sin ánimo de insinuar nada —continuó, volviéndose y mirando por la ventana con los brazos cruzados—, cuando cada día te metes en casa de alguien, acabas aprendiendo un montón de la vida de la gente. Y lo curioso es que, por mucho que al principio estén incómodos, por mucho que en un primer momento traten de guardar las apariencias, al cabo de una semana o dos ya ni se acuerdan de que estás ahí. No es que te vuelvas invisible, cuesta mucho volverse invisible cuando estás tirando tabiques con un martillo —continuó con una sonrisa—, pero se olvidan de que puedes verlos y oírlos.

Le dije que poder ver a la gente sin que la gente te viera a ti debía de ser muy interesante. A los niños, me parecía a mí, se los solía tratar igual, eran testigos cuya presencia, a saber por qué, no contaba.

El contratista soltó una risa melancólica.

—Es verdad —dijo—, al menos hasta que empiezan los trámites de divorcio. Entonces todo el mundo les va corriendo detrás pidiendo su voto.

De algún modo, continuó al cabo de unos instantes, tenía la sensación de que a sus clientes a veces se les olvidaba que era una persona: se convertía, en cierto sentido, en una extensión de su voluntad. A menudo empezaban ordenándole que

hiciera cosas, como antaño la gente se lo ordenaba a sus sirvientes, cosas normalmente triviales pero que, a veces, eran tan impertinentes que le entraba la duda de si había oído bien. Cosas como que sacara a pasear al perro de sus clientes o les recogiera la ropa de la tintorería, que les desatascara el retrete y, en una ocasión, sonrió, que le quitara las botas a una señora porque le apretaban tanto que no se las podía quitar ella sola. Nunca le habían pedido, literalmente, que les limpiara el culo —si le perdonaba la expresión—, pero tampoco podía descartarlo como algo posible en un futuro. En el ejército también pasaban esas cosas, claro está. En cuanto a unas personas se les concede autoridad sobre otras, dijo, no hay manera de saber qué acabarán haciendo. Pero en el mundo de la construcción el equilibrio de poder es distinto, continuó: por mucho que tus clientes te odien y te detesten, también te necesitan, porque no saben hacer lo que tú haces.

—Mi abuela sirvió en una casa —dijo el contratista—, y solía decir que siempre le sorprendía la cantidad de cosas que la gente no sabía hacer sola. No sabían encender un fuego o cocer un huevo, no sabían vestirse solos. Como niños pequeños, me decía. Aunque en su caso —añadió—, ni siquiera llegó a saber qué era ser niña.

Él conocía a varios contratistas, continuó, que en aquellas circunstancias perdían hasta el respeto más fundamental: esa falta de empatía podía volverte una persona peligrosa. Más vale que alguien como usted no caiga en esas manos, me dijo. Pero había una indiferencia, un hastío, casi, que también entrañaba peligro y que nacía de darse demasiada cuenta de los sueños y las visiones ajenas: a veces era agotador verse sujeto al menor detalle de las obsesiones de sus clientes, convertirse en el instrumento de su deseo sin dejar de ser el defensor de lo posible. A veces llegaba a casa después de haberse pasado la jornada retirando unas baldosas nuevas que él mismo había colocado tan solo unos días antes, porque el cliente había decidido que el color no era ese; o después de trabajar durante horas en un baño cuya ducha abierta imitaba la experiencia de estar al aire libre bajo una cascada, y descubría que apenas si le quedaban fuerzas para ocuparse de sí mismo y de sus asuntos. Había desmontado cocinas que él no habría podido permitirse en la vida y las había tirado; había instalado suelos de madera de precio tan desorbitante que, mientras trabajaba, había tenido al cliente parado a su lado diciéndole que fuera con cuidado. Y a veces le tocaban clientes que no tenían ni idea de lo que querían, que querían que se lo dijera él, como si sus años en la profesión lo hubieran convertido en una especie de autoridad. Tiene gracia, dijo, pero cada vez que alguien me pide mi opinión o me pregunta qué tipo de casa construiría si tuviera que elegir yo, lo que imagino, cada vez más a menudo, es una casa completamente vacía, con todos los ángulos rectos y los rincones cuadrados, donde no hay nada, ni colores ni adornos, ni siquiera luz. Pero eso no suelo contárselo a mis clientes. No quiero que piensen que me da todo igual.

Echó un vistazo al voluminoso reloj de su muñeca y dijo que tenía que irse: había dejado la furgoneta aparcada fuera y ya sabía cómo se las gastaban los agentes de

tráfico de la zona. Lo acompañé hasta la calle, silenciosa en esa tarde gris. Nos quedamos un momento al pie de las escaleras y, juntos, miramos la casa, que por fuera era del mismo color que las del resto de la acera. Eran unos edificios victorianos de ladrillo gris de tres plantas, cada uno con unas escaleras que conducían a la puerta de entrada y otras que bajaban al sótano. Como la puerta del sótano quedaba justo debajo de la principal, en la entrada los peldaños formaban una especie de túnel, como la boca de una cueva. Sobresaliendo de la planta baja, un tanto elevado sobre el nivel del suelo, las casas tenían un mirador desde el que daba la sensación de estar flotando sobre la calle. Unas cuantas casas más allá, una mujer nos observaba desde el suyo.

—Desde aquí no tiene tan mal aspecto, ¿verdad? —dijo el contratista—. Casi ni se nota.

Se quedó allí, resollando, con las manos en las caderas. Me dijo que acababan de cancelarle una obra y que, si quería, podía mandarme un par de hombres enseguida. De lo contrario ya estaríamos hablando de las Navidades. Me dio una cifra aproximada, justo la mitad del presupuesto de los otros contratistas. Durante unos instantes, sus ojos entrecerrados recorrieron la fachada, arriba y abajo, como si buscaran algo que pudiera haberseles escapado, alguna señal, una pista de lo que estaba por venir. Se posaron sobre la puerta principal, donde había un curioso motivo de yeso blanco, una cara humana. Todas las casas tenían una: cada cara era diferente, algunas eran de mujer y otras de hombre; tenían los ojos ligeramente gachos, como si estuvieran interrogando a la persona que ocupara el umbral. En la casa de al lado había una mujer con unas virginales trenzas peinadas en un elaborado recogido alrededor de la cabeza; en mi casa, un hombre de yeso de cejas pobladas, frente prominente y barba larga y puntiaguda. Tenía, o al menos a mí me lo parecía, un aire paternalista a lo Zeus. Miraba desde arriba, como la barbada figura de Dios en una pintura religiosa, que menosprecia a la muchedumbre que tiene debajo.

El contratista me dijo que sus hombres llegarían puntuales, a las ocho de la mañana del lunes. Convenía que sacara de allí todo lo que no quisiera que se estropeará. Con suerte, tendríamos la casa lista en cuestión de semanas. Bajó la mirada hacia el sótano, donde los visillos sucios colgaban de la ventana. Desde dentro nos llegaron los ladridos del perro.

—Pero eso sí que no se puede arreglar —dijo el contratista.

Me preguntó si iba a encontrar otro lugar donde alojarme con tan poco tiempo. Durante una temporada la casa estaría en obras: mucho polvo y desorden, sobre todo al principio. Le dije que no sabía muy bien qué haría yo, pero que lo más probable era que mis hijos se quedaran con su padre. Me miró a la cara con sus ojos achinados.

—Él vive cerca, ¿no? —dijo.

Si lo de mis hijos quedaba solucionado, continuó, entonces ya nos las arreglaríamos. Los niveles de ansiedad de todos se reducirían considerablemente. Podía dejar uno de los dormitorios para el final: cuando el resto estuviera terminado,

yo podría instalarme en un cuarto mientras ellos trabajaban en el otro. Abrió la puerta de la furgoneta y se metió dentro. Vi que la cabina estaba llena de vasos de café de cartón vacíos y de envoltorios de comida y de trozos de papel. Como le comentaba, dijo el contratista, compungido, en este trabajo hay que conducir mucho. A veces se pasaba el día entero en la furgoneta y hacía las tres comidas allí. Acabas rodeado de desperdicios, continuó, meneando la cabeza. Puso la furgoneta en marcha, cerró la portezuela y bajó la ventanilla mientras arrancaba.

—El lunes a las ocho —dijo.

Le pregunté a Dale si con ese gris habría algo que hacer.

En la calle oscurecía, y la lluvia que golpeaba los ventanales de la peluquería parecía tinta resbalando página abajo. El tráfico avanzaba despacio por la calzada renegrida. Todos los coches llevaban las luces puestas. En el espejo, veía a Dale detrás de mí, levantando largos mechones de pelo y dejándolos caer otra vez. Sus ojos recorrían mi imagen con expresión voraz. Lo vi poner cara triste en el espejo.

—No te vendrían mal unas mechas —me dijo con tono de reproche.

La otra estilista, que estaba de pie, detrás de la clienta del sillón de al lado, entrecerró los párpados adormilados y sonrió.

—Yo me hago mechas —dijo—. Mucha gente se las hace.

—Es muy esclavo —dijo Dale—. Vas a tener que venir cada seis semanas. Es una atadura de por vida —añadió con tono sombrío, mirándome a los ojos en el espejo—. Lo único que digo es que tienes que estar segura.

La otra estilista me miró de reojo con sonrisa perezosa.

—A mucha gente eso no le supone ningún problema —dijo—. Además, la vida está llena de esclavitudes. Si por lo menos esta te hace sentir bien, ya es algo.

Dale me preguntó si me había teñido antes. Según parecía, el tinte podía acumularse y darle al pelo una apariencia sintética y apagada. Era la acumulación, más que el color propiamente dicho, la causa de ese aspecto artificial. La gente compraba una caja tras otra de esos kits de coloración en busca de un tono natural, y lo único que conseguía era que el pelo se pareciera cada vez más a una peluca apelmazada. Pero, por lo visto, eso era mejor que algunas vetas naturales de color gris. En realidad, y cuando del pelo se trataba, dijo Dale, lo artificial solía parecer más real que lo real: mientras lo que se viera en el espejo no fuera obra de la naturaleza, la mayoría de gente parecía feliz de tener el pelo como el del maniquí de un escaparate. Aunque una clienta suya, una señora mayor, llevaba el pelo gris suelto hasta la cintura. A Dale le parecía que en su melena, como en la barba del anciano, residía su sabiduría: tenía porte de reina, continuó, desprendía poderío con ese pelo cano. Volvió a levantarme unos mechones con las manos, sujetándolos y dejando que cayeran mientras nos mirábamos en el espejo.

—De tu autoridad natural, de eso se trata —dijo Dale. La mujer del sillón de al lado leía la revista *Glamour* con cara inexpresiva mientras los dedos de la otra

estilista trabajaban su meticulosamente plateada cabeza, embadurnándole mechones de pelo y envolviéndolos en pulcros paquetitos de papel de plata. La estilista era diligente y cuidadosa, aunque su clienta no levantó los ojos ni una sola vez para mirar.

El salón de belleza era un espacio amplio, blanco y muy iluminado, con tarima pintada de blanco y muebles barrocos tapizados en terciopelo. Los altos espejos tenían unos marcos tallados pintados también de blanco, y la luz la proporcionaban tres enormes candelabros que colgaban del techo y se desdoblaban en el reflejo de los espejos de las paredes. Estaba situado en una calle de tiendas deslucidas, restaurantes de comida rápida y ferreterías. A veces, cuando pasaba cerca un vehículo pesado, el cristal del escaparate vibraba.

En el espejo, la expresión de Dale era implacable. Su propio pelo era una graciosa mata de rizos oscuros llenos de canas. De unos cuarenta y algo, era alto y delgado, y tenía el porte elegante y esbelto de un bailarín. Llevaba un jersey negro ceñido que dejaba adivinar una leve tripita sobre sus delgadas caderas.

—No engaña a nadie, ¿sabes? —dijo—, lo único que hace es poner en evidencia que tienes algo que esconder. Era preferible a tener que exhibir lo que me gustaría esconder, le dije yo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de terrible parecer lo que uno es?

No lo sabía, contesté, pero eso era, evidentemente, algo que muchísima gente temía.

—Y que lo digas —replicó Dale, taciturno—. Según la mayoría, es porque no acaban de reconocerse en lo que ven en el espejo. Y yo les digo, ¿por qué no? Lo que necesitas no es un baño de color, es un cambio de actitud. Es por la presión, creo. Lo que le da miedo a la gente —dijo Dale levantándose el pelo para ver las capas escondidas— es que no la quieran.

En el otro extremo del salón, la gran puerta de vidrio se abrió de par en par y, atravesando la oscuridad, apareció un niño de unos doce o trece años. Dejó la puerta entornada, y el aire frío y húmedo y el estruendo del tráfico se colaron a ráfagas en el salón, cálido y bien iluminado.

—¿Puedes cerrar la puerta, por favor? —gritó Dale, de mal humor.

El chico se quedó parado, inmóvil, con cara de susto. No llevaba abrigo, solo camisa y pantalones, el uniforme gris del colegio. Tenía la camisa y el pelo mojados por la lluvia. Al cabo de unos segundos, una mujer entró por la puerta entreabierta y la cerró. Era muy alta y angulosa, tenía el rostro ancho y plano, de rasgos muy marcados, y el pelo, color caoba y peinado en una melenita corta que le llegaba exactamente a la mandíbula cuadrada. Sus grandes ojos recorrieron deprisa el salón. Al verla, el niño levantó la mano para aplastarse el pelo de lado sobre la frente. La mujer, que llevaba un abrigo de lana de aire militar, se detuvo un instante, alerta, como si anduviera en busca de un peligro, y después le dijo al chico:

—Venga, vamos, díles cómo te llamas.

El chico le dirigió una mirada suplicante. Por el cuello desabrochado de la camisa asomaba el pecho huesudo. Tenía los brazos caídos a los lados con las palmas abiertas en ademán de protesta.

—Venga —dijo ella.

Dale me preguntó si ya podían lavarme el pelo; entretanto buscaría entre las cartas de colores y trataría de encontrar el que mejor me sentara. Nada demasiado oscuro, dijo; me vienen a la cabeza castaños y rojos, más bien, algo más claro. Aunque no sea tu color natural. Creo que así se te verá más auténtica. Llamó a una chica que estaba barriendo el suelo y le dijo que había una clienta lista para pasar. Al instante, la chica dejó de barrer y apoyó la escoba contra la pared.

—No la dejes ahí —dijo Dale—, alguien podría tropezar y hacerse daño.

De manera automática otra vez, la chica dio media vuelta y, después de coger la escoba, se quedó parada, sujetándola.

—En el armario —dijo Dale con voz cansada—. Déjala en el armario y ya está.

La chica se marchó y volvió con las manos vacías, y después se acercó a mi sillón. Me levanté y bajé unos peldaños tras ella hasta el oscuro y cálido rincón donde tenían los lavacabezas. Me ajustó una capa de nailon a los hombros y después colocó una toalla en el canto del lavabo para que pudiera reclinar-me.

—¿Está bien? —preguntó.

El agua salía pulverizada, primero fría, después caliente. Cerré los ojos siguiendo las alternancias y los cambios, la sustitución de una temperatura por la otra y su posterior restitución. La chica me aplicó el champú en la cabeza con dedos vacilantes. Después me pasó un peine por el pelo y yo me dispuse a esperar como si esperara que alguien desentrañara un problema matemático.

—Ya está —dijo por fin, apartándose del lavacabezas.

Le di las gracias y volví al salón, donde Dale estaba muy concentrado mezclando una pasta con una paleta de tinte en un plato de plástico rosa. El niño estaba sentado en el sillón de al lado, y la mujer que leía la *Glamour*, con el pelo todavía envuelto en los paquetitos de papel de plata, ocupaba ahora un sofá junto a la ventana, donde seguía pasando las páginas con expresión vacía, una detrás de otra. A su lado estaba la señora que había entrado con el chico. Tenía el móvil en la mano y un libro abierto sobre las rodillas. La otra estilista estaba en la entrada, con un codo apoyado en el mostrador y una taza de café al lado, y hablaba con la recepcionista.

—Sammy —le gritó Dale—, tu cliente te está esperando.

Sammy intercambió un par de comentarios con la recepcionista y después se dirigió tranquilamente al sillón.

—A ver —dijo apoyando las manos en los hombros del chico, lo que hizo que este se estremeciera sin querer—, ¿qué hacemos, entonces?

—¿No tienes nunca la sensación —preguntó Dale— de que si tú no te ocuparas de que la cosa marchara, todo acabaría patas arriba?

Le contesté que, muy a menudo, tenía la sensación contraria: de que las personas

podían ser mucho más eficientes en ausencia de aquellos de cuyas instrucciones dependían.

—Entonces es que estoy haciendo algo mal —dijo Dale—. Sin mi ayuda, estas chicas no sabrían ni llenarse la bañera.

Cogió una pinza plateada y me sujetó un mechón de pelo. Iba a tener que dejarme el tinte media hora por lo menos, dijo: confiaba en que no tuviera prisa. Cogió una segunda pinza y aisló otra sección. Observé su cara en el espejo mientras trabajaba. Cogió un tercer clip y lo sujetó entre los labios mientras separaba un mechón de pelo de otro.

—En realidad, yo tampoco tengo demasiada prisa —añadió inmediatamente—. La persona con la que había quedado esta noche ha cancelado la cita. Por suerte —añadió—, al final.

En el sillón de al lado, el chico se miraba en el espejo con cara de interés.

—¿Qué te apetece? —le preguntó Sammy—. ¿Mohicano? ¿Rapado?

El chico sacudió los hombros y apartó la mirada. Tenía la cara suave y cetrina, y una nariz larga y redonda que le daba un aire meditabundo. Una extraña sonrisa furtiva no dejaba de rondarle la carnosa boca rosa. Finalmente murmuró algo, tan bajo que no se le oyó.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sammy.

Agachó la cabeza hacia el chico, pero él no lo repitió.

—Por extraño que parezca —continuó Dale—, ha sido un gran alivio. Y eso que esta persona me gusta mucho. —Se detuvo mientras sujetaba un mechón de pelo con una pinza—. Últimamente, cada vez estoy más convencido —calló de nuevo para sujetar otro mechón— de que no vale la pena el esfuerzo.

El esfuerzo de qué, le pregunté.

—Ay, no sé —contestó—, puede que sea cosa de la edad. Pero lo que pasa es que ya me da todo igual.

Hubo un tiempo, continuó, en que la idea de pasar una noche solo lo hubiera horrorizado. Lo habría asustado tanto que habría ido a cualquier lado y habría hecho cualquier cosa para evitarlo. Pero ahora había descubierto que prefería estar solo.

—Y si para los demás es un problema —continuó—, como te decía, paso de ellos.

Observé su figura oscura en el espejo, la destreza de sus dedos veloces, la concentración de su cara estrecha y alargada. A su espalda, apareció la recepcionista con un teléfono en la mano. Le dio unos golpecitos en el hombro y se lo acercó.

—Para ti.

—Diles que dejen un mensaje, estoy con una cliente.

La recepcionista se marchó y él puso los ojos en blanco.

—Me reafirmo en mi opinión de que este es un trabajo creativo —dijo Dale—, pero a veces me entran las dudas.

Él conocía a mucha gente creativa, añadió al cabo de un rato. Era un tipo de gente con el que se llevaba muy bien. Tenía un amigo en particular, un fontanero, que se

dedicaba a la escultura en sus ratos libres. Sus piezas estaban hechas con los materiales que usaba en su trabajo: trozos de tubería, válvulas y arandelas, canalones, sifones, lo que fuera. Tenía una especie de soplete que usaba para calentar el metal y doblarlo en formas distintas.

—Las hace en el garaje —dijo Dale—. Y son bastante buenas, la verdad. Lo que pasa es que solo le salen cuando se pone hasta arriba.

Cogió otro mechón de pelo y lo sujetó.

De qué, pregunté yo.

—Metanfetamina. El resto del tiempo es un tipo bastante normal. Pero, como te decía, en sus ratos libres se pone hasta arriba de meta y se encierra en el garaje. Dice que a veces se despierta por la mañana, tirado en el suelo, y ve que al lado tiene una cosa que ha hecho él, pero no recuerda cómo. No se acuerda de nada. Tiene que ser muy raro —dijo Dale sujetando el último clip con dedos como pinzas—. Como ver una parte de ti mismo que es invisible.

Sus amigos le caían bien —pensaba que antes podía haberme llevado una impresión equivocada—, aunque conocía a mucha gente que a los cuarenta seguía comportándose como a los veinticinco: de hecho, le parecía un poco deprimente ese espectáculo de hombres hechos y derechos saliendo de fiesta como locos, metiéndose de todo por la nariz y girando como novias el día de su boda en pistas de baile a reventar; él, personalmente, tenía mejores cosas que hacer.

Se enderezó y examinó su obra en el espejo apoyándose las yemas de los dedos en los hombros.

—Lo que pasa —continuó— es que esa vida, las fiestas, las drogas, pasar la noche en blanco, es, en esencia, muy repetitiva. No te lleva a ningún lado y tampoco lo pretende, porque lo que representa es la libertad. —Cogió el plato de plástico rosa y removió su contenido con la paleta de tinte—. Y para no perder esa libertad —añadió, cubriendo la paleta con la densa pasta marrón—, tienes que oponerte al cambio.

Le pregunté a qué se refería, y se quedó unos instantes con los ojos clavados en el espejo, fijos en los míos, y la paleta flotando en el aire. Después los apartó, cogió un mechón de pelo y le aplicó la pasta con movimientos precisos.

—Bueno, es verdad, ¿no? —respondió un poco enfurruñado.

No lo sabía, repuse: cuando la gente se liberaba, solía imponer cambios en los demás. Pero eso no significaba que conservar la libertad supusiera no cambiar. En realidad, lo primero que solía hacer la gente con su libertad era buscar una nueva versión de aquello que los había aprisionado. En otras palabras: no cambiar lo que privaba de aquello por lo que habían pasado tantos apuros.

—Es, en cierta medida, como una puerta giratoria —dijo Dale—. No estás dentro y tampoco estás fuera. Puedes quedarte dentro dando vueltas tanto tiempo como quieras, y mientras las das te crees libre. —Dejó a un lado el mechón de pelo tintado y se puso a pintar otro—. Lo que yo digo es que la libertad está sobrevalorada.

A nuestro lado, Sammy peinaba con los dedos el pelo oscuro y alborotado del chico, apreciando su textura y su longitud, mientras él miraba de reojo, alarmado, y agarraba con fuerza los brazos cromados del sillón. Sammy le echó el pelo primero a un lado y después al otro, mirándolo atentamente en el espejo, y después cogió el peine y le hizo una pulcra raya al medio. El chico puso cara de preocupación y la chica soltó una carcajada.

—Te lo dejo así, ¿vale? —le dijo—. Tranquilo, es broma. Solo es para que los dos lados queden iguales. No querrás ir por ahí con un lado más largo que otro, ¿no?

El chico apartó la mirada en silencio.

—¿Cómo es la expresión esa? Cuando de repente se hace la luz y tu modo de ver las cosas cambia —dijo Dale.

Le contesté que no lo sabía: me vinieron a la cabeza varias palabras.

Dale sacudió la paleta, malhumorado.

—Es algo de un caballo —dijo.

—Caerse del caballo.

—Yo me caí del caballo. La noche de fin de año, concretamente. Odio el puto fin de año. En eso consistió la caída, en parte, en darme cuenta de que odio el puto fin de año. Había invitado a un grupo de amigos a su casa, dijo. Estaban preparándose para salir y él empezó a pensar que odiaba esa noche y que era probable que los demás también la odiaran pero que nadie estaba preparado para decir algo así. Cuando todos tenían ya el abrigo puesto, él anunció que iba a quedarse en casa.

—De repente me dio pereza —dijo.

Por qué, quise saber yo.

Pasó un buen rato sin responder, pintando mechones de pelo uno detrás de otro hasta que acabé por pensar que no había oído mi pregunta o estaba resuelto a no contestarla.

—Estaba sentado en el sofá —dijo— y, de repente, sucedió.

Giró la paleta en el plato y, con mucho cuidado, cubrió los dos lados con la pasta marrón.

—Fue por un tío —dijo—; en realidad, no lo conocía mucho. Estaba ahí, metiéndose rayas. Se las había preparado con mucho cuidado en la mesita de centro. Y de repente me dio lástima. Tenía algo, un no sé qué. Estaba calvo del todo, el pobre capullo.

Retiró las pinzas de otro mechón y empezó a aplicarle el tinte. Observé cómo distribuía la pasta con movimientos regulares. Empezaba en la raíz, pero cuanto más bajaba, más minucioso se volvía, como si hubiera aprendido a resistir la tentación de concentrar sus esfuerzos al principio.

—Tenía una carita rechoncha muy graciosa —dijo Dale, y después se quedó callado sujetando la paleta—. Debió de ser esa mezcla de calva y cara graciosa lo que me llamó la atención. El tío este parece un bebé, pensé. ¿Qué hace un bebé metiéndose coca en mi sofá? Y en cuanto hube empezado a ver las cosas así, ya no

pude parar. De repente empecé a verlos a todos igual. Era un poco como ir de ácido —dijo, mojando de nuevo la paleta en el plato—, si no me engaña la memoria.

Sammy había empezado a pegar tijeretazos tímidos al pelo del chico.

—¿Y a ti qué es lo que te gusta? —le preguntó.

Él se encogió de hombros un poco, la sonrisa furtiva en los labios.

—¿El fútbol? —preguntó la chica—. O la cosa esa, cómo se llama... La Xbox. Os gusta a todos los chicos, ¿no? ¿Juegas a la Xbox con tus amigos?

El chico volvió a encogerse de hombros.

Todos creían que estaba loco de remate por querer quedarse en casa mientras ellos salían de fiesta, continuó Dale. Tuvo que hacerse el enfermo. Tiempo atrás, la idea de pasar el fin de año solo lo habría aterrado, pero en esa ocasión no veía el momento de quitárselos de encima. De repente, tuvo la sensación de que lo había entendido todo, de que los tenía calados a todos. Lo que descubrió en ese momento de caída del caballo fue que en su salón —y él se incluía— no había ni un solo adulto: eran todos niños en cuerpos demasiado grandes.

—Y no lo digo con ánimo condescendiente —aclaró.

—Mi hija pequeña tendrá más o menos tu edad —le decía Sammy al chico del sillón de al lado—. ¿Cuántos años tienes? ¿Once? ¿Doce?

El niño no contestó.

—Pareces de su misma edad. Ahora, sus amigas y ella solo piensan en maquillaje y en chicos. Un poco jóvenes para empezar ya con todo eso, ¿no te parece? Pero no las puedes parar. El problema de las chicas —continuó Sammy— es que no tienen tantas aficiones como los chicos. No tienen tantas cosas que hacer. Se quedan sentadas hablando mientras los chicos están fuera jugando al fútbol. Ni te imaginas —continuó— lo complicadas que son ya sus relaciones. Es por tanto hablar: si salieran fuera a correr no tendrían tiempo para tanta política. —Iba moviéndose alrededor del respaldo del sillón sin dejar de cortar—. Las chicas pueden ser muy malas, ¿no te parece?

El chico miró a la mujer con la que había venido. Había dejado el móvil y ahora estaba leyendo su libro.

—¿Es tu madre? —preguntó Sammy.

El chico dio un cabeceo de asentimiento.

—Le parecerás muy callado. Mi hija no calla nunca. ¿Puedes dejar la cabeza quieta, por favor? —añadió, deteniéndose con las tijeras en el aire—. Si no dejas de mover la cabeza, no te puedo cortar. No, mi hija no para de hablar. Se pasa el día cotorreando con sus amigas por teléfono, de la mañana a la noche.

Mientras Sammy hablaba, el chico movía los ojos de arriba abajo y de derecha a izquierda con la cabeza inmóvil, como si estuvieran graduándole la vista.

—A tu edad, los amigos lo son todo, ¿verdad? —preguntó Sammy.

Para entonces ya había anochecido. Todas las luces del salón estaban encendidas. Tenían la música puesta, y de la calle llegaba, ahogado, el ruido sordo y monótono

del tráfico. Había un enorme panel de estanterías de cristal en una pared con los productos a la venta dispuestos en hileras impecables, y cuando en la calle un camión pasaba demasiado cerca, las estanterías vibraban un poco y las botellas y los frascos tintineaban. El interior se había convertido en una deslumbrante cámara de superficies reflectantes mientras, fuera, el mundo se opacaba. Ahí donde posaras la vista, solo se veían reflejos de lo que ya había. Yo pasaba a menudo por delante del salón de noche y solía mirar el escaparate. Desde la oscuridad de la calle, aquello parecía un teatro, casi, con los personajes moviéndose bajo la deslumbrante luz del escenario.

Después de ese episodio, continuó Dale, y durante una temporada, cada vez que coincidía o hablaba con algún conocido —y con la gente que no conocía también le pasaba cada vez más, con clientes o desconocidos en la calle—, lo asaltaba, literalmente, la sensación de que eran niños en cuerpos de adulto. Lo veía en sus gestos y en sus manías, en su competitividad, en su ansiedad, en su rabia y su alegría y, sobre todo, en sus necesidades, tanto las físicas como las afectivas: hasta los conocidos suyos que tenían una pareja estable —relaciones que él había envidiado por la compañía y la intimidad— le parecían ahora poco más que mejores amigos en el patio del recreo. Durante semanas anduvo de aquí para allá envuelto en una especie de niebla de lástima por la raza humana, «como un tío de esos de la Edad Media, vagando por ahí vestido con tela de saco y tocando la campanilla»; aquello era bastante incapacitante, añadió Dale: algunos días se sentía físicamente débil y apenas si podía arrastrarse hasta el salón. La gente pensaba que estaba deprimido.

—Y puede que lo estuviera —añadió— pero yo sabía que estaba haciendo algo que tenía que hacer, estaba yendo a algún sitio, y no iba a retroceder ni aunque aquello me matara.

Al final de esa temporada se había sentido vacío, purificado, como si hubiera vaciado su mente por completo. Volviendo a la noche de fin de año, había tenido la impresión de que en esa estancia había algo enorme que todos fingían no ver.

Le pregunté qué era ese algo.

Ahora tenía a Dale detrás de mí, agachado, aplicándome el tinte en el pelo, y no le veía la cara. Al cabo de un rato se levantó y volvió a asomar en el espejo con el plato de plástico en una mano y la paleta en la otra.

—Miedo —contestó—, y yo no voy a huir del miedo, pensé. Voy a quedarme aquí hasta que se vaya. —Examinó el pelo embadurnado desde todos los ángulos, como un artista que examinara un lienzo terminado—. Ahora ya no tendría que tardar mucho. Habrá que dejar que suba un poco.

Tenía que ir a hacer una llamada rápida, si lo disculpaba. Su sobrino se estaba quedando en su casa; tenía que avisarlo de que los planes para la noche habían cambiado y, al final, no iba a salir.

—Con un poco de suerte —dijo Dale—, puede que hasta haya tenido el valor de hacerse algo de comer.

Le pregunté de dónde venía su sobrino y me dijo que de Escocia.

—Y no de un sitio moderno, precisamente. Mi hermana sigue viviendo en el culo del mundo, a saber por qué. —Él había ido a verla un par de veces, y no había tardado ni cuarenta y ocho horas en plantearse muy seriamente ponerse a charlar con las ovejas.

El sobrino era un tipo curioso, continuó Dale: todo el mundo había decidido que era autista o asperger o como se le llamase ahora a la gente que no es como los demás. Había dejado los estudios sin sacarse ningún título: cuando Dale había ido a verlos, él no trabajaba, se pasaba el rato sentado en la colina tirando piedras a la cantera para divertirse.

—Desde entonces ha cambiado un poco, por suerte. La otra noche hasta me preguntó si a la salsa de la pasta le ponía hierbas frescas o «solo» —Dale imitó unas comillas con los dedos— las secas.

Le pregunté cómo había ido a parar a Londres el chico, y Dale dijo que había sido tras una conversación con su hermana: le había dicho que el niño había empezado a decirle cosas preocupantes, que tenía la impresión de estar viviendo en un cuerpo que no le correspondía o en una persona que no le correspondía o algo así. —El chico no dice una palabra durante meses —dijo Dale—, y de repente sale con eso. Mi hermana no sabía cómo tomárselo. Me preguntó a qué creía yo que se refería. Le contesté que soy peluquero, no psicólogo. —Me cogió unos mechones de la cabeza—. Pero yo tenía una intuición, evidentemente. Le dije a mi sobrino que hiciera el equipaje y cogiera un tren, podía venir a Londres y quedarse conmigo. No estoy buscando compañía, le dije: me gusta mi vida tal y como es. Tengo un piso que está muy bien y un negocio que está muy bien, y quiero que se queden como están. Tendrás que poner de tu parte, le dije, y no voy a alojar a alguien que no trabaje, porque esto no es la puta beneficencia. Pero tendrás tu libertad, le dije, y Londres es una ciudad grande. Si aquí no encuentras lo que buscas, no lo encontrarás en ningún sitio. Y al cabo de una semana —añadió Dale— sonó el timbre y allí estaba él.

Una auténtica sorpresa no había sido, confesó Dale: su hermana le había dado un soplo un par de días antes para que tuviera tiempo de esconder todo aquello que a ella pudiera parecerle mal. Y durante esos dos días, a Dale empezaron a entrarle las dudas. Iba de habitación en habitación dándose cuenta de lo limpias y ordenadas que estaban; recreándose en la tranquilidad de su piso, en la libertad que tenía para entrar y salir a placer, para volver a casa después de trabajar y encontrársela tal y como la había dejado.

—La idea de tener a alguien allí siempre —dijo Dale—, alguien con quien tendría que hablar y cuyas cosas tendría que recoger, alguien de quien, en esencia, iba a ser responsable, porque a los dieciséis todavía eres un niño, y este no había salido en su vida de su pueblecito escocés... bueno, ya ves por dónde voy —concluyó—. Renunciar a todo esto es una locura, pensé.

Le pregunté si alguno de esos miedos suyos se había hecho realidad, y se quedó

callado durante unos instantes. Lo observé en el espejo, con los brazos cruzados sobre el estómago, donde la tímida tripa sobresalía de su cuerpo lobuno.

Evidentemente, al principio habían tenido sus más y sus menos en algún momento. Tuvo que enseñarle a su sobrino a hacer las cosas como a él le gustaban, y eso nadie lo aprende al instante: que se lo dijeran a él, con todos los aprendices que había tenido en el salón. Necesitas tiempo, dijo, tiempo y constancia. Pero ya habían pasado dos meses, y se llevaban bastante bien. El chico había encontrado trabajo de aprendiz de mecánico; tenía una vida social incipiente y hasta salía a bailar con Dale de vez en cuando.

—Cuando me da por aparcar la pipa y las zapatillas —dijo Dale— y salir por la puerta. Una vida compartida no puede ser igual que la que llevas tú solo. Pierdes algo —continuó—, y no sé si alguna vez llegas a recuperarlo. Un día mi sobrino se irá, y se me ha ocurrido que es probable que lo eche de menos, que el piso me parezca vacío cuando antes me parecía completo. Tal vez acabe perdiendo más de lo que esperaba —dijo Dale—, pero no puedes impedirle a la gente que aparezca y, cuando aparece, tampoco puedes preguntarle qué vas a sacar tú de todo eso.

Se dirigió al mostrador de recepción para coger el teléfono y yo miré al niño de la silla de al lado, cuyo pelo oscuro estaba ahora muy corto. Le dirigía frecuentes miradas de súplica a su madre, que seguía obstinadamente concentrada en su libro.

—Te está quedando muy bien —me dijo Sammy—. ¿Tienes algo especial esta noche?

Le dije que no, aunque al día siguiente por la noche iba a salir.

—Si te lo deja bien peinado, dura dos o tres días sin problema —me explicó Sammy—. Muy bien —le dijo al chico—, vamos a ver qué pasa contigo.

Le apoyó las manos en los hombros y le miró la cara en el espejo.

—¿Qué te parece? —preguntó Sammy.

No hubo respuesta.

—Vamos, ¿qué tienes que decir?

Vi que la madre del chico levantaba los ojos del libro.

—Vaya con el señor misterioso —dijo Sammy.

Los nudillos del chico, que agarraba con fuerza los brazos del sillón, estaban blancos. Fruncía su cara cetrina. Sammy levantó las manos y al instante el chico ya había dado un brinco y se arrancaba la capa de nailon que llevaba sujeta a los hombros.

—¡A ver, tranquilo! —dijo Sammy dando un paso atrás con las manos levantadas—. Aquí hay cosas muy caras, ¿sabes?

Con movimientos extraños, como a embestidas, el chico se alejó del sillón dando zancadas y se dirigió a la entrada. Su madre se puso en pie sin dejar el libro y lo observó mientras él tiraba de la puerta para abrirla, y al momento apareció la lluviosa noche negra, con su tráfico sibilante.

Había tirado del pomo con tanta fuerza que la puerta siguió girando sobre los

goznes incluso después de haberla soltado, y no dejó de avanzar hasta que por fin chocó contra las estanterías de cristal sobre las que, dispuestos en pulcras hileras, descansaban los productos de cuidado para el cabello. El chico se detuvo junto a la puerta abierta, petrificado, con la cara encendida y el pelo corto como de punta. Y se quedó mirando mientras de las estanterías se precipitaba un alud de botellas y frascos que cayeron y echaron a rodar por el suelo del salón con mucho estrépito, y después fueron las propias estanterías las que se derrumbaron con una ensordecedora cascada de cristales rotos.

Se hizo un instante de silencio durante el cual todos permanecimos absolutamente inmóviles, Dale con el teléfono en la mano, Sammy sujetando la capa de la que el chico se había deshecho, la madre, con el libro en los dedos, agarrado; hasta la mujer que leía la *Glamour* levantó por fin los ojos de las páginas.

—Me cago en la puta —dijo Sammy.

El chico echó a correr y se perdió en la calle negra y mojada. Durante unos instantes, su madre permaneció donde estaba, en mitad de ese centelleante campo de botellas y cristales rotos. En su rostro, una dignidad glacial. Se quedó mirando fijamente a Sammy sin parpadear. Después cogió el bolso, metió el libro dentro con cuidado y salió a la calle tras su hijo sin cerrar la puerta.

Los árboles tenían sus ventajas y sus inconvenientes, dijo Lauren. Sus formas inmensas, imponentes en la oscuridad como ogros o gigantes, invadían la ciudad. Se alzaban, altísimos, entre los edificios, al lado de las calles: tenía que admitir que eran espectaculares. Por la zona por donde íbamos, los gruesos troncos se hundían en el asfalto y las losas subían y bajaban en una serie de ondulaciones, presionadas por las raíces subterráneas. Algunas raíces asomaban a la superficie: sus formas ciegas y serpenteantes, más gruesas que un brazo humano, yacían incrustadas en la piedra. Estabas constantemente expuesto al riesgo de un tropezón, dijo Lauren; y en esa época del año, cuando las hojas empezaban a caer, todo el centro quedaba cubierto de una alfombra de hojas de unos cuatro o cinco centímetros, tan resbaladiza que aquello acababa convertido en una pista de patinaje.

Lauren me preguntó si, a pesar de todo, había tenido un buen viaje desde Londres. Con que la línea de Londres llevara dos minutos de retraso, ya perdías el trasbordo. Pasaba siempre, era muy complicado organizar un festival literario si los autores —y ellos no tenían la culpa, por supuesto— llegaban con retraso. Pero la inaccesibilidad del pueblo, tenía que reconocerlo, era también su encanto: la ruta que serpenteaba entre valles frondosos, destellos fugaces, como abismos, del río y las colinas mientras el tren se internaba en ese altísimo vacío, todo aquello era espectacular. Ella solía ir en coche por comodidad. Pero el viaje en tren era muy bonito.

Subíamos y bajábamos a toda prisa por la acera ondulante, doblando a la izquierda y a la derecha y a la izquierda otra vez mientras Lauren miraba cada poco el fino reloj de su muñeca. La luz de las farolas teñía de oro el tupido follaje en lo alto. Habían empezado a caer unas gotas de lluvia: golpeaban contra las hojas con un ruido seco. No teníamos que preocuparnos, dijo Lauren, mirando el reloj. Menos mal que yo andaba deprisa: con algunos autores —sin ánimo de ofender— eso no pasaba. Tendría unos minutos para acomodarme y despachar las presentaciones: los otros, le habían dicho, me esperaban en la sala verde.

Habíamos llegado a un edificio del centro con aspecto oficial por cuyas puertas abiertas escapaba un cuadrado de luz eléctrica procedente del atiborrado vestíbulo. Lauren se detuvo en el umbral y señaló hacia dentro. La sala verde era la segunda puerta a la izquierda: la encontraría fácilmente, seguro, me dijo. Ella tenía que ir al hotel a buscar a otro autor. Se sacó un paraguaitas del bolso. Por aquí no conviene

andar sin uno, dijo. Esperaba que el acto fuera muy bien: casi siempre iban bien, según parecía. El festival atraía un público muy entusiasta. Supongo que aquí tampoco hay mucho más que hacer, añadió, vacilante.

Cuando empujé la pesada puerta de madera para abrirla, el calor y el ruido me envolvieron al instante. Había gente sentada comiendo y bebiendo en mesas redondas; en una de las mesas había un grupo de cuatro hombres, y cuando la puerta se cerró de un portazo, todos volvieron la cabeza. Uno se levantó y se me acercó con la mano tendida. Se presentó como el moderador del acto. Era mucho más joven de lo que esperaba, y muy delgado y menudo, pero cuando nos dimos la mano su apretón resultó casi violento.

Me disculpé por el retraso y él dijo que no importaba en absoluto. En realidad, habían tenido un problema con la electricidad de la carpa: había llovido mucho el día anterior, por lo visto, y se había mojado algo que no se tenía que mojar, o al menos eso era lo que él había entendido; en resumen, fuera lo que fuera, había sonado bastante terrible. Pero ahora lo estaban arreglando, le habían dicho; por todo eso, el acto empezaría un cuarto de hora más tarde de lo convenido. Mientras tanto, estaba tomando algo con los demás autores. Le parecía que aquello era algo que no solía hacerse —era un poco como si la tripulación de un avión se tomara una copa antes del despegue—, pero, por lo visto, a los demás no les había preocupado en absoluto, y era a ellos a quienes el público iba a ver. Francamente, continuó, con estos no hay que moderar demasiado: una pregunta basta para que se enrolen durante horas.

Habíamos llegado a la mesa y todos se levantaron y me tendieron la mano, y después volvieron a sentarse. En la mesa había una botella de vino y cuatro copas; el moderador fue a buscar la quinta y me ofreció su silla. A uno de los hombres de la mesa ya lo conocía; a los otros dos, no. El hombre al que conocía se llamaba Julian. Era grande y rollizo y extrañamente infantil, igual que un niño gigante. Tenía un vozarrón y unos gestos que siempre parecían rayar la torpeza o el desastre, pero que, en realidad, eran rápida y deliberadamente satíricos: antes de que pudieras darte cuenta de que te había visto, él ya se había burlado de ti. La energía y la presteza de esa habilidad suya —siempre a punto de ebullición, a la espera de recibir a su objeto y reducirlo— ya me habían sorprendido antes. Una tenue aura de incomodidad flotaba alrededor de su corpachón, y se movía a menudo como queriendo apartarla, cruzando y volviendo a cruzar sus piernas pesadas, arremetiéndolo contra la mesa, revolviéndose en la silla.

Estaba hablándoles a los otros de un festival en el que había participado hacía poco y en el que había leído pasajes de unas memorias sobre su infancia. El libro describía su niñez con su padrastro, pues su padre había abandonado a su madre durante el embarazo, antes de que él naciera.

—Al menos no fue nada personal —añadió, y se quedó callado para que los otros pudieran reírse.

Después de la lectura se le había acercado un hombre del público y, llevándolo a

un aparte, había hecho la pasmosa afirmación de que él era su verdadero padre, el padre biológico de Julian. Julian arrugó la nariz.

—Olía tan mal que recé para que no fuera cierto —dijo. El hombre insistía en que en su casa disponía de documentos que demostraban el parentesco; le habló a Julian de su madre y del cariño que le tenía y de lo felices que habían sido juntos. Mientras hablaba, un segundo hombre salió de entre el público y, dándole a Julian unos golpecitos en el hombro, hizo la misma afirmación que el primero. Estaban saliendo como setas, dijo Julian. Aquello era como *Mamma Mia!*, solo que la acción se desarrollaba en Sunderland y con lluvia.

—No es un festival muy conocido —añadió, dirigiéndose a mí—. No creo que te gustara.

Se había vuelto un yonqui de los festivales, continuó: para ser sinceros, él daría charlas hasta en la fila del supermercado. La atención era algo de lo que nunca se cansaba.

—Es como mi madre y sus dos semanas en Lanzarote —dijo—. ¡Que no se te escape ni un poquito mientras puedas! Nada de un bronceado gradual y uniforme... Quiero quedar achicharrada del todo. Si mi momento al sol va a ser este, estoy decidida a ponerme las botas.

Juntó las manos formando una cazoleta para coger una porción de aire y se las llevó a la boca, bien abierta. Noté que el moderador me miraba de reojo muy a menudo mientras Julian hablaba, como si le preocupara que pudiera tomarme mal algo de lo que estaba diciendo. Era un hombre menudo y guapo, de expresión levemente solapada y brillantes ojos como cuentas. Tenía el pelo negro y poblado, y como lo llevaba muy corto, recordaba al pelaje de algún animal. Al cabo de un rato se inclinó hacia delante, me tocó el brazo y me preguntó si a alguno de los otros escritores —Julian y Louis— los había visto antes. Louis estaba sentado a la derecha de Julian. Llevaba una melena despeinada de aspecto grasiento que le llegaba al hombro, y barba de tres días. Su chaqueta de cuero rasgada y sus vaqueros manchados ofrecían un contraste tan marcado con el elegante traje azul marino y la corbata malva de Julian que su aspecto parecía, a pesar de su pose indiferente, intencionado y buscado. Observaba a Julian con mucha atención, y siempre que sonreía a algo que hubiera dicho, dejaba ver una fila irregular de grandes dientes marrones. Al otro lado de Julian se sentaba un chico mucho más joven de aire angelical cuyo pelo color pajizo caía en tirabuzones enmarcándole la cara. Durante las presentaciones no había podido oír su nombre: supuse que sería el novio de Julian. Su boca rosa con forma de lazo se curvaba en las comisuras, igual que sus redondos ojos azules, que nunca pestañeaban. Llevaba un abrigo azul marino muy ceñido abrochado hasta arriba, y hundía las manos en los bolsillos como si tuviera frío. Justo en ese instante se volvió y, acercándose a la oreja de Julian, le susurró algo antes de ponerse en pie para marcharse.

El moderador se miró el reloj y dijo que teníamos que ponernos en marcha. Fuera,

en el pasillo, esperó a que yo lo alcanzara mientras Julian y Louis se adelantaban. — ¿Te pone nerviosa hacer estas cosas? —Se detuvo mientras nos cruzábamos con gente que venía en el otro sentido y después se puso otra vez a mi lado—. Yo he descubierto que me encanta recibir invitaciones —añadió—, pero cuando todo termina me alegro mucho.

Llegamos al final del pasillo y abrimos la puerta: al otro lado, las formas geométricas de un jardín francés aguardaban en la oscuridad. La lluvia caía sobre los trozos rectangulares de césped en grandes cortinas rasgadas. A unos cien metros se alzaba una inmensa carpa llena de luz. El moderador dijo que íbamos a tener que darnos prisa. Echamos a correr en la oscuridad, bajo la lluvia, por el sendero de grava que conducía a la entrada. Los otros corrían delante, Julian dando grititos y tapándose la cabeza con la chaqueta del traje. La carpa estaba más lejos de lo que parecía, y mientras corríamos la lluvia empezó a caer en ráfagas súbitamente intensas. El moderador no dejaba de volverse a mirarme para asegurarse de que lo seguía. Cuando llegamos al otro lado, todos estábamos sin resuello y empapados. A Louis, el pelo le colgaba alrededor de la cara en mechones. La camisa de Julian tenía manchas oscuras de agua en los hombros y la espalda. En el pelo tieso del moderador se veían unas cuentitas transparentes que él se sacudió como un animal que se sacudiera el pelaje. En la entrada nos recibió un hombre con un sujetapapeles que, extrañado, le preguntó al moderador por qué no nos había traído por el camino cubierto. Lo señaló con el bolígrafo: una pasarela entoldada a nuestras espaldas que, rodeando los jardines por un lateral, llegaba directamente al lugar en el que nos encontrábamos. El moderador se echó a reír avergonzado y repuso que no sabía que estaba allí; nadie le había dicho nada. El hombre escuchó sus explicaciones en silencio. La organización del festival, claro estaba, no esperaba que el público —y mucho menos los participantes— fuera a llegar al acto empapado. A esas alturas, por desgracia, no había nada que hacer. El público ya estaba sentado, y ya íbamos con retraso. Tendríamos que salir —miró al destartalado grupo, nuestras caras coloradas y nuestro pelo mojado— como estábamos.

Nos condujo por un paso cerrado con una cortina negra hasta la parte trasera de un escenario improvisado. Al otro lado se oía el murmullo de la conversación del público. Visto desde detrás, el escenario era una escueta estructura de tabloncillos y postes verticales, pero desde delante, la plataforma era blanca, elegante y bien iluminada. Había cuatro sillas ante cuatro micrófonos, dispuestas para favorecer la conversación. Cada una tenía una mesita al lado con una botella de agua y un vaso. Caminamos hacia la plataforma y el público se quedó callado. Como la luz iba menguando, el público no tardó en perderse en las sombras, y el resplandor del escenario pareció intensificarse.

—¿Estamos en el lugar indicado? —dijo Julian dirigiéndose a la oscuridad y mirando a su alrededor con estupefacción cómica—. Buscábamos el concurso de camisetas mojadas. Nos han dicho que es aquí.

El público se echó a reír al instante. Julian sacudió su chaqueta e hizo una mueca mientras volvía a ponérsela con cuidado.

—Los escritores mojados son mucho más divertidos que los secos, os lo prometo —añadió sobre el fondo de una segunda oleada de risas.

De la oscuridad llegó el ruido del público acomodándose bien en sus asientos.

Julian se había sentado en la primera silla y Louis había ocupado la de su lado. El moderador se había sentado en la siguiente. Yo me senté en el extremo. El moderador se había unido a las risas que habían seguido al comentario de Julian; tenía las piernas firmemente cruzadas a la altura de la rodilla, y sus ojos calculadores recorrían el interior de la carpa. Sostenía un cuaderno en el regazo y lo abrió. Vi que la página que tenía abierta estaba escrita. Louis observaba a Julian dejando entrever sus dientes marrones.

—Me han dicho que a veces puedo ser un poco atrevido —le dijo Julian al público—, y a menudo no me doy cuenta. Tienen que avisarme. Algunos escritores fingen timidez, pero yo no soy de esos. Lo que yo digo es que el público quiere ver a los callados, a los espíritus torturados, a los que dicen odiar que les presten atención. Como Louis —continuó, y el público se echó a reír. Louis también se rio, enseñando los dientes todavía más y fijando sus pálidos ojos azules con su blanco amarillento en la cara de Julian—. Louis es de esos escritores que se lo pasa bien con el proceso creativo. Como esa gente que decía que se lo pasaba bien en el colegio. Yo, en cambio, odio escribir. Tengo que tener a alguien dándome un masaje en los hombros y una bolsa de agua caliente en el regazo. Solo escribo por el caso que me harán después; soy como un perro que espera su recompensa.

El moderador miraba sus notas con indiferencia estudiada. Era evidente que había perdido la oportunidad de intervenir: el acto iba como un tiro sin él. Me goteaba el pelo y el agua me resbalaba por la nuca.

Los escritores, continuó Julian, siempre trataban de llamar la atención: ¿por qué, si no, íbamos a estar sentados en ese escenario? Lo cierto, añadió, es que nadie nos había hecho caso de pequeños, y ahora íbamos a cobrarnos esa indiferencia. Según él, el escritor que negara el elemento infantil de la venganza en su producción era un mentiroso. Escribir era la manera que los escritores tenían de tomarse la justicia por su mano, nada más. Como prueba, bastaba con fijarse en la gente que tenía algo que temer de tu sinceridad.

—Cuando le conté a mi madre que había escrito un libro —continuó Julian—, lo primero que me dijo fue: «Siempre fuiste un niño difícil...».

El público se echó a reír.

Durante mucho tiempo, su madre se había negado a hablar del asunto, de su obra; tenía la sensación de que le había robado algo, no tanto los hechos de la historia que tenían en común como su propiedad.

—A los padres a veces les cuesta aceptarlo —continuó—. Tienen un hijo, o una hija, que es una especie de testigo mudo de su vida, y no les gusta que, al crecer,

empiece a ir contando sus secretos por ahí. Yo les diría: «Compraos un perro». Tuvisteis un hijo, pero lo que de verdad necesitabais era un perro, algo que os quisiera y os obedeciera pero que no fuera a decir nunca ni media palabra, porque la gracia de los perros es que, por mucho que les hagas, nunca te responderán. Me estoy acalorando —añadió, abanicándose la cara—. He conseguido que se me seque la ropa.

Él había pasado la infancia —por si alguno de los presentes había tenido la mala educación de presentarse sin haber leído su libro— en el norte, en un pueblo que no figuraba en ningún mapa turístico ni en los anales de la historia, aunque lo más probable es que estuviera extensamente documentado en los archivos del departamento de servicios sociales. Pobreza moderna, todo el mundo viviendo de subvenciones, obesos de aburrimiento y comida barata, y el televisor como el miembro más importante de la familia. En esa parte del país, la esperanza de vida de los hombres era de cincuenta años.

—Aunque, por desgracia —dijo Julian—, mi padrastro sigue desafiando esa estadística.

A su madre le concedieron una casa de protección oficial cuando él nació —«uno de los pluses de tenerme en su vida», añadió—, y no pasó mucho tiempo antes de que varios hombres empezaran a cortejarla. La casa era una construcción esquinera muy apetecible, con un aseo extra y unos metros más de jardín asqueroso que sus vecinos: la cola de pretendientes daba la vuelta a la esquina, tal cual. Él no recordaba la llegada de su padrastro, porque entonces todavía era un bebé; ¿y no era aquello lo peor?, preguntó Julian: que algo te hiciera daño antes de poder saber qué era. En cierto sentido, antes incluso de tener conciencia, ya era un producto defectuoso. Volver en sí había sido como abrir un regalo de Navidad y descubrir que lo que había dentro estaba roto.

—Y en nuestra casa —dijo Julian— eso sucedía muy a menudo.

Su madre y su padrastro no tardaron en tener dos hijas, las hermanastras de Julian, y la posición del chico como una carga que nadie quería, un marginado, acabó siendo abiertamente reconocida como una realidad diaria.

—Tiene gracia —continuó—, que cuando los padres les hacen cosas a sus hijos es como si creyeran que nadie puede verlos. Es como si el hijo fuera una extensión de ellos mismos; cuando hablan con el hijo, se hablan a ellos mismos; cuando lo quieren, se quieren a ellos mismos; cuando lo odian, es su ser mismo el que odian. Lo que vaya a llegar a continuación nunca se sabe, porque, sea lo que sea, el origen está en ellos, no en ti, aunque después te echen la culpa. Y, sin embargo, empiezas a pensar que la culpa es tuya; no lo puedes evitar.

Su padrastro no le pegaba casi nunca, eso tenía que reconocérselo: las palizas eran cosa de su madre.

La crueldad de su padrastro era de una clase mucho más refinada. Hacía lo indecible para poner de relieve la inferioridad de Julian, cuestionando su derecho a

comer y a beber, a vestirse y hasta a habitar esa casa. Casi daba lástima y todo, añadió Julian, cómo contaba las patatas fritas para asegurarse de que no me tocaban demasiadas. Y esa obsesión, esa crueldad, era, en cierto modo, una forma de atención. Le había inculcado a Julian la idea de que era especial, porque el hecho mismo de su existencia se hacía evidente en todo lo que sucedía. Y ese hecho se le hacía cada vez más insoportable a su padrastro, que si no le pegaba, Julian lo comprendía ahora, era porque sabía que, de haber empezado, no habría podido parar.

Al fondo del jardín había un cobertizo que nadie usaba —su padre no era un entusiasta del bricolaje, precisamente— y que, en esencia, estaba lleno de porquerías; Julian no se acordaba de cuándo se había convertido en su hogar permanente, pero debió de ser después de empezar a ir al colegio, porque recordaba a su madre haciéndole prometer que no les diría nada a los profesores. A partir de cierto momento, sin embargo, a Julian ya no le permitieron entrar en la casa: hicieron hueco en el suelo del cobertizo para que cupiera un colchón, empezaron a llevarle las comidas allí y lo dejaron encerrado.

—A muchos escritores les gustan los cobertizos —comentó Julian, pensativo—. Los usan para trabajar; les gusta la intimidad.

Se quedó callado mientras una leve oleada de risas crecía y se apagaba.

—Un cobertizo propio —añadió—. Me lo planteé como título.

No iba a decir mucho de cómo se había sentido durante esa época, que se prolongó hasta que cumplió los ocho años, aproximadamente, y volvieron a admitirlo, no sabía ni cómo ni por qué, en la cruel rutina de la casa. El miedo, la incomodidad física, las artimañas casi animales que tuvo que ingeniar para sobrevivir a todo aquello: todo salía en el libro. Escribirlo había supuesto una tortura y un alivio, había sido como sacarse un cuchillo del pecho: no quería hacerlo, pero sabía que, si lo dejaba allí, a la larga el dolor se recrudecería. Tomó la decisión de enseñárselo a su familia, a su madre y a sus hermanastras. Al principio, su madre lo acusó de inventárselo todo. Y una parte de sí mismo estuvo a punto de creerla: lo malo de ser sincero, dijo Julian, es que tardas mucho en darte cuenta de que los demás saben mentir. Tuvo que llegar una hermanastra a corroborar la historia con sus recuerdos para que el asunto quedara abierto. Siguieron meses de negociación: era como el Comité de verdad y reconciliación, solo que sin la ayuda de Kofi Annan; había habido alguna escena desagradable. No tenía la obligación de contar con el permiso de su familia, pero él lo quería, porque no le bastaba con que aquello fuera su verdad, su punto de vista. El punto de vista, dijo, es como lo de esas parejas que cortan el sofá en dos cuando se divorcian: ya no hay sofá, pero al menos ha habido justicia.

Un día, con catorce años, volviendo a casa después de clase, se topó con una visión extraordinaria: había dos hombres, dos extranjeros parados delante de la tienda del pueblo. Eran de Tailandia; habían comprado una casa cerca de allí, en el campo, una especie de mansión solariega con un inmenso jardín francés, y habían ido al

pueblo a poner un anuncio en el escaparate de la tienda: buscaban a alguien que les cortara el césped una vez a la semana. Julian se había quedado petrificado ante aquellas dos exóticas criaturas, aquellas apariciones en mitad de un paisaje sombrío y gris que se sabía de memoria. La tienda estaba cerrada y los hombres le preguntaron si sabía cuándo volvería a abrir, y a continuación, repasándolo sin disimulo con una mirada que no le habían dirigido en toda la vida, le preguntaron si a él le interesaría el trabajo. Era una vasta extensión de césped, dijeron; habían calculado que se tardaría un día en cortarlo todo, probablemente. Podía hacerlo durante el fin de semana, cuando no tuviera colegio; lo irían a buscar en coche y lo traerían de regreso con mucho gusto, y también le darían el almuerzo.

Durante los dos años siguientes, Julian se pasó los sábados empujando el cortacésped arriba y abajo por el inmenso y tranquilo jardín. Arriba y abajo, abajo y arriba. Tenía la sensación de estar desplegando su vida muy lentamente, desenrollándola y volviendo después al principio. Aquello era como hacer terapia, dijo, solo que siempre acababa muy sudado y el almuerzo estaba incluido. Esas comidas —comidas de preparación laboriosa y aroma intenso de las que disfrutaban en el elegante comedor de la casa— eran, en sí mismas, una educación: los jefes de Julian eran hombres muy cultos y viajados, coleccionistas de arte y antigüedades, que dominaban varios idiomas. Julian tardó mucho tiempo en desentrañar la naturaleza de su relación, dos adultos que llevaban una vida de lujo juntos sin mujer alguna a la vista. Durante mucho tiempo, el cambio de sus circunstancias lo tuvo tan anonadado que ni llegó a plantearse el asunto, pero después, poco a poco, empezó a reparar en cómo se sentaban en el sofá después de comer, el uno al lado del otro, a tomar café; en cómo, mientras conversaban, uno apoyaba una mano en el brazo del otro y hacía algún comentario, y después —para entonces ya lo conocían bien—, cómo se daban un beso fugaz en los labios cuando uno cogía el coche para acompañar a Julian a casa al término de la jornada. Aquella no era solamente su primera visión de la homosexualidad: era su primera visión del amor.

Esos dos hombres fueron las primeras personas con las que habló del cobertizo. La gente a menudo lo calificaba de valiente por escribir sobre aquello, pero, en realidad, en cuanto hubo contado su historia una vez, empezó a soltársela al primero que quisiera escucharla. Solo hace falta una cosa, dijo, solo hace falta que la puerta se abra una vez. Durante mucho tiempo, después de instalarse en Londres y empezar el proceso de convertirse en sí mismo, fue un completo desastre. Parecía uno de esos armarios que están hasta los topes de porquería: cuando abría la puerta, todo se le venía encima; tardó mucho en reorganizarse. Y soltar el rollo, contar todo, fue lo que más le costó: dominar el lenguaje suponía dominar la rabia y la vergüenza, y costaba, costaba mucho darle la vuelta, coger lo trágico de la experiencia y convertirlo en algo coherente. Solo entonces entendías que habías sabido sacar lo mejor de lo que te había pasado: cuando dominabas el relato en vez de dejar que él te dominara a ti. Para él, el lenguaje era un arma, una primera línea de defensa: tal vez

no fuera valiente, pero no iba a dejar los comentarios maliciosos sin respuesta. El caso, continuó, es que en cuanto te señalan, en cuanto reparan en ti, ya no vuelves a encajar en tu cajita. Tienes que andar desnudo durante el resto de tu vida, y si bien la escritura tiene algo de traje nuevo del emperador, hay peores maneras de ocultar tu desnudez. La mayoría, añadió, son muy malas para la salud, y muchísimo más caras.

De todos modos, bastante tiempo les había robado ya. Por muchísimo que le costara, tenía que dejar que los otros metieran baza. Y, además, había acabado haciendo lo de siempre: como había contado la historia entera, más de uno pensaría que les había ahorrado tener que leérsela. Francamente, a él le daba igual que la leyeran o no, mientras compraran un ejemplar: a la salida, según creía, había algunos a la venta.

El público se echó a reír y estalló en aplausos espontáneos y sinceros.

—Me han llamado profesional del autobombo —añadió Julian imponiéndose al ruido—, pero todo lo que sé lo he aprendido de él.

Señaló a Louis.

—Al contrario —repuso Louis—, paso tanto tiempo a tu sombra que estoy empezando a desarrollar hipovitaminosis.

El público volvió a reír, aunque con un poco menos de entusiasmo.

Lo que pasaba, continuó Louis, era que su libro había salido a la vez que el de Julian, y siempre acababan participando en los mismos actos, como dos viajeros que siempre se encontraran en las mismas escalas.

—Algunas veces es todo un alivio ver una cara conocida en un sitio nuevo —añadió, lúgubre—. Otras, piensas, oh, no, otra vez él, no.

Se oyeron algunas risas débiles y vacilantes. Que te conozcan te limita, continuó Louis: no puedes comportarte de manera desinhibida. Puedes ir hasta el confín del mundo, pero si allí te encuentras con alguien que sabe cómo te llamas, para eso ya te quedabas en casa.

—No quiero que me conozcan —afirmó Louis en mitad de un silencio súbitamente cavernoso—. No quiero que nadie me conozca.

Hablaba con un tono monocorde levemente hipnótico, y como estaba encorvado en la silla, las greñas le caían sobre la cara y la barbilla sin afeitar quedaba prácticamente descansando sobre su pecho.

Al escribir su libro, dijo, lo que había querido era expresarse sin vergüenza. Y una fuente de esa vergüenza era que la gente pudiera conocerlo: eso que conocían, sin embargo, no era la verdad. La verdad, había descubierto, era algo que ocultaba muy concienzudamente a los demás. Al escribir su libro se había visto empujado por el deseo de librarse de la vergüenza. Lo había escrito convencido de estar dirigiéndose a alguien que no lo conocía de nada y ante quien, por tanto, no debía avergonzarse. Esa persona era, en realidad, él mismo.

Otra cosa, continuó, explicaba su frecuente presencia en el estrado flanqueado por Julian: los libros de ambos se catalogaban como autobiográficos. Eso les facilitaba las

cosas a los organizadores de actos como aquel. Pero en realidad, su libro y el de Julian no tenían nada en común. Casi podría decirse que funcionaban a partir de principios opuestos.

—El otro día estaba sentado en el estudio —dijo—, mirando el jardín, y de repente vi a Mino, mi gato, en el césped. Tenía un pájaro sujeto entre las garras y lo empujaba contra la hierba. El pájaro se debatía y aleteaba mientras Mino lo observaba curioso, disfrutando de su poder, anticipando el momento en que podría ejercerlo por completo arrancando de un mordisco la cabeza del animal. Justo entonces se oyó un ruido inesperado, como un estruendo, o el fragor de la calle, y Mino miró hacia arriba, distraído. El pájaro aprovechó la oportunidad, logró zafarse y escapó volando.

El ingenio del pájaro había dejado a Louis muy sorprendido. Pero debía confesar que Mino se estaba haciendo viejo: en sus días de cazador jovenzuelo nunca habría permitido que sus garras se relajaran, por mucho que tuviera la cabeza en otro sitio. Por otro lado, él mismo podría haber salvado al pájaro levantándose, abriendo la puerta y espantando a Mino. En esos momentos andaba pensando en el éxito, en que gracias a las ventas mundiales del libro que había escrito en el sótano mugriento y agobiante que había tenido por estudio, estaba donde estaba, en esa habitación grande y agradable de la agradable casa de la que ahora era propietario, con vistas a su magnífico jardín. También había comprado varios muebles con ese dinero, incluida la butaca de Mies van der Rohe que ocupaba. Notaba el cuero suave entre los muslos; tenía las fosas nasales henchidas de ese intenso olor a lujo. Aquellas sensaciones todavía le resultaban extrañas, pero era consciente de que estaban haciendo crecer una parte nueva de su persona, un nuevo yo. Nada lo unía a ellas, pero los vínculos se estaban creando en ese mismo instante, allí sentado: activamente, muy poco a poco, iba distanciándose de la persona que había sido, mientras, igual de poco a poco, se convertía en alguien nuevo.

Había querido completar la idea, llevarla a término y descubrir qué le suscitaba de verdad ese cambio de circunstancias: ¿estaba satisfecho de sí mismo o avergonzado? ¿Sería aquello la sensación vitriólica de haber vencido a los que lo habían derrotado y humillado, o se sentía culpable por haber escapado de esa gente y haber sacado un beneficio de todo lo que le habían hecho pasar mientras sus vidas seguían siendo miserablemente iguales? Aquellas reflexiones las había interrumpido la aparición de Mino en su campo visual y la historia que empezaba a tener lugar ante sus ojos. Según iba concentrándose en la —breve— historia de Mino y el pájaro, Louis reparó en el sentimiento de responsabilidad que de repente se despertaba en él. Observó al pájaro batir las alas débilmente mientras Mino lo tenía sujeto contra el suelo. Nadie, advirtió, controlaba esa historia: o actuaba e intervenía, o ver a Mino matando al pájaro iba a dolerle, porque era el pájaro con quien él se identificaba, claro está, a pesar de que Mino, al que conocía, era su gato. Lo cierto es que el incidente se resolvió enseguida: la narrativa había tomado el mando. Aquello parecía el triunfo

sobre la adversidad —Louis le había asignado al pájaro las virtudes de la determinación y el ingenio— pero, en realidad, había habido algo mucho más profundo e inquietante en su contemplación de los hechos, hechos que, en sí mismos, no significaban nada, pero sobre los que su sentido de responsabilidad y su experiencia arrojaban una luz completamente distinta. Su identificación pública con el gato Mino chocaba con su identificación íntima con el pájaro: el sentido de la responsabilidad, descubrió, nacía de la conciencia activa de que aquellos dos elementos iban a colisionar. Una parte de sí mismo debía odiar a Mino, y, sin embargo, Mino era una parte de sí mismo. Al ver cómo el pájaro escapaba le vino a la mente lo azarosa y cruel que era la realidad, a la que la fe en el relato no podía añadirle sino una máscara completamente absurda y artificial; con todo, la sensación de que el pájaro simbolizaba algo sobre la verdad era todavía mayor. A pesar de sus nuevas circunstancias, se acordaba muy bien de cómo solía comportarse él en el mundo y, sobre todo, de que había hecho de gato de su propio pájaro. Desde que tenía memoria, había sentido en su interior la desesperada presencia de algo atrapado que debía estar libre, algo cuya mayor vulnerabilidad radicaba en su capacidad de perder esa libertad; durante años, él había ejercido su poder sobre ese algo de manera automática, programática, igual que Mino había ejercido su poder sobre el pájaro. Sentado en su agradable estudio, con el olor a cuero en la nariz, observando la actividad que estaba teniendo lugar en el césped, la facilidad con la que recordó su antiguo estado de ánimo lo convenció de que había vuelto a caer en él, de que el pájaro estaba otra vez cautivo y volvía a batir las alas, frenético, en su interior. Al fin y al cabo, el animal era olvidadizo por naturaleza, aprender no le era propio: en cuanto lo amaestras, su naturaleza se violentaba y perdía la libertad.

Su libro, decía, había tenido buenas ventas en todo el mundo, a pesar de que, tras el impacto crítico inicial, casi todo habían sido quejas: según los lectores, en su obra no pasaba nada, o, al menos, nada que ellos consideraran digno de escribirse. Un libro como el de Julian resultaba mucho más aceptable: siempre lo sorprendía lo mucho que los lectores disfrutaban con ese libro, la impaciencia con la que consumían aquello que quedaba fuera del registro de su experiencia, exacerbada por la ausencia de, precisamente, aquello que a Louis le habían reprochado que eliminara: la máscara de la ficción. La gente creía que Julian no necesitaba inventar nada porque lo extremo de sus experiencias lo eximía de esa obligación. La realidad, en su caso, podía sustituir a la fantasía en tanto que distracción de sus propias vidas. De hecho, el libro de Julian le gustaba mucho, y no porque los dos se hubieran convertido en compañeros de viaje, como quien dice. Muchos escritores parecían convencidos de que cuanto más anclada a la tierra estaba una verdad —o, más exactamente, un hecho, puesto que la verdad era algo completamente distinto—, menos andamiaje necesitaba: mientras pudiera probarse que había ocurrido de verdad, cualquier cosa podía sustentarse sola, y si esa cosa resultaba tan extraña o grotesca como para llamar la atención de la gente, la necesidad de una explicación se reducía todavía más. A

diferencia de otros escritores, lo que Julian parecía haber entendido era que cuanto más exagerada la situación, mayor la responsabilidad; sucedía lo mismo que con el arquitecto de un edificio alto, que debe enfrentarse a un trabajo de ingeniería más esforzado que el constructor —le pedía disculpas a Julian— de un cobertizo.

La de Louis no era más que la baja verdad de su existencia ordinaria, y aunque a mucha gente sus descripciones de cómo comía y bebía y cagaba y meaba y follaba —o, más a menudo, se masturbaba, pues sus dificultades para admitir su homosexualidad habían limitado sus oportunidades de coyunda con otros cuerpos más allá del suyo— le resultaban monótonas, asquerosas o incluso ofensivas, seguían comprando su libro de todos modos. Tal vez aquello fuera un poco como tener la Biblia; todo el mundo tenía una: nunca la leían, pero sí sentían el deber de tener una en casa. No iba a ponerse a comparar su libro con la Biblia, pero se preguntaba si la habilidad de negar la verdad sobre uno mismo —la necesidad, prácticamente, de negarla, quizá— requería, por fuerza, un texto punitivo; un texto que, por supuesto, todos volverían a negar ignorándolo. Era divertido, aunque un poco triste, tachar de repugnantes cosas que ellos hacían cada día. En realidad, a él no le interesaban esas partes del libro, que le parecían poco más que trabajos preliminares para despojar su texto de vergüenza, como quien limpia los hierbajos de un terreno. Solían decirle que si la gente no terminaba su libro era, entre otras cosas, porque, con más de mil páginas, resultaba excesivamente largo. La respuesta era simple, pero lo que a él le interesaba era que, cada vez que le pedían que leyera un fragmento del libro en voz alta, él siempre escogía uno muy poco representativo del modo en que había reproducido el mecanismo del tiempo. Por muchas horas que dediquemos a cagar y a mear y a mirar por la ventana, los momentos en los que la vida puede observarse en una disposición significativa son muy escasos: sus tentativas de reflejar este hecho le habían ocupado buena parte de los cinco años que había tardado en escribir el libro, aunque en sus lecturas él siempre escogía alguna de las otras partes, los fragmentos raros y selectos. No se le escapaba que lo que su costumbre manifestaba era la facilidad con la que podía volver a traicionarse a sí mismo: como le había sucedido con el episodio de Mino y el pájaro, solía descubrirse en la falsa creencia de que la transformación era lo mismo que el progreso. Las cosas podían verse de manera muy distinta aun siguiendo iguales: podía parecer que el tiempo lo había modificado todo sin cambiar lo que de verdad hacía falta.

El fragmento que más a menudo leía, continuó, trataba de un episodio de su niñez: a los cinco años, su madre lo había llevado a un zoo infantil, una especie de granja escuela que quedaba a unas millas de su casa. Habían cogido el autobús juntos y habían paseado por la granjita observando los animales. En un momento dado, él se fijó en un caballo que, parado sobre el barro, miraba más allá del cercado. Había dejado atrás a su madre, que se había detenido ante algo, para ir a ver al caballo, y se había subido a la valla para acariciarle el morro. Al principio el animal lo había puesto un poco nervioso, pero era pasivo y bueno y se había dejado tocar sin

apartarse. Louis había notado que su madre se acercaba y que lo miraba: recordaba que entonces había pensado que su madre iba a admirarse de cómo estaba llevando la situación. Pero cuando llegó a su lado, su madre soltó un gritito y señaló una herida en el ojo del caballo. ¿Se la has hecho tú?, le había preguntado, horrorizada. Él había mirado el ojo, en el que no había reparado: estaba rojo e hinchado y lloroso, como si lo hubieran pinchado con algo. Él estaba demasiado alterado como para rebatir la acusación de su madre, pero, según pasaban los segundos, también dudaba cada vez más de su inocencia. En cuanto su madre lo hubo descrito metiéndole algo en el ojo al caballo, ya no supo si lo había hecho o no. Los dos volvieron a casa y Louis pasó el resto de la tarde y la noche en un estado de ansiedad cada vez mayor. A la mañana siguiente, le preguntó a su madre si podía darle la paga para ir a la tienda a comprar caramelos, como siempre le dejaba hacer los domingos. Su madre le dio el dinero y él salió de casa. Pero en vez de ir a la tienda, fue hasta la parada de autobús a la que, según recordaba, le había llevado su madre la víspera. El autobús llegó y él compró el billete con la paga. Se sentó al lado de la ventana y se quedó mirando la calle, cada vez más asustado conforme iban pasando las paradas y no reconocía nada que pudiera sonarle del trayecto del día anterior. Pero cuando la parada indicada llegó, descubrió que, después de todo, no se había olvidado: había un café justo al lado cuyo rótulo de neón tenía forma de chef gordo con delantal de cuadros. Se bajó del autobús y cruzó las puertas del zoo infantil y el prado hasta llegar hasta el caballo, que seguía detrás de su valla. Se acercó con cautela. Ahora, la pasividad del animal le parecía sumisión, su bondad, resignación. Aunque le había dicho que la herida podría haber dejado ciego al caballo, su madre había olvidado el incidente enseguida, por lo visto: no se lo había comunicado a nadie del zoo y ni siquiera se lo había mencionado a su padre cuando llegaron a casa. Encaramándose a la valla, Louis examinó el ojo del caballo. Se dio cuenta de que no recordaba muy bien qué ojo era el herido ni qué aspecto tenía; por mucho que lo intentó, ni siquiera pudo determinar qué andaba buscando. Al final, desistió de su intento y cogió el autobús de vuelta a casa, donde encontró a sus padres al borde de la histeria a causa de su ausencia. Al cabo de un tiempo contaban la anécdota muy orgullosos, sobre todo su madre, quien a partir de entonces siempre juzgó a cuanto niño de cinco años se encontrara midiéndolo según el rasero de aquel suceso.

La gente solía interesarse por su relación con el trauma, continuó Louis, y si escogía esa anécdota en situaciones públicas era, tal vez, porque creía que revelaba algo no sobre su relación con el trauma, sino sobre la naturaleza inherentemente traumática de la vida misma. No sabía, añadió, si alguna vez volvería a escribir: su relación con el mundo no era lo bastante dinámica. Su libro iba a tener que quedarse solo: no tendría hermanos, como él, que no tendría hijos, ni aunque sus inclinaciones sexuales lo hubieran permitido. No tenía un interés especial en poder llamarse escritor. Había escrito un libro gracias a que, como ya había dicho, durante su redacción se había creído un desconocido. Las cosas habían cambiado. Suponía,

añadió, que llegaría el día en que el libro que la gente leía ahora representaría para él algo tan poco personal como esa piel que una serpiente ha mudado y ha dejado tirada. Lo único que él quería era volver a ese estado en el que, por una vez en su vida, había logrado una franqueza absoluta, pero al emplear la escritura como el foro para ello, también se había asegurado de convertirla en un lugar al que nunca podría regresar. Como el perro que se caga en su cama, dijo volviéndose y mirándome por primera vez. Todavía me caía por la nuca el agua que goteaba de ese pelo que con tanto cuidado me había secado Dale la víspera. Tenía la ropa húmeda y los pies me bailaban en el agua encharcada en los zapatos. La luz del escenario producía un efecto cegador; más allá solo acertaba a distinguir los óvalos de la cara del público, meciéndose y asintiendo en silencio como cosas que crecieran en un campo. Dije que había traído algo para leer en voz alta, y por el rabillo del ojo vi que el moderador me dirigía un gesto de ánimo. Saqué los papeles del bolso y los desdoblé. Mientras los sujetaba, me temblaban las manos de frío. Se oía al público acomodarse bien en sus asientos. Leí en voz alta lo que había escrito. Cuando hube terminado, doblé los papeles y volví a meterlos en el bolso mientras el público aplaudía. El moderador descruzó las piernas y se sentó bien derecho. Noté sus ojos castaños, opacos como dos botones marrones, mirándome a menudo. La gente ya se estaba levantando y avanzaba despacio entre las filas, impaciente por llegar a casa. La lluvia empezaba a tamborilear otra vez sobre el entoldado. El moderador dijo que sentía que no hubiera tiempo para preguntas debido al retraso con el que había comenzado acto. Se oyeron más aplausos desganados y después las luces se encendieron de nuevo.

Volvimos a la sala verde, esta vez por la pasarela cubierta. Julian y Louis caminaban delante. El moderador los seguía a mi lado. Me pregunté qué opinaría sobre su parte de responsabilidad en lo que acababa de suceder, pero él solo comentó lo mucho que le había molestado el frío que hacía bajo la carpa: no habían conseguido calentarla a tiempo después del corte de electricidad. Supuso que habría alguna queja, dada la media de edad de los asistentes. A veces, continuó, se preguntaba qué sacaría el público de esos actos. Había moderado algunos y había visto cosas extraordinarias: gente profundamente dormida en la primera fila, roncando con descaro; gente sentada que charlaba mientras los autores hablaban en el escenario; gente que hacía calceta o un crucigrama y, una vez, incluso a alguien leyendo un libro. El festival ofrecía tanto descuento si comprabas entradas, que la gente solía comprar el lote entero; la mitad de las veces, dudaba de que supieran a quién habían venido a ver. En un ocasión, un autor, un historiador de la segunda guerra mundial —mencionó un apellido que me sonaba— había desistido de tratar de hablar de su libro y se había puesto a cantar viejas canciones de la época del Blitz, animando al público —casi todos sus integrantes se sabían las letras— a que lo acompañara. Se lo habían pasado en grande cantando todos juntos, por lo visto, mientras fuera caía la lluvia.

Yo dije que no sabía si importaba que el público supiera quiénes éramos. Estaba

muy bien, en cierto modo, que te recordaran el anonimato fundamental del proceso de escritura, el hecho de que cada uno de los lectores llegaba a tu libro como un desconocido al que había que convencer para que se quedara. Pero siempre me sorprendía, continué, que los escritores no temieran más la exposición física que esos actos entrañaban, dado que la escritura y la lectura no eran operaciones físicas y podían considerarse, prácticamente, una escapatoria del cuerpo propiamente dicho; en realidad, algunos escritores, como Julian, por ejemplo, parecían disfrutar de verdad de esa exposición. El moderador me miró con sus ojos furtivos.

Pero tú no, dijo.

En la sala verde, el chico de pelo color lino estaba esperando en la mesa a la que nos habíamos sentado antes. Cuando vio que nos acercábamos, movió la silla que tenía al lado con el propósito evidente de que yo me sentara en ella. Se presentó —se llamaba Oliver— y dijo que se había pasado casi todo el acto mirándonos ahí sentados con la ropa mojada, pensando en el asunto de la humillación, la humillación que había sido necesaria para mantener ese aire de normalidad. Que ninguno de nosotros se hubiera opuesto a actuar en esas circunstancias lo había dejado pasmado.

—Ni siquiera Louis, con su supuesta franqueza —dijo. Comenté que en la franqueza de Louis me parecía ver, precisamente, un temor a ese tipo de escenas públicas. Había dejado bien claro su cobardía y su deshonestidad: a pesar de tanto cinismo, su tendencia a la humillación era una especie de secreto a voces.

Oliver dirigió una mirada cargada de intención al moderador, que estaba pidiendo en la barra.

—Tendría que haber hecho algo —dijo—, la culpa es suya.

Debía confesar, continuó, que no había prestado atención a casi nada de lo que habíamos dicho: había asistido a muchísimos actos de ese tipo, y Julian y Louis siempre decían exactamente lo mismo. Porque son profesionales, evidentemente, añadió. Julian había sido muy amable con él. Estaba quedándose en su casa de Londres mientras buscaba un sitio donde vivir.

Le pregunté dónde había estado antes y contestó que en París. Vivía allí con un hombre, pero habían terminado. En esa relación, él había hecho de ama de casa, y cuando Marc lo dejó, se había encontrado con que no tenía adónde ir ni gran cosa que hacer.

Le dije que no era muy normal que alguien de su edad —no podría tener más de veintitrés o veinticuatro años— se describiera en esos términos.

Oliver sonrió con un deje de tristeza. Mientras nosotros hablábamos en el escenario, él había reparado en lo estúpido que era que la forma tuviera que considerarse la característica principal del escritor o de cualquier otro artista. El tema era, seguramente, un fundamento más claro para encontrar la afinidad. Cuando considero las cosas desde este punto de vista, continuó, la idea de buscar trabajo ya no me parece tan aterradora. Julian dice que solo necesito dar con algo que me guste; de qué se trate no importa demasiado.

Antes de sus tres años en París, había pasado un año de mochilero viajando por Europa. Antes de eso estaba en el colegio. El viaje por Europa tenía que haber sido un prelude a la universidad, pero pasando por París de vuelta a casa había conocido a Marc. Cada vez se acordaba más de ese viaje, que olvidó en cuanto empezó su relación con Marc y en el que nunca había vuelto a pensar. Si lo tenía cada vez más presente era, tal vez, porque ahora sí que se veía de verdad sin un hogar; como cuando únicamente recuerdas algo al encontrarte de nuevo en la misma situación, como si una parte de ti mismo hubiera quedado atrapada allí. Había empezado a acordarse de los hoteles en los que se había alojado, las residencias en las que había dormido entre chicos y chicas de su edad de todos los rincones del mundo, los cafés baratos y los mercados que había frecuentado, los ajetreadísimos trasbordos entre estaciones de tren y de autobús, y hasta de los viajes mismos, esas largas y lentas transiciones entre climas y culturas: todo regresaba con un detalle cada vez mayor.

Se acordaba de la noche que estuvo en la playa de Niza, con un grupo de gente que acababa de conocer: todos bebían y hablaban; alguien tocaba la guitarra. El mar centelleaba silencioso en la oscuridad mientras, a su espalda, la ciudad bullía frenética de ruido y de luz. Se había sentido atomizado y, a la vez, al borde del descubrimiento; decepcionado por lo que el mundo le había revelado y, a la vez, en vacilante y renovada comunión con alguno de sus elementos. Pero esa noche en la playa, lo que más había sentido había sido la incoherencia de sus actos: en la Europa que había recorrido no había descubierto, en ningún lugar, la civilización intacta que había imaginado, sino un grupo desmadejado de personas confusas, a la deriva en un lugar desconocido. Nada le había parecido real, según lo que él entendía por realidad: sin embargo, sentía el fracaso como suyo, pues se había criado en un hogar estable y próspero, de expectativas —materiales, culturales, sociales— muy altas. Y, sobre todo, esa noche en Niza, ese cuadro fragmentado de jóvenes perdidos que se agarraban los unos a los otros en busca de seguridad, de un magnífico mar mudo que se negaba a revelar su secreto, de la ciudad encerrada en su frenesí, no era algo que él reconociera.

Fue allí, continuó, en Niza, donde alguien le prestó un ejemplar del *Diario del ladrón* de Jean Genet, y su esteticismo brutal intensificó su confusión todavía más.

—¿Lo has leído? —preguntó mirándome con cara de asombro horrorizado, como si él siguiera leyéndolo.

A los diecinueve era todavía virgen: no le había desvelado su sexualidad a nadie porque no sabía cómo. No sabía que vivir como gay era posible; no se había dado cuenta de que lo que llevaba dentro podía convertirse en algo externo. En Niza, como en todos los lugares a los que lo habían llevado sus viajes, las chicas se le habían acercado con cuerpo tímido y dedos vacilantes; cuando le hablaban, su confusión e incertidumbre parecían reflejar la de él, tanto que al final parecían comprender que lo que buscaban no estaba dentro de él, que no era lo bastante distinto de ellas como para poder despejarlas, que, en todo caso, lo que hacía él era agravar sus problemas.

El mundo de Jean Genet era un rechazo de todo aquello, un mundo de autoexpresión impenitente y deseo egoísta. El libro suponía un robo y una traición de lo femenino, y era tan violento que Oliver se sentía culpable hasta de leerlo en presencia de esas chicas inseguras que nunca, de eso estaba seguro, podrían saquear lo masculino de ese modo; antes llevarían vidas torturadas por pasiones insatisfechas, como la suya.

Cuando renunció a la universidad para quedarse en París y les contó a sus padres la verdad sobre lo sucedido, reaccionaron con un asco y una repulsa absolutos. Me daba igual, afirmó Oliver. Su sed de amor, continuó, era tal que acabó convenciéndose de que sus padres nunca lo habían querido de verdad. Poniéndose por completo en manos de Marc, logró transformarse, de hecho, en huérfano. Todas las mañanas, cuando se levantaba en el magnífico apartamento de Saint Germain, en esas soleadas habitaciones llenas de cuadros y de objetos de arte, con las notas de Beethoven o Wagner —los compositores favoritos de Marc, cuya música sonaba a menudo— escapando a la calle por las ventanas abiertas, se sentía a menudo como el personaje de un libro, alguien que ha sobrevivido a experiencias terribles y era recompensado con un final feliz. Era lo contrario de lo que había sentido esa noche en la playa de Niza. Con todo, a menudo se descubría ofreciéndoselo mentalmente a sus padres: el buen gusto y la inteligencia de Marc, su riqueza, hasta su coche, un Aston Martin descapotable que habría despertado la admiración de su padre y entre cuyos rugidos recorrían juntos los Campos Elíseos en las noches de verano. Esas cosas se correspondían con su sentido más profundo de la realidad porque eran los valores de sus padres.

Nunca se le había pasado por la cabeza que esa relación pudiera terminar. Recordaba cómo lo había visto venir, una sensación de frialdad naciente, como los primeros indicios del invierno, una desconcertante sensación de equivocación, como si en lo más profundo del motor de su vida se hubiera roto algo. Durante mucho tiempo fingió que no lo oía, que no lo sentía, pero, aun así, inexorablemente, su vida con Marc llegó a un punto muerto.

Se detuvo, tenía mala cara, estaba pálido. Su boca en forma de arco dibujaba una mueca descendente, como la de un niño. Detrás de las pestañas largas y oscuras, los ojos le brillaban.

—No sé cuánto hace que escribiste el cuento que has leído esta noche —dijo— ni si todavía sientes lo mismo ahora, pero —y, para mi sorpresa, se puso a llorar sin disimulo ahí mismo, en la mesa—, pero era a mí a quien describías, esa mujer era yo, su dolor era el mío, y tenía que venir a decirte en persona lo mucho que ha significado para mí.

Unas lágrimas enormes y relucientes le caían de los ojos y corrían mejilla abajo. No se las secó. Se quedó allí parado, con las manos en el regazo, y dejó que le resbalaran por la cara. Los otros habían dejado de hablar: Julian se inclinó hacia Oliver y le pasó un brazo grande por sus enclenques hombros.

—Ay, Dios, ya estamos a moco tendido otra vez —dijo—. Esta noche vamos a

acabar todos empapados, ¿no? —Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió—. A ver, a ver, tesoro. Hazme el favor y sécate los ojos, que nos vamos a bailar.

Los otros estaban de pie: Louis se subía la cremallera de la chaqueta. Un amigo iba a llevarlos a un club de la zona, dijo Julian recolocándose el pañuelo malva con un gesto elegante; a saber lo que iban a encontrarse allí, pero como ya había dicho, él no era de los que rechazan una invitación.

Me tendió la mano.

—Nos ha gustado mucho tenerte en nuestro sándwich —dijo—. Eres menos correosa de lo que esperaba —añadió sin soltarme los dedos—, y sabes mejor.

Me envió un beso sonoro mientras Louis miraba con expresión culpable y temerosa. Cuando Julian retiró la mano, Louis me tendió la suya.

—Adiós —me dijo con gravedad real o fingida.

Dieron media vuelta para marcharse, y me sorprendió ver que el moderador regresaba a la mesa y se sentaba. Al instante le dije que no se viera obligado a quedarse a hacerme compañía, de ninguna manera. Si quería marcharse con los demás, yo volvería al hotel encantada.

—No, no —repuso el moderador en un tono que no lograba aclarar si habría preferido irse o no—. Me quedaré aquí. Has estado hablando con Oliver mucho rato —añadió—. Me estaba poniendo celoso.

No respondí al comentario. Me preguntó si había leído los libros de Julian y Louis. Se había desabrochado la chaqueta y estaba repantingado en la silla con las piernas cruzadas, columpiando el pie adelante y atrás. Me fijé en el zapato mientras se acercaba y se alejaba otra vez. Era una bota de cordones nueva, tenía la punta muy estrecha y agujeros en el cuero marrón. El resto de su ropa también parecía cara: tal vez lo llamativo del atuendo de Julian me había impedido reparar en la chaqueta ceñida de corte impecable del moderador, en su impoluta camisa oscura de cuello afilado, en sus pantalones, hechos de un tejido de aspecto suave y opulento. Tenía una expresión despierta y movía la cabecita a menudo, observándome.

—¿Qué te han parecido?

Contesté que me habían gustado, aunque las diferencias entre ellos daban a entender que había más de una manera de ser sincero, algo de lo que yo dudaba. No había contado con que Julian fuera a gustarme, y supongo que Julian tampoco debió de imaginar que yo le fuera a gustar a él.

—¿Julian o su libro? —preguntó el moderador.

Por lo que a mí respectaba, respondí, eran lo mismo. El moderador me miró con un brillo ambiguo en esos ojos suyos que parecían botones.

—Esa es una afirmación extraña, viniendo de una escritora.

Me interesé por su trabajo y él habló un rato sobre la editorial en la que hacía de editor de mesa. La semana siguiente el editor jefe iba a estar fuera unos días: al moderador le tocaba llevarlo todo solo. Aquello se repetía unas dos o tres veces al año, lo que bastaba para convencerlo —o más bien para que no se le olvidara, puesto

que no necesitaba que nadie lo convenciera— de que la responsabilidad era algo que debía evitar. De la misma forma, su hermana a veces le pedía que cuidara de su sobrinita durante un par de días, actividad que constituía para él la dosis de paternidad que necesitaba, además de tener la inmensa ventaja de que la niña —que le caía muy bien— era retornable.

Le pregunté en qué empleaba su libertad, vista la diligencia con la que la defendía, y él puso cara de desconcierto.

—Esto no me lo esperaba —repuso.

Tendría que pensar en mi pregunta, continuó. Era muy probable que hubiera un elemento de egoísmo en su actitud, y de inmadurez también. Pero en realidad, para ser sinceros —visto que la sinceridad era el tema de la noche, añadió con una carcajada—, lo que tenía era miedo.

—¿De qué? —le pregunté.

Me miró sonriendo con una mueca extraña.

Su padre, dijo al cabo de un rato, tenía propensión a comportarse en público de maneras que causaban una incomodidad mayúscula a sus acompañantes. En los restaurantes y en las tiendas, en el tren, hasta en las reuniones de padres del colegio: no había manera de saber qué acabaría haciendo. La anticipación de cualquiera de esas ocasiones solo podía despertar pavor en los miembros de la familia. Pero el moderador las temía todavía más que el resto.

Le pregunté en qué consistía ese comportamiento tan embarazoso de su padre.

Se hizo un largo silencio.

No lo sé, respondió el moderador. No sé explicarlo.

¿Por qué creía que él lo pasaba peor que su hermana, digamos, a la que había mencionado antes?

No lo sé, repitió el moderador. Lo único que sé es que era así.

No sabía por qué me lo había contado, añadió al cabo de unos instantes. Era algo de lo que no solía hablar. Seguía columpiando el pie, y observé esa delgada puntera que recordaba a un pico mientras avanzaba y retrocedía. El moderador, mientras tanto, había rellenado las copas, y ahora la botella estaba vacía. Le dije que mejor volvía ya a mi hotel: el tren del día siguiente salía muy temprano. El moderador reaccionó a la noticia con evidente sorpresa. Miró el reloj. Su muñeca, advertí, tenía unos huesos fuertes en forma de nudillo, y su piel blanca estaba cubierta de vigoroso vello negro. Me daba cuenta de que le pasaban cosas por la cabeza, pero no sabía cuáles. Supuse que estaría calculando si era demasiado tarde para encontrarse con los otros en el bar. Se levantó y me preguntó en qué hotel me alojaba.

—¿Puedo acompañarte? —dijo.

Le repetí que no hacía falta, si tenía otra cosa que hacer.

—Como no te has quitado el abrigo en toda la noche —dijo—, ni siquiera puedo ayudarte con eso.

Fuera estaba tan oscuro que casi no podíamos ver la acera que teníamos delante.

Había parado de llover, pero de las hojas caían gruesas gotas. En la oscuridad, la masa de pesados troncos que flanqueaban la carretera, con sus raíces serpenteantes, parecía tan impenetrable como un bosque. El moderador sacó su móvil y lo usó de linterna. Teníamos que caminar muy juntos para poder ver adónde íbamos. Nuestros brazos y nuestros hombros se tocaban. Noté que iba cayendo en la cuenta, que empezaba a entender, como si una pieza incomprensible hubiera encajado por fin. Cruzamos la calle hacia la luz que venía del hotel. Abrí la verja y el moderador me siguió por el patio de grava. Unos peldaños de piedra conducían a la puerta de entrada. Me detuve antes de subir. Le di las gracias por acompañarme, me giré y enfilé los escalones. Él me siguió; lo notaba detrás, una sombra negra que no se separaba de mí, como un halcón que me sobrevolara y se elevara. Cuando me volví otra vez, él dio dos pasos rápidos en mi dirección. Parecía estar cruzando un elemento insondable o una especie de abismo donde las cosas caían y se rompían ahí abajo, en la oscuridad, en lo más profundo. Su cuerpo alcanzó el mío; me empujó contra la puerta y me besó. Me metió su lengua cálida y gruesa en la boca y deslizó las manos dentro de mi abrigo. Su cuerpo duro y enjuto era más insistente que enérgico. Noté la ropa suave y cara que vestía y la piel caliente que había debajo. Apartó su cara de la mía durante un momento para hablar.

—Eres igual que una adolescente —dijo.

Me besó un buen rato. Dejando ese comentario de lado, ninguno de los dos dijo nada. No hubo ni explicaciones ni palabras cariñosas. Reparé en mi ropa húmeda y en su olor, en mi pelo enredado. Cuando nuestros cuerpos se separaron por fin, me alejé y giré el pomo de la puerta y la abrí unos centímetros. Él dio un paso atrás; creo que sonreía. En la oscuridad reluciente, era una silueta llena de luz blanca.

Buenas noches, dije.

Entré y cerré la puerta.

La estudiante se llamaba Jane. Estaba sentada en el sofá sin darse cuenta, por lo visto, de que —como el resto de elementos de esa habitación— estaba protegido del polvo con unas sábanas blancas.

Gracias, dijo aceptando una taza de té y dejándola con cuidado a su lado, en el suelo.

Era una mujer alta y esbelta, de cuerpo estrecho y un busto sorprendentemente generoso que su ceñido jersey azul resaltaba. Se alisaba la falda lápiz color verde lima pasando las manos muy a menudo sobre los muslos. No iba maquillada: su rostro limpio y de líneas marcadas, de rasgos bien definidos, parecía el de una niña preocupada. Llevaba el pelo claro recogido en un moño alto, y su peinado dejaba a la vista la elegancia de su largo cuello.

Estaba muy agradecida, me dijo, de que hubiera querido trabajar con ella: había sospechado que tratarían de endilgarle a otra persona. El trimestre anterior le había tocado un novelista empeñado en que reescribiera el final de los libros de otros autores. Antes de ese había tenido a un memorialista, cuya propia vida lo preocupaba tanto que nunca conseguía llegar a sus reuniones. A veces la llamaba desde Italia, donde viajaba a menudo para ver a su novia, y le ponía deberes por teléfono. Siempre quería que escribiera de sexo: el tema que ocupaba su mente por aquel entonces, tal vez.

El caso es que, continuó, sé sobre qué quiero escribir. Se detuvo y le dio un sorbo al té. Lo que pasa es que no sé cómo hacerlo.

Al otro lado de las ventanas del salón, el cielo de la tarde era de un gris inmóvil. De vez en cuando llegaban ruidos de la calle, el portazo de algún coche o el retazo de una conversación que pasaba.

Le dije que no siempre se trataba de saber cómo hacerlo.

Ella arqueó las cejas, depiladas hasta haber quedado convertidas en finas curvas oscuras perfectamente dibujadas.

¿Y de qué se trata, entonces?, preguntó.

El material que llevaba unos cuatro o cinco años recopilando, continuó, se había convertido a esas alturas en un conjunto de notas de más de trescientas mil palabras: tenía muchísimas ganas de empezar a escribir de verdad. Su trabajo versaba sobre la vida del pintor americano Marsden Hartley, de quien un número sorprendentemente

alto de personas nunca había oído hablar, aunque en Estados Unidos sus cuadros estaban expuestos en casi todos los museos y galerías importantes. Le pregunté si había viajado hasta allí para verlos.

No estoy muy interesada en los cuadros, dijo después de una pausa.

Había visto algunas obras en París, continuó: le habían dedicado una retrospectiva. Pasaba casualmente por allí y vio un póster en la calle. La imagen escogida hizo que entrara de inmediato en el museo y adquiriera una entrada para la exposición. Era por la mañana, muy temprano —el museo acababa de abrir— y no había nadie más. Paseó sola por cinco o seis grandes salas con cuadros. Cuando salió, había sufrido una revolución personal absoluta.

Volvió a quedarse callada. Bebía el té con aire ecuánime, como si albergara la convicción de que yo no iba a poder resistirme a pedirle que continuara y me contara exactamente qué había desatado esa revolución personal. Oía a los vecinos moverse abajo, bajo nuestros pies. De vez en cuando se escuchaban golpes que parecían puertas abriéndose y cerrándose, y voces que subían y bajaban.

Le pregunté qué la había llevado a París y me dijo que había pasado unos días en la ciudad impartiendo un curso. Era fotógrafa profesional, y solían proponerle que diera cursos breves. Aceptaba por dinero, pero también porque esos viajes lejos de casa a veces se convertían en escalas, aunque en el momento no los viera así. Le proporcionaban distancia respecto de su propia vida: la convertían en algo que podía ver, en vez de permanecer inmersa en ella, como siempre, aunque las clases propiamente dichas no le gustaban demasiado. Los alumnos eran, por lo general, tan exigentes y egocéntricos que terminado el curso se sentía completamente vacía. Al principio tenía la sensación de estar dándoles algo, algo bueno, algo que podría cambiarles la vida; en un primer momento, esa sensación de vacío le había parecido una especie de agotamiento virtuoso. Pero según se iba vaciando durante los cuatro o cinco días del curso, comenzaba a pasar otra cosa. Empezaba a verlos —a los estudiantes— con mayor objetividad; en esa manera de necesitarla que tenían ya no advertía criterio, sino parasitismo. Le daba la sensación de que ellos la habían embaucado para que se viera generosa, incansable, inspiradora, cuando, en realidad, no era más que una víctima que se había sacrificado a sí misma. Era esa sensación la que a menudo le proporcionaba una mirada lúcida sobre su vida. Empezaba a darles a ellos cada vez menos y a darse a sí misma cada vez más: al agotarla, creaban en ella una nueva capacidad de egoísmo. Muy a menudo, cuando el curso iba acercándose a su fin, ella ya había comenzado a cuidarse de otro modo, con más delicadeza, como si fuera una niña; empezaba a sentir los primeros atisbos de amor a sí misma. Hallándose en ese estado, había pasado por delante del museo y había visto el póster con la reproducción del cuadro de Marsden Hartley.

En su curso también había dado clase un hombre; era mayor que ella —sentía debilidad por esos hombres—, un fotoperiodista muy conocido cuya obra admiraba. Entre los dos había habido algo desde el principio, como una electricidad, aunque él

estaba casado y vivía en Estados Unidos. Ella acababa de romper con quien había sido su pareja durante dos años, un hombre que la conocía tan bien que, en las discusiones finales, había sido tan demoledor juzgando su carácter que no pudo dejar de perder la confianza en sí misma; ella se había aferrado a la atención que le prestaba el fotoperiodista como si de una balsa se tratara. Era un hombre inteligente —tenía esa fama, al menos— y poderoso: el caso que le hacía actuaba de contrapeso del desprecio de su exnovio. Durante la última noche estuvieron paseando por París hasta las tres de la madrugada. Ella casi no había dormido: tan entusiasmada y excitada se sentía, que se había levantado temprano y había salido al alba a rondar por la ciudad vacía; había andado y andado hasta que el póster la había hecho detenerse.

Le pregunté qué fotografiaba.

Comida, respondió.

El teléfono sonó en la habitación de al lado y me disculpé mientras iba a cogerlo. Era mi hijo mayor; le pregunté dónde estaba. En casa de papá, dijo con voz sorprendida. ¿Qué tal por casa?, me preguntó. Le expliqué que estaba dándole clase a una alumna. Ah, repuso. Se hizo un silencio. Oí una especie de susurro y el ruido de su respiración en el auricular. ¿Cuándo vamos a volver?, me preguntó. Le dije que no lo sabía: el contratista creía que dentro de un par de semanas, tal vez. Aquí no hay nadie, dijo, es raro. Lo siento, contesté. ¿Por qué no podemos ser normales?, continuó él. ¿Por qué tiene que ser tan raro todo? Le dije que no lo sabía. Yo hacía lo que podía. Eso es lo que siempre dicen los adultos, replicó. Le pregunté cómo le había ido el día en el colegio. Bien, contestó. Oí que Jane carraspeaba en la habitación contigua. Le dije a mi hijo que lo sentía pero que tenía que dejarlo. Vale, respondió.

Cuando volví a la sala me sorprendió ver los brillantes colores de las ropas de Jane entre el paisaje blanco de las sábanas. Se había quedado muy quieta, con las rodillas juntas y la cabeza derecha, rodeando la taza de té con dedos abiertos. Me descubrí preguntándome quién sería exactamente: emanaba un aire teatral que parecía limitar a dos las posibles reacciones: fascinación o huida. La idea de quedar fascinada, sin embargo, se me antojaba difícil: recordé sus comentarios sobre la agotadora naturaleza de los alumnos y pensé en cuán a menudo nos traicionamos por lo que advertimos en los demás. Le pregunté cuántos años tenía.

Treinta y nueve, contestó, levantando la cabeza sobre su largo cuello en un gesto de leve desafío.

Le pregunté qué tenía ese pintor —Marsden Hartley— que tanto le interesaba.

Me miró a los ojos. Los suyos eran sorprendentemente pequeños: carecían de pestañas, no eran femeninos —el único rasgo de su aspecto que no lo era— y tenían el color del limo.

Él es yo, contestó.

Le pregunté qué quería decir con eso.

Yo soy él, y añadió con cierta impaciencia: somos lo mismo. Sé que suena un

poco raro, continuó, pero no existe razón alguna que impida que la gente se repita.

Le dije que, si se refería a la identificación, estaba en lo cierto: reconocerse en otros era muy común, sobre todo si esos otros existían en la distancia, como, por ejemplo, los personajes de un libro.

Dio un único cabeceo de impaciencia.

Yo no me refiero a eso, replicó.

Con lo de que no le interesaban sus cuadros, lo que había querido decir era que no le interesaban objetivamente, en tanto que arte. Para ella eran más como pensamientos. Pensamientos en una cabeza ajena que podía ver. Y verlos le había permitido reconocer que eran los suyos. En el museo, los comisarios de la exposición habían incluido comentarios críticos y notas biográficas en las paredes. Había empezado a leerlos mientras iba de sala en sala, y al principio, cuando se dio cuenta de que su vida y la de Marsden Hartley no tenían nada en común, se había llevado un chasco. Al pintor se le había muerto la madre; la suya estaba viva y coleando en Tunbridge Wells. Cuando Marsden Hartley tenía ocho o nueve años, su padre se había vuelto a casar y había abandonado al muchacho; se había mudado con su nueva esposa a una zona distinta del país y había dejado que al niño lo criaran unos parientes. Marsden Hartley creció y se convirtió en un homosexual que solo pudo consumir su sexualidad un puñado de veces en la vida; Jane, mujer y completamente heterosexual, se había acostado con tantos hombres que prefería no contarlos, aunque los habría recordado a todos. Durante la mayor parte de su vida adulta, Marsden Hartley había vivido prácticamente en la pobreza pasando largas temporadas en Francia y Alemania, y solo había regresado a Estados Unidos cuando se había quedado sin dinero; ella era una inglesa de clase media con ingresos modestos pero regulares que, aun disfrutando de los viajes, nunca se había planteado vivir en el extranjero. Él se había relacionado, sobre todo, con las lumbreras de su época — pintores, escritores y músicos famosos—, idea que a Jane le resultaba casi dolorosa, pues una de sus mayores quejas sobre su vida, para ser sinceros, era la falta de gente interesante. Tan vivamente deseaba pertenecer al mundo que Marsden Hartley había frecuentado que sentía la frustración de verse presa de un estado de alerta, de vigilancia perpetua, como si temiera descubrir que, mientras parpadeaba, ese mundo le había pasado de largo. Por desdichada que hubiera sido la existencia de Marsden Hartley, había contado, al contrario que la suya, con consuelos y oportunidades de ese tipo.

—Y está muerto, además.

Nos quedamos en silencio durante un rato. Jane sostenía la taza de té como si fuera algo que no tuviera nada que ver con ella, mientras el líquido se enfriaba en su interior. Había vuelto a los cuadros, continuó, a sus colores extraños y ligeramente chillones, a sus contornos tumulares, a su interioridad y, con todo, a la simple sinceridad infantil de sus formas, mientras trataba de procesar esa sensación, mezcla de familiaridad y disonancia. Muchos de los cuadros eran marinas, lo que había

acentuado todavía más su confusión: nunca había vivido cerca del mar ni se había sentido especialmente atraída por el paisaje marino. Y, por fin, llegó a un pequeño óleo de un barco en mitad de una tormenta. Estaba pintado en un estilo naïf: el barco era como de juguete, las olas, florituras como las que pintaría un niño, y la tormenta era una inmensa forma borrosa en lo alto. Leyó la cartela del cuadro, que relataba la anécdota de la visita anual de Marsden Hartley a Nueva Escocia, donde pasaba las semanas de verano alojado con una familia de pescadores del lugar y donde —en compañía de esa familia— había encontrado la única felicidad y sensación de pertenencia que llegó a conocer en su vida. Tanto los hijos de la familia como multitud de primos lo aceptaron y se hicieron amigos suyos; él, un pintor atormentado, lánguido y neurasténico; ellos, bellos y fornidos hombres de campo y pasiones liberales. En ese lugar remoto, aquella casa era cálida y material como la madriguera de un animal, el reverso del sofá parisino de Gertrude Stein —donde Marsden Hartley se había sentado una vez—, y había indicios de que ese espíritu juguetón, cálido y animal había llegado hasta la soledad sexual de Marsden Hartley (los chicos podían ponerse a copular alegremente tanto con una mujer como con un caballo, recordó el pintor en una ocasión) y la había aliviado. Durante una de esas visitas de verano, mientras Marsden Hartley pasaba el día pintando en la casita, los hermanos salieron en barco hasta Halifax en compañía de uno de los primos para desembarcar la pesca del día, y los tres se ahogaron en una tormenta atroz.

Fue ese suceso, continuó Jane al cabo de unos instantes, el que hizo que el cataclismo de comprensión —al que ella se había referido como «la revolución»— tuviera lugar. Más que reflejar los hechos literales de su propia vida, Marsden Hartley hacía algo mucho más grande y elocuente: los dramatizaba.

Le pregunté a Jane qué aspecto en particular de la historia la había llevado a esa conclusión.

Me pareció tan absurda, dijo, tan triste y fútil. Era casi demasiado horrible para ser cierta. Yo trataba de comprender su significado, por qué había tenido que pasarle a él, después de todo lo que ya había sufrido, en vez de a otra persona. Había perdido a su madre y su padre lo había abandonado, no había sido capaz de encontrar un amante y conseguir que permaneciera a su lado; hasta un amigo suyo, alguien que lo quería, escribió que era imposible no rechazarlo, que él mismo lo había rechazado, que el pintor tenía algo que invitaba al rechazo. Al leer aquello, empecé a entender: cuando Marsden Hartley amaba algo, lo ahuyentaba. Me di cuenta, ahí parada, de que si tuviera que describir mi vida —aunque, como decía, los ejemplos serían mucho menos dramáticos—, usaría exactamente las mismas palabras.

Mientras hablaba, un fuerte olor a rancio iba colándose en la sala. Subía del sótano. Me disculpé y expliqué que los vecinos de abajo a veces cocinaban cosas que —de lejos, al menos— olían bastante mal.

Me preguntaba de qué se trataría, dijo Jane con una inesperada sonrisa traviesa. Será algo que habrán cazado en el jardín, añadió, porque no se me ocurre otra cosa

que huele tan mal al cocinarla. De niña, su madre solía hervir esqueletos de animales —ardillas, ratas, hasta una cabeza de zorro, en una ocasión— para pintarlos. El olor era ese mismo, añadió Jane.

Si le molestaba, no costaría nada salir y buscar un café donde continuar la conversación.

Ella prefería quedarse, repuso al instante. Como te decía, estoy bastante acostumbrada a este olor.

Su madre era una pintora bastante famosa, continuó. La pintura era lo único que de verdad le importaba; no debería haber tenido hijos, probablemente, pero en esa época era lo que tocaba. Mi trabajo no le parece gran cosa, añadió. Ni siquiera su último encargo, las fotografías del catálogo de Navidad de Waitrose, había logrado impresionarla. Detesta la comida en todas sus formas, dijo Jane. De pequeña nunca tenía nada que comer en casa. Hasta el congelador estaba lleno de animales muertos, y no de los que apetecen para cenar. Otros niños tenían palitos de pescado y helados de chocolate en el congelador; Jane tenía alimañas en descomposición. Las experiencias de Marsden Hartley con el hambre, añadió, eran otro elemento de afinidad: la comida había acabado obsesionándolo y aterrizándolo por igual. Él compensaba sus episodios de hambre excediéndose con la comida cuando tenía ocasión. Decían que, al final de su vida, comió hasta morir. Aquel era otro caso de dramatización: la propia Jane tenía problemas con la comida —¿qué mujer no los tenía?—, pero el suyo no era cuestión de voluntad y control, o al menos no lo había sido al principio. Las ausencias de su madre, mentales y muy a menudo físicas, la habían convertido en una niña desnutrida: de adulta, el hambre y la convicción de que, si empezaba a comer, no iba a poder parar, eran ideas que no habían dejado de atormentarla.

Fotografió comida en vez de comérmela, dijo.

Después de leer que Marsden Hartley había comido hasta morir, había tratado de investigar qué había pasado en realidad. Leyó incontables páginas sobre sus pinceladas y sus influencias, sobre sus fases iniciales y sus puntos de inflexión, pero nadie tenía mucho que decir acerca de sus problemas con la comida. Supongo que entonces no existía un lenguaje que pudiera expresarlos, dijo Jane. En todas las fotografías que había visto, el pintor aparecía como un hombre alto y delgado, la cara de pájaro ligeramente levantada, pero un día, por fin, dio con una en blanco y negro de sus últimos años. Estaba de pie en una habitación vacía, un espacio blanco —parecía un museo, pero sin cuadros en las paredes—, y llevaba un abrigo negro abotonado que cubría su cuerpo inmenso. Sobre el cuello todavía delgado sobresalía en lo alto su cabeza, casi disociada de la masa que tenía debajo; su cara, aunque más vieja, tenía más o menos el mismo aspecto. En realidad, tan desnuda era su cara de sufrimiento, que casi se veía más añorado. Era la fotografía de un niño atormentado aprisionado en una gran roca de carne.

Lo que ella había aprendido de los libros era otra cosa, una cosa que no esperaba:

la historia de la soledad es mucho más antigua que la historia de la vida. Entendida como aquello a lo que la mayoría de la gente se refiere como vida, dijo. Sin hijos ni pareja, sin una familia o un hogar, un día puede hacerse eterno: una vida sin esas cosas es una vida sin historia, una vida sin nada —sin caprichos en la narración, sin desarrollos de la trama, sin dramas humanos absorbentes— que pueda aliviar el cruelmente minucioso paso del tiempo. Marsden Hartley no había tenido más que su trabajo, dijo, y al final a ella le parecía que había sabido aprovecharlo mejor que nadie. Murió a los sesenta y algo, aunque leyendo sobre su vida uno diría que había durado hasta los mil años. A Jane, incluso la vida social que había envidiado había empezado a aburrirle, su superficialidad, las mismas caras competitivas en las mismas salas, lo repetitivo, la falta de crecimiento, la falta de cariño o de intimidad.

La soledad, continuó, aparece cuando nada se te aferra, cuando nada florece a tu alrededor, cuando empiezas a pensar que tu presencia basta para matar las cosas. Sin embargo, cuando miraba a su madre, que vivía en una miseria tal que, sinceramente, más les valdría quemar la casa hasta los cimientos cuando llegara el momento de venderla, Jane veía a alguien feliz en su soledad, en su trabajo. Como si no conociera algo, continuó, porque nadie la hubiera obligado jamás a conocerlo.

Le pregunté si, esa mañana en París, de haber sido otro pintor el de la exposición, habría reconocido un relato distinto, o al menos uno que combinara los mismos elementos de diferente modo.

Me miró en silencio con sus ojos pequeños e inescrutables.

¿Es eso lo que crees?, me dijo.

En realidad, repuse, yo había visto un cuadro de Marsden Hartley. Hacía unos cuantos años, en un museo de Nueva York: estaba de vacaciones con mi marido y mis hijos, le dije, y habíamos entrado en el museo para escapar de la lluvia. El cuadro era una marina: se veía una cortina de agua blanca, un cúmulo salpicado de rombos azules y verdes cuyo desarrollo volcánico residía en algún lugar del futuro del cuadro. Me había quedado quieta mirando el lienzo mientras mis hijos, que todavía eran pequeños, se impacientaban cada vez más; yo había creído ver en el cuadro un presagio cuyo significado se me había clavado en el pecho como un pincho. Todavía lo veía, en realidad: esa blancura turbulenta que se concentraba, se acumulaba, esa ola cuya incapacidad para dejar de crecer y romper constituía su destino ineludible. Era completamente posible convertirse en prisionero de la visión del artista, dije. Como en el amor, continué, que te entiendan crea el temor a que no vuelvan a entenderte jamás. Pero había habido otros cuadros, dije, antes y después de ese, que me habían conmovido igual de profundamente.

Tengo trescientas mil palabras de notas, repuso ella fríamente. No puedo desecharlas sin más.

El olor procedente del sótano era ya tan fuerte que me levanté y abrí la ventana. Miré la calle desierta, las filas de coches aparcados, los árboles que perdían las hojas y cuyas ramas empezaban a asomar, como miembros desnudos entre jirones. Entró el

aire, sorprendentemente frío y veloz.

¿Por qué no?, pregunté.

No tengo ninguna intención de escuchar esto, dije, no quiero oírlo.

Cuando me volví me la encontré en ese ondulante paisaje de guardapolvos cuya blancura quedaba interrumpida por las formas azules y verdes de su ropa. Se la veía acongojada.

Evidentemente, ella podía hacer lo que quisiera, dije, y yo la ayudaría en todo lo que pudiera.

Pero estaría perdiendo el tiempo, repuso.

Perdiéndolo, no, dije. Pasándolo.

Le pedí que me hablara sobre esa noche en París, la que había pasado con el fotoperiodista, la víspera de su descubrimiento de Marsden Hartley.

Me miró con expresión confusa.

¿Por qué te interesa?, me preguntó.

Le dije que no lo sabía.

Dejó escapar un suspiro, su busto turquesa subía y bajaba.

Era la última noche del curso, dijo, y habían organizado un cóctel para celebrarlo. Como estaban en verano, la fiesta tuvo lugar en el jardín del edificio, situado cerca del río, al lado de la Place Saint Michel. El jardín tenía un aspecto magnífico al atardecer, y sirvieron champán, porque el curso lo patrocinaba una marca de champán. Ella llevaba un vestido blanco precioso que había comprado el día anterior en la Rue des Fougères; se había tomado la molestia de volver al hotel a cambiarse, a pesar de que su exnovio se había burlado de ella cuando habían hablado por teléfono ese mismo día; le había dicho que solo se preocupaba por su aspecto y por su capacidad de atraer a los hombres. El fotoperiodista estaba en el cóctel, bebiendo champán en los fragantes e imponentes jardines, donde el ruido del tráfico del Boulevard Saint Michel apenas llegaba, pero también andaba por allí alguien que no le gustaba nada, un tipo de Inglaterra, un fotógrafo que la había insultado y la había desautorizado en un proyecto en el que habían trabajado juntos. No sabía qué hacía él allí, pero no se despegaba del fotoperiodista famoso. De todos modos, los hilos de atracción que la unían al fotoperiodista, cuidadosamente entretejidos durante los días precedentes, seguían intactos: se echaban vistazos frecuentes, intercambiaban miradas; y otras veces, en cambio, no se miraban en absoluto y dejaban que su cuerpo irradiara conciencia. Se sentía eufórica, llena de confianza, como una novia con su vestido blanco. Varios alumnos se acercaron a elogiar su trabajo, le decían lo mucho que los había ayudado. Pasó una hora; la fiesta empezaba a decaer. Había estado esperando a que el fotoperiodista se acercara a hablar con ella, pero no lo hacía, y a medida que pasaba el tiempo, la convicción de que no se acercaría iba invadiéndola como un escalofrío. Para disipar esa convicción, decidió salir en su búsqueda ella misma: la sensación de euforia y su determinación por conservarla eran más poderosas que la fastidiosa y decepcionante realidad. El fotoperiodista seguía

conversando con el adversario de Jane —el inglés—, un personaje de mediana edad de aire disoluto que siempre le había resultado físicamente repugnante, con su cuerpo flácido y barrigón y sus enormes dientes amarillos. Los dejaba a la vista igual que un caballo, con los labios echados para atrás, riéndose de cualquier cosa que el fotoperiodista dijera.

Los tres —el inglés no tenía intención alguna de que lo dejaran de lado— decidieron ir a un restaurante. Abandonaron la fiesta y subieron el Boulevard Saint Michel hasta un bistró que el fotoperiodista conocía. Era un local ruidoso y de iluminación muy dura, lleno de espejos y superficies metálicas. Se sentó a una mesa con los dos hombres y entabló un combate descarado por la atención del fotoperiodista, un combate del que se supo ganadora cuando, al cabo de dos largas horas, el fotoperiodista se inclinó hacia ella y le apoyó la mano levemente en la muñeca, comentándole preocupado que no había comido nada. Era cierto: su comida seguía más o menos intacta en el plato. El bistró era uno de esos sitios poco románticos y pasados de moda cuyos platos parecen fotografías de recetarios de los años setenta, esos libros de cocina que las mujeres de la generación de su madre solían tener y de los que, de hecho, el hogar de su infancia poseía un ejemplo memorable, pues en un determinado momento, su padre le había regalado a su madre la suscripción a una colección titulada *Cocina Cordon Bleu*.

Debía de estar desesperado, añadió Jane con una sonrisa.

Los archivadores llegaban todos los meses, con grandes cubiertas de tapa dura estampadas en relieve, e íbamos colocando el nuevo al lado de su predecesor no leído hasta que la colección ocupó una estantería entera. Su madre, hasta donde ella sabía, no abrió jamás uno solo de esos archivadores: la única persona que los miraba era Jane, sentada sola en la cocina por la tarde, al salir del colegio, cuando su madre estaba en el estudio y su padre, que se había marchado de casa y había vuelto a casarse, ya no vivía con ellas. Durante mucho tiempo se había preguntado por qué al irse no se había llevado los elegantes y prestigiosos volúmenes, cuya llegada a la casa y posterior entierro había tratado con gran ceremonia. Por aquel entonces, a ella no le dejaban tocarlos, pero ahora los veía tristes y llenos de polvo en la estantería de la mugrienta cocina de su madre: comprendía que los habían abandonado. Solía sentarse a pasar las páginas, estudiando las chillonas fotografías de flanes y solomillos Wellington y *gratin dauphinois*, de colores alarmante y desconcertantemente irreales, y una cualidad granulosa que evocaba una historia que, o nunca había ocurrido o ella por alguna razón se había perdido, eso no sabría decirlo. A veces en las fotografías se veía una mano que parecía ejecutar una maniobra culinaria: era una mano blanca, pequeña, limpia y asexuada, de uñas cuidadas y bien cortadas. Tocaba las cosas sin dejar señal ni quedar marcada: permanecía impecable, sin mácula, aun cuando limpiaba un pescado o pelaba un tomate. Cuando el fotoperiodista le tocó la muñeca, su mano, cosa extraña, le había recordado a esa otra.

El inglés había observado ese sugerente gesto, y al cabo de media hora, más o

menos, se levantó para marcharse.

Tengo la impresión de que vosotros dos no queréis compañía, dijo con mala fe enseñando los dientes amarillos. Rodeó la mesa lentamente dándole un empujón, y los cubiertos entrechocaron y el vino se agitó en las copas. La miró a los ojos. Buena suerte, le dijo.

Después, el fotoperiodista pagó la cuenta y los dos salieron a la ciudad oscura y cálida. Él propuso ir a un bar. Ya era tan tarde que su búsqueda resultó infructuosa —ninguno de los dos conocía París lo bastante bien—, y se convirtió en un paseo sin rumbo. Caminaban muy juntos, sus brazos a veces se tocaban. Notaba la inmanencia de él, la plenitud de su atención: parecían dirigirse hacia un acuerdo, hacia algo ineludible, sin llegar del todo a alcanzarlo. En un momento dado él dejó de caminar, la agarró del codo y la detuvo en una callejuela oscura, pero solo quería atarse un zapato. Empezó a aguzarse su perspicacia, su conciencia de sí misma: se preguntaba cómo iba a tener lugar la seducción, que un rato antes había visto como una certeza. Se dio cuenta de repente de que él era bastante mayor, la doblaría en edad, probablemente; lo vio meterse furtivamente un caramelo de menta en la boca, como si temiera que ella pudiera encontrarlo desagradable. Su excitación era palpable, pero ocultaba algo fijo e inamovible, una barrera que ella no sabía cómo franquear. Por fin, después de dos horas caminando y charlando, descubrieron que estaban delante de su hotel. Él pasó otros diez minutos hablando torpemente en el vestíbulo; después le dio un beso seco en la mejilla, le deseó buenas noches y se fue a la cama. Ella había ido a su habitación y se había tumbado a mirar el techo en un estado de alerta vibrante y acusadísimo. Después, como ya me había contado, se levantó al alba y salió a pasear sola por la ciudad.

Le pregunté de qué había hablado el fotoperiodista mientras caminaban.

De su mujer, respondió, de lo inteligente que era, del talento que tenía.

En un momento dado él le había contado que su mujer y él habían pasado una temporada separados. Ella le preguntó por qué. Él le explicó que había sido por trabajo: su mujer había recibido un ascenso muy importante que la había llevado a la otra punta del país, y él tenía cosas que hacer aquí, en Europa. Habían vivido dos años separados, enfrascados en proyectos distintos. Al final de ese periodo habían vuelto a reunirse en su casa de Wyoming. Ella le había preguntado, muy atrevida, si había habido infidelidades. Él dijo que no. Categóricamente, añadió Jane.

Entonces ella supo, continuó, que era un mentiroso, que a pesar de tanto reportaje y tanta sinceridad, estaba resuelto a que nadie lo tocara, a tomar sin dar, a acaparar como un niño glotón. Supe, continuó, que quería acostarse conmigo, que lo había considerado con detenimiento y había decidido —por su experiencia, sin duda— que era demasiado arriesgado.

Le pregunté a Jane por qué había sentido semejante entusiasmo después de ese encuentro tan deprimente.

No lo sé, repuso. Creo que por la sensación de sentirme admirada. Se quedó un

rato callada mirando por la ventana con la cara levantada. Admirada, continuó, por alguien más importante que yo. Me excitó, no sé por qué. Siempre me excita. Aunque podría decirse que yo no saco nada del asunto, añadió.

Miró el reloj: era tarde, debía marcharse y dejarme tranquila. Cogió el bolso y se puso en pie entre los guardapolvos.

Le dije que debía reflexionar sobre nuestra conversación y sobre si algún elemento de lo que me había contado le daba la manera de empezar. Estaba segura de que lo descubriría muy pronto.

Gracias, repuso dándome un leve apretón de mano con dedos finos. Noté que no me creía.

Salimos al recibidor y le abrí la puerta. Los vecinos de abajo estaban en la acera, en la tarde gris, con sus abrigos desastrados. Al oír la puerta se volvieron a mirar con cara adusta y suspicaz, y Jane les devolvió una mirada imperiosa. La imaginé al atardecer en el jardín de París con su vestido blanco, intacta, un objeto sediento, si no de que lo interpreten, sí de esa realización que confiere una mirada de admiración humana, igual que un cuadro en la pared, esperando.

Al contratista se le había estropeado la furgoneta: Tony, el jefe de obra, me dijo que le pasaba cada dos por tres. Íbamos en el reluciente Audi granate de Tony rumbo al almacén para buscar material.

—Este es coche bueno —me dijo levantando las manos del volante para demostrármelo. Los interiores eran de inmaculado cuero negro—. Yo compro coche que nunca se rompe, y mira lo que pasa. Tengo yo que recoger cemento.

Antes, parada en la calle, lo había visto proteger el coche muy cuidadosamente con fundas blancas.

—Como asesino —dijo con una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos imponentes dientes blancos—, cabe dos cuerpos —añadió con gesto elocuente. Señaló hacia la puerta del sótano—. En Albania yo conoce gente. Mucho descuento.

Estábamos atrapados en el tráfico lento con la radio encendida. Tony dijo que la llevaba puesta para mejorar su inglés. Su hija lo hablaba mejor que él, y solo tenía cinco años.

—¡Cinco años! —gritó dando una palmada en el volante de cuero—. ¡Increíble!

El arcén gris discurría lentamente a nuestro lado. Tony le echaba vistazos frecuentes, enderezándose en el asiento. Conducía muy tieso, protegido por sus gafas de sol de espejo y con un único dedo apoyado en el volante de cuero. Mantenía los muslos, grandes y fuertes, separados, formando una uve perfecta. Llevaba una camiseta roja muy ceñida que dejaba ver su torso poderoso y sus brazos musculados.

—Encanta Inglaterra. Lo que más encanta, pasteles ingleses —sonrió—. Sobre todo barritas de cereales. Viene agua a la boca.

Se te hace. Se te hace la boca agua, querrás decir, lo corregí.

—¡Agua! —gritó contentísimo echando la cabeza para atrás—. ¡Sí, hace la boca agua!

Su hija, continuó, se lo pasaba muy bien en el colegio, siempre le contaba cosas. Por la mañana la encontraba sentada en las escaleras, con el uniforme puesto, esperando. Su profesora le había dicho que leía mejor que algunos niños de diez años.

—Mi hija —dijo dándose un golpe en su pecho fornido—, que leyendo mejor que los ingleses.

La familia llevaba tres años viviendo en Inglaterra. La única persona a la que conocían cuando llegaron era la cuñada de Tony, que vivía en Harlow. Desde

entonces, Tony había convencido a su hermano y a su primo de que se instalaran aquí. Le gustaba tener a la familia cerca —volvía a Albania cada dos meses, iba en su Audi sin hacer paradas—, pero no sabía si para su mujer sería tan bueno.

—No deja que adopte —dijo.

Adapte, repuse. No deja que se adapte.

—Sí —dijo Tony con un cabeceo de aprobación—. Está bueno.

El poder depender de la familia era lo que no dejaba que se adaptara, dijo. No había hecho amigos y le daba miedo salir sola. Ni siquiera llevaba a su hija al colegio: era Tony quien la llevaba y la recogía y asistía a las uniones.

Reuniones, corregí yo.

—Encanta —dijo Tony con una sonrisa franca—, las reuniones.

A diferencia de su hija, su mujer no sabía ni una palabra de inglés.

—Y mi hija —continuó—, ella no habla albanés.

Entendía algunas cosas, pero el idioma que hablaba era el inglés.

Así que, de hecho, dije, su mujer y su hija no podían hablarse. Tony asintió en silencio muy despacio con los ojos fijos en la carretera.

—En otras palabras —dijo.

En el almacén esperé a que Tony recogiera el pedido del contratista. Pagué la factura y emprendimos el viaje de regreso. Un camión pequeño y destartado nos seguía muy pegado y sin dejar de tocar el claxon, hasta que dio un volantazo para ponerse al lado del Audi de Tony. El conductor empezó a agitar los brazos y se inclinó para gritar por la ventanilla abierta. Era un hombrecito menudo de aspecto piratesco y estudiado bigote negro. Tony se echó a reír y apretó un botón para bajar la ventanilla. Los dos iban conduciendo y hablando a gritos en otro idioma mientras los demás coches protestaban con un cacofónico estruendo de cláxones. Por fin, el camión aceleró; el contenido de su plataforma —sacos de basura, muebles viejos, planchas rotas y montones de escombros— iba botando bajo una lona que ondeaba como loca.

—Es Kaput —dijo Tony mientras la ventanilla volvía a subir con un zumbido—. Está loco. Hasta para albanés.

Kaput nunca se bajaba del camión, dijo Tony. Lo conducía día y noche, daba vueltas y más vueltas por la ciudad recogiendo basura. La basura era problema para la gente aquí, cien por cien: había muchas normas, y los contenedores costaban mucho dinero. Era más barato pagar a Kaput, que venir y llevarse basura.

Le pregunté dónde se la llevaba.

—Sale de la ciudad hasta ver campos —contestó Tony guiñándome el ojo.

Los albaneses sabían trabajar, continuó, no como los de aquí. Kaput no tenía ni casa: su casa era el camión. Así ganaba más dinero. Enviaba más dinero a su pueblo. Tony frunció el ceño.

—Pueblo de Kaput mal sitio —afirmó.

Tony trabajaba todos los días de la semana. El contratista no era el único jefe que

tenía: hacía todo tipo de trabajos extra para quien fuera, hasta para los clientes del contratista. Él y Pavel y su hermano querían montar su propia empresa de construcción el año siguiente. Tony sonrió.

—Pavel siempre dice que querer volver a Albania —dijo—. Pero yo no dejo. Cierro sus herramientas en mi casa. A veces viene y llamar a puerta muy de noche. Yo no dejo entrar. Él queda fuera y grita y pide fuerte herramientas. Yo saco cabeza por la ventana y digo deja gritar, tú despiertas a mi hija, está sueñando en inglés.

Soltó una carcajada. Le pregunté por qué quería Pavel volver a Albania.

—Echa de poco su país —repuso Tony.

Echa de menos, dije.

Pavel era el otro hombre al que el contratista había enviado para trabajar en las obras. Era menudo, callado y melancólico, y a veces lo veía, al alba gris, sentado en los escalones de la entrada leyendo un libro mientras esperaba a que Tony llegara. El primer día, Tony me explicó que él se encargaría de los derribos y de dejarlo todo pelado, y Pavel de la construcción y sanear.

—¡Destrucción! —había dicho Tony con una gran sonrisa llevándose las manos al pecho, y después había señalado a Pavel—. ¡Construcción!

Pavel salió a ayudar a Tony a descargar el coche. Se quedaron parados mirando con detenimiento los sacos de cemento y Pavel le hizo una pregunta.

—¡Inglés! —le ordenó Tony—. ¡Habla inglés!

Tony me dijo que ese día iban a levantar el suelo. Le pregunté si harían mucho ruido. Él sonrió.

—Cien por cien —repuso.

Bajé al sótano y llamé a la puerta. Se oyeron los ladridos agudos del perro y después, al cabo de un buen rato, unos pasos pesados que se acercaban. Paula abrió la puerta. Al verme, puso cara de desagrado.

—Ah, es usted —dijo—. ¿Qué quiere?

Empecé a explicarle que ese día habría un poco de ruido, pero ella me interrumpió.

—John ha llamado al ayuntamiento para quejarse. ¿No es verdad, John? —gritó a sus espaldas—. Les ha pedido que vengán a pararlo todo.

Cruzó los brazos y se quedó en la puerta, mirándome.

—No tendría que estar permitido —dijo.

Se oyeron unos pies que se arrastraban y John apareció detrás de ella.

—Aparta, *Lenny* —le dijo al perro con voz ronca.

—La gente como usted me da asco —me dijo Paula—. La vida que la gente como usted lleva.

—El caso es que hace casi cuarenta años que vivimos aquí —dijo John.

—Oigo sus pisotones —continuó Paula—. Seguro que ni siquiera se quita los zapatos. Seguro que se pone zapatos de tacón adrede. El otro día subió a alguien a casa, era un hombre, lo oí. Asqueroso.

—Estoy enfermo, ¿sabe? —dijo John.

—La oí con él —dijo Paula. Soltó una estúpida risita aguda, como imitando algo, y se acercó los dedos a la mejilla, agitándolos—. Cree que engaña a la gente, pero usted no engaña a nadie.

—Tengo cáncer, ¿sabe? —dijo John.

—Tiene cáncer —repitió Paula señalándolo con el dedo fieramente—. Y usted ahí arriba, revoloteando con sus zapatos de tacón y echándose en brazos de cualquiera.

—No estoy bien —dijo John.

—No estás bien, ¿verdad, John? Pero a alguna gente no le importa que tengas cáncer. Van a lo suyo.

Traté de explicar que en cuanto hubieran instalado el aislante acústico en el suelo, se oiría mucho menos ruido de un piso a otro.

—Bah, ni la estoy escuchando —dijo Paula—. Bastante tengo con vivir aquí abajo, oyéndola día y noche. El sonido de su voz me pone enferma.

La mujer iba calentándose: vi cómo su corpachón se estremecía ligeramente y cómo movía la cabeza de un lado al otro como si algo en su interior se elevara y se abriera deseando nacer. Estaba azuzándose a sí misma, lo vi: quería traspasar límites, como para demostrarse que era libre. Me quedé callada. La mujer iba cerrando la boca, como poniendo morritos, e intuí que sopesaba la idea de escupirme. Lo que hizo, en cambio, fue agarrar el canto de la puerta y acercar su cara a la mía.

—Me da asco —dijo, y con un tirón violentísimo dio un portazo tan fuerte como pudo.

Subí a mi piso. Tony tenía un martillo en la mano y, haciendo palanca, iba levantando las baldosas de plástico. Le dije que, después de todo, tal vez no conviniera ocuparse del suelo ese día. No se detuvo: siguió levantando una baldosa tras otra y arrojándolas a un montón que tenía al lado.

—Como quieras —dijo—. Pero yo hablo ayer con ellos. Ellos dicen que no problema.

Le dije que aquello me sorprendía.

—Ella me trae a Pavel y a mí una taza de té. —Tony sonrió—. Pregunta por qué nadie vigilando.

Bueno, pues hoy amenaza con llamar al ayuntamiento para quejarse, dije yo.

Tony dejó lo que estaba haciendo y se incorporó sin levantar las rodillas del suelo y sin soltar el martillo. Me miró a los ojos.

—Yo y Pavel. Encargamos.

Salí a la calle y me dirigí a la estación de metro. Tenía un viejo ascensor que subía y bajaba con pesada lentitud entre el andén y la calle. Iban a cerrarla al año siguiente para instalar un ascensor nuevo: un letrero en la entrada informaba de que el cierre duraría nueve meses. Todas las mañanas y todas las tardes, muchísimas personas elegantemente vestidas entraban y salían de la boca del metro para desplazarse al trabajo o al colegio. Llevaban maletines y mochilas y tazas térmicas de

café, hablaban a toda prisa por el móvil mientras apretaban el paso por la acera; era como si su rutina diaria se hubiera concentrado y reducido a una serie de maniobras minuciosamente calculadas. La estación era un elemento tan esencial de esa rutina, que me pregunté qué debían sentir al pasar por delante del letrero que anunciaba su futura ausencia.

La estación de metro estaba en un cruce en el que cinco calles convergían como los radios de una rueda. Los coches se detenían ante los semáforos, cada carril esperando su turno. Unas veces parecía que el cruce fuera un espacio de confluencia; otras, cuando el tráfico rugía sin cesar en un caótico río de autobuses y bicicletas y coches, no parecía más que un corredor, un lugar de tránsito. Allí había una cafetería, y entré a esperar a mi amiga Amanda, que vivía cerca y me había preguntado si quería quedar para tomar un café. A pesar de lo cómodo que, en apariencia, resultaba el emplazamiento, tuve que esperarla durante casi una hora, en cuyo transcurso estudié el interior de la cafetería. Con sus estanterías llenas de libros y sus paredes color berenjena, transmitía una sensación de antigüedad y carácter, aunque, en realidad, se trataba de un lugar genérico y nuevo. Amanda me envió dos mensajes mientras la esperaba: uno para anunciar que llegaba tarde, y después, al cabo de un rato, otro para decirme que había habido un pequeño desastre en su casa y que iba a tardar todavía más. Me llamó mi hijo pequeño y hablé con él. Acababan de dar las once de la mañana: le pregunté por qué no estaba en clase. Es la hora del recreo, dijo. Se hizo un silencio y a continuación él preguntó: ¿Cómo estás? Después de hablar con él, traté de leer el periódico. Mis ojos se deslizaban sobre las palabras sin absorberlas. Había una foto de un elefante grande al lado de otro pequeño en un paisaje cálido y polvoriento. Había una foto de personas con la boca abierta, manifestándose bajo la lluvia en una ciudad. Sonó un mensaje en el móvil. Era del moderador del festival. Sentía mucho no poder quedar el martes, como le había propuesto. En otra ocasión, tal vez.

Llegó Amanda. Cuando estaba a punto de salir, me dijo, el sistema de rociadores automáticos contra incendios que los de las normativas de edificación le habían hecho instalar se había activado, no sabía por qué, y se había puesto a llover dentro de casa. Para cuando había sido capaz de desactivarlos, todo estaba empapado: su ropa, la cama, los papeles de su estudio. Por suerte, sus posesiones en forma de muebles, oleos o antigüedades valiosísimas eran más bien escasas. Su casa estaba bastante vacía: ni siquiera tenía alfombras o cortinas. Con todo, esa mañana no contaba con ponerse a fregar suelos. Había arreglado lo que peor estaba y después había dejado las ventanas abiertas para que el resto fuera secándose solo.

—Lo que infringe las condiciones del seguro —dijo—. Pero a estas alturas ya ni me importa.

La historia del rociador la había contado tan alegremente que costaba creer que fuera cierta. En realidad, parecía que el suceso le hubiera levantado el ánimo. Iba con ropa de trabajo —un vestido negro ceñido y chaqueta negra—, y tenía los ojos

brillantes, maquillados. Llevaba al hombro un bolso negro grande tipo saco, muy dado de sí por su contenido, y cuando lo colgó del respaldo de la silla su peso hizo que la silla volcara y cayera hacia atrás, contra el suelo. Con un movimiento veloz, volvió a enderezarla y se sentó con mucha elegancia, sonriendo, y dejó el bolso a sus pies. Fuera, había salido el sol: la luz de la ventana le daba directamente en la cara e incidía sobre el tejido de su ropa negra, iluminando un laberinto de arrugas llenas de polvo.

—He tenido que sacarlo del cesto de la ropa sucia —dijo—. Era lo único que estaba seco.

Amanda tenía un aspecto juvenil sobre el que la pátina de la edad parecía torpemente aplicada; era como si, más que envejecer, la hubieran tratado sin el debido cuidado, como la fotografía arrugada de una niña. Su cuerpo menudo y rollizo se hallaba en un estado de constante animación que, de vez en cuando, dejaba entrever una cautela oceánica. Hoy, el tinte gris de la fatiga yacía justo debajo de su rostro maquillado: me dirigía frecuentes miradas, con la cara resquebrajada frente al sol, como si buscara su propio reflejo.

—Ya sé que estoy horrible —dijo agachando la cabeza. Cogió la carta y sus ojos avanzaron deprisa página abajo—. Me he pasado casi toda la noche despierta. Ni siquiera puedo echarles la culpa a mis hijos —añadió— puesto que no tengo.

Había estado despierta hasta las tres de la madrugada, continuó, discutiendo con Gavin. Amanda había empezado a hacer yoga para tratar de vencer su insomnio, pero después de aquello iba a hacerle falta algo más que un saludo al sol para ponerse a tono. Gavin era su novio, un hombre grande y de cara sombría a quien yo solo había visto una vez. Era el director de la empresa constructora que Amanda había contratado para reformar la casa.

—Es penoso —dijo—. A mi edad tendría que estar haciendo algo más útil con mi tiempo. Es como si todas las personas que conozco estuvieran corriendo maratones benéficos. Se pasan el día entrenándose y haciendo dietas especiales mientras yo estoy abonada a la comida para llevar y tengo la vida emocional de una adolescente. Y tampoco podría correr aunque quisiera —añadió—. Ya me cuesta lo mío subir las escaleras.

Había ido al médico y le habían diagnosticado asma de respirar polvo. Es por llevar dos años viviendo en una casa en obras, dijo. Le recetó un inhalador, pero Amanda había perdido la tapa de la boquilla, y ahora el inhalador también estaba impregnado de polvo.

El camarero fue a tomarles nota y Amanda pidió una infusión.

—O no —dijo cuando el camarero ya se iba—, mejor un chocolate caliente.

El camarero esbozó una sonrisilla y escribió en su bloc.

—Sí, por favor —respondió ella con otra sonrisa cuando él le sugirió cubrir el chocolate con nata montada y nubes de malvavisco.

Se había prometido a sí misma, continuó, tomarse en serio su salud —tenía que

perder peso, para empezar—, pero parecía cada vez más enganchada a la adrenalina, y vivía al día, lo que hacía imposible someterse a dieta alguna. Empezaba cada mañana llena de buenos propósitos, pero las cosas la abrumaban tanto que cuando terminaba el día se veía más lejos de sus metas que al empezarlo. Nada duraba, por mucho que lo intentara. Le dije que mucha gente se pasaba la vida tratando de hacer que las cosas durasen para no tener que preguntarse si esas eran las cosas que realmente querían.

—Eso no lo piensas de verdad —dijo Amanda, con un brillo de interés en los ojos enrojecidos.

Quizá la gente corría maratones para realizar sus fantasías de fuga, dije.

Amanda se rio. La discusión con Gavin, dijo de pronto, había estallado porque él había desaparecido el día que tenían planeado irse a París a celebrar el cumpleaños de Amanda, viaje que ella misma había organizado. Estaban con las maletas hechas, listos para marcharse, cuando Gavin le dijo de repente que se le había olvidado el pasaporte. Había ido a buscarlo y no había vuelto. Amanda se había quedado sentada junto a su maleta mientras, a su alrededor, la oscuridad se adueñaba de la casa. Había intentado llamarlo varias veces, pero él no contestaba. No podía anular los billetes ni la reserva del hotel porque era demasiado tarde. Había pasado una semana entera sin noticias de Gavin. Pero la noche anterior se había presentado en su puerta con un fajo de billetes.

Le pregunté si había aceptado el dinero.

—Por supuesto —dijo, levantando la barbilla en un gesto desafiante—. Le hice pagar hasta el último penique.

Se había mostrado muy arrepentido, continuó. Había tratado de inventar una historia ridícula sobre lo que le había ocurrido, pero luego reconoció que la idea del viaje a París le había dado pánico y había huido. Le daba miedo ir con ella a un lugar como ese: en casa de Amanda —en la obra— sabía dónde estaba, pero al pensar en estar juntos en una ciudad extranjera le habían entrado ganas de esconderse. Tenía casi cincuenta años, y solo había ido de vacaciones a Irlanda. Viajaba hasta allí todos los veranos con los miembros de su club de golf, y salía al campo bajo la lluvia con un grupo de hombres a los que apenas conocía. Antes de conocer a Amanda, había tenido una relación muy íntima con otra cliente, una diseñadora gráfica de treinta y tantos años cuya casa estaba reformando. La relación había durado unos meses, durante los que el trabajo manual había corrido en paralelo a la construcción tortuosa de la tensión emocional, el lento goteo de sentimientos a través de los densos estratos de la naturaleza de Gavin. Cuando la casa estuvo terminada, a la mujer ya se le había acabado la paciencia y había perdido el interés.

—Y ahí es donde entré yo —dijo Amanda. Cogió la taza con sus llamativos aditamentos y se la llevó a los labios—. No se te ocurra nunca tener una relación con tu contratista —dijo—, hazme caso.

El problema de Gavin era que, cuanto más compleja se volvía su visión de la

vida, más incapaz de actuar se volvía. Lo torturaba la posibilidad que él mismo había elaborado con tanto esfuerzo, la de trasladarse completamente al mundo de clase media del que, hasta entonces, había sido el chico para todo. Tenía la intención de irse a vivir con ella, pero a pesar de que llevaban un año hablando de ello, aquel plan no se había hecho realidad. Nunca dijo que no quisiera hacerlo o que hubiese cambiado de opinión. Simplemente no lo hizo. Pero ahora, dijo ella, le había puesto una fecha, un día concreto. Si ese día no estaba viviendo en su casa, su relación habría terminado.

Le pregunté qué día era, y me lo dijo.

El caso, continuó, es que me da pena. Tuvo una infancia brutal que terminó a los catorce años, cuando su padre lo echó a la calle para que buscara trabajo. A veces, dijo, los dos hablaban de algún aspecto de la casa y ella entreveía en sus ideas e inspiraciones a una persona totalmente distinta, la persona que él podría haber sido. Una vez le había dicho que un contratista amigo suyo había ido a la casa de Amanda para ver algo que Gavin había hecho allí. Ese amigo había recorrido toda la casa en silencio. Al final le había dicho a Gavin: estás haciendo todo esto para venirte a vivir aquí, ¿no? Pero a la hora de la verdad, dijo Amanda, no se atrevía a dar el paso.

Le pregunté dónde vivía Gavin, si no vivía con ella.

En Romford, contestó Amanda, con su hermana. Dice que es más fácil llevar la empresa desde allí, pero yo sé que es porque puede ver la tele y comer comida rápida sin que nadie espere de él que diga nada.

Lo que Gavin entendía era lo vulnerable que eras cuando tenías la casa hecha jirones. Es como estar en una mesa de operaciones, dijo Amanda: te han abierto y ahora tienes a varios hombres trabajando dentro y no puedes moverte hasta que te hayan arreglado y te hayan vuelto a coser. Mientras Amanda se encontraba en ese estado, Gavin era capaz de amarla. En esa época trabajaba en su casa gratis, en su tiempo libre. Las seis semanas de obras proyectadas en un principio se habían convertido ya en dos años, mientras Gavin se dedicaba a otros trabajos durante el día. Ella comprendía que se había llegado a esa situación por un extraño y erróneo sentido del honor, pero, de todos modos, le costaba librarse de la sensación de ser la víctima de una broma pesada.

Había un elemento de fantasía, continuó, en la idea del compromiso masculino: incluso alguien como ella, una persona militantemente autosuficiente y práctica, una persona capaz de arremangarse si hacía falta, se había enamorado de la idea de que la cuidaran. Que Gavin le dijera que trabajaría por amor y no por dinero la había emocionado y tranquilizado casi como antes a las mujeres las emocionaba y las tranquilizaba una propuesta de matrimonio. Pero el amor, se había dado cuenta, era algo en definitiva intangible: la emoción solo estaba en su cabeza. El dinero habría acelerado el trabajo: tal como estaban las cosas, no veía cuándo terminaría todo aquello. Ni siquiera se acordaba de lo que era vivir en un sitio normal, donde la ducha y la calefacción funcionaban, donde no había que cocinar en un hornillo de *camping*

ni tenías que limpiarte el polvo y la tierra para salir a la calle en vez de limpiarte al llegar a casa. Lo más duro era conseguir estar presentable para el trabajo: había ido a reuniones con argamasa en el pelo y yeso bajo las uñas, y una vez, sin darse cuenta, con toda la espalda del vestido manchada de pintura, después de haberse apoyado un segundo en una pared cuando salía de casa. Había andado casi todo el día de esa guisa antes de que alguien se lo dijera.

Amanda se dedicaba a la moda.

—Y en ese mundo —dijo— nadie te dice nunca la verdad sobre tu aspecto.

Es extraño, continuó, cómo a veces puedes creer que algo es cierto cuando en realidad lo cierto es todo lo contrario. Supongo que eso lo veo constantemente en mi trabajo. La gente se pone cosas solo porque están de moda: en ese momento creen que les sientan muy bien, pero cuando al cabo de unos años echan la vista atrás, se dan cuenta de que estaban horribles.

Le dije que quizá ninguno de nosotros podía saber nunca lo que era verdad y lo que no lo era. Y ningún examen de los acontecimientos, aunque se hiciera al cabo de mucho tiempo, era del todo estable. Por seguir con la moda, muchas veces, si pasaba el tiempo suficiente, esas bochornosas prendas antiguas volvían a parecernos bien. Esas formas y estilos que desde cierta distancia parecían producir vergüenza y demostrar que somos capaces de engañarnos a nosotros mismos, podían ser, vistas desde otra distancia, la prueba de una radicalidad y elegancia instintivas que nunca supimos que teníamos o en las que nos hicieron dejar de creer con facilidad pasmosa.

Amanda empezó a acercarse de nuevo la taza a la boca y después volvió a apartarla.

No quiero esto, dijo con una mueca.

La moda era un sector para gente joven, continuó después de una pausa. Ella había entrado en él precisamente en el momento —a los treinta y pocos años— en que muchos de sus conocidos empezaban a echar raíces y formar familias. En cierto sentido, suponía, fue la inevitabilidad del destino lo que la había empujado a la resistencia, a entrar en un mundo que representaba una prolongación de las cosas que sus amigos estaban dejando: diversión, fiestas, viajes. Por entonces, incluso su mejor y más antigua amiga, Sophia —quizá yo la recordase de los viejos tiempos—, incluso Sophia, su compañera de piso y su compinche de toda la vida, se iba a casar y a comprar una casa con su novio Dan, quien en muchos aspectos era el ideal masculino de Amanda: había sido feliz viviendo con Sophia y él; incluso iban los tres juntos de vacaciones; ellos dormían en una habitación de hotel y ella en otra, como si fuera su extraña hija mayor. Por la noche sentía una mezcla de tristeza y seguridad cuando ellos cerraban la puerta, detrás de la cual, mientras se metía en la cama, oía susurros. En aquella época, a Amanda le habían ofrecido trabajo, un trabajo que entrañaba la vida social más frenética que había llegado a conocer jamás. Mientras sus amigos firmaban hipotecas y anunciaban embarazos, Amanda vivía inmersa en un torbellino de desfiles de moda, fiestas y noches en vela, viajando de París a Nueva York, yendo

de los clubs nocturnos a las reuniones con apenas el tiempo suficiente para ducharse y cambiarse de ropa, flirteando con todos los hombres que se cruzaban en su camino.

Nunca le había costado encontrar hombres, continuó, por lo menos hombres no muy agradables, pero en cierto momento se dio cuenta de que a los hombres como Dan no los encontrabas por ahí. Ya estaban cogidos, estaban reservados, eran de alguien; en cierto modo despreciaba esa vida de posesión; eran como cuadros caros colgados en la seguridad de un museo. Podías mirar tanto como quisieras, pero no ibas a encontrarlos en la calle, tirados en el suelo. Durante un tiempo se dedicó a mirar, y tenía la sensación de habitar algún infierno poblado de almas condenadas, todas ellas buscando, buscando alguna imagen que se correspondiera con su construcción mental. Cuando se acostaba con un hombre muchas veces tenía esa sensación: que no era más que el espíritu de un esquema preexistente, que ella era invisible y todo lo que él le hacía y decía en realidad se lo hacía y decía a otra persona, alguien que no estaba allí, alguien que podía haber existido o no. Durante un tiempo, esa sensación, la de ser el testigo invisible de la soledad de otra persona — una especie de fantasma—, casi la volvió loca. Una vez, estando en la cama con un hombre cuyo nombre ni siquiera recordaba, le sobrevino de repente un ataque de llanto. Él se portó muy bien con ella, le preparó té y tostadas, y le recomendó que hiciera terapia.

Cuando pienso en esa época, dijo, lo que más me cuesta recordar es la ropa que llevaba. Recuerdo las cosas que hice, los lugares a los que fui, los hombres y las fiestas e incluso las conversaciones, y en esos recuerdos es como si siempre estuviera desnuda. A veces, dijo, sueño con una prenda o me viene el recuerdo de algo —una chaqueta o unos zapatos—, y nunca estoy segura de haberlo tenido en realidad, aunque me resulte tan familiar que podría jurar que durante un tiempo no me lo quité. Pero nunca puedo demostrarlo. Lo único que sé, dijo, es que ya no tengo ninguna de esas cosas, y no sé dónde han ido a parar.

Sus padres, añadió, habían ganado todo su dinero comprando y vendiendo propiedades. Los recuerdos de su infancia eran los de una vida en casas que, en realidad, no eran más que edificios en obras, unas casas que siempre estaban en proceso de transformación. Sus padres las reformaban a conciencia, y entonces, en cuanto se habían hecho todas las obras y la casa transmitía la sensación de hogar, la vendían rápidamente. Aprendí, dijo Amanda, que cuando las cosas empezaban a parecer limpias y bonitas y cómodas, era la señal de que íbamos a marcharnos. No dudaba que parte de la atracción que sentía por Gavin radicaba en su asociación con el vocabulario de su infancia, como si hablara una lengua que solo ella pudiera entender. De los veinte a los treinta y pocos se había distanciado de sus padres, pero últimamente habían vuelto a entrar, hasta cierto punto, en su vida: les gustaba hablar con ella sobre aislamientos, soleras y los pros y contras de reformar el *loft*; las obras de la casa les habían proporcionado un interés común. Cuando termine, añadió, quizá no vuelvan a hablar conmigo.

Amanda dijo que debía irse: tenía una reunión en el centro y ya llegaba tarde. Se levantó y empezó a quitarse el polvo de la ropa, lanzándome constantes miradas, como había hecho durante toda nuestra conversación. Era como si intentara interceptar mi visión de ella antes de que yo pudiera interpretar nada de lo que veía.

—¿Me acompañarás hasta el metro? —preguntó cuando salimos.

Jadeaba mientras andábamos, con la mano en el pecho y dando dos pasos por cada uno de los míos, repiqueteando con sus altos tacones sobre la acera. No estaba segura de si yo lo sabía, dijo, pero estaba intentando adoptar a un niño. Era un proceso laberíntico, muy burocrático, como para que a cada momento tuvieras ganas de rendirte, pero ya llevaba unos cuantos meses con ello y estaba progresando. El problema era que no podían incluirla en una lista de espera hasta que la casa estuviera terminada: ninguna agencia consideraría siquiera la posibilidad de meter a un niño en una casa con cables colgando de las paredes y sin barandillas en la escalera. Y el estatus de Gavin era un problema: tenía que estar allí como un elemento fijo, o bien desaparecer. La mujer que llevaba su caso en la agencia se había convertido en una especie de amiga, continuó. Le había dado a Amanda motivos para la esperanza; la llamaba constantemente para darle ánimos.

—Dice que reconoce mi capacidad para amar —dijo Amanda. Se rio con alegría, inesperadamente—. Muchas personas han reconocido esta capacidad, y han sacado buen provecho de ella.

Llegamos a la estación de metro y Amanda me puso la mano en el brazo, jadeando y sonriendo. Le había encantado verme, dijo. Esperaba que las obras de mi casa fueran bien; estaba segura de que así sería. Si tenía alguna noche libre, quizá podríamos vernos y ponernos al día como era debido. Hurgó en el bolso en busca de su monedero y lo sacó con mano temblorosa. Luego pasó las barreras, casi tropezando, y, con un gesto de la mano, breve y animoso, desapareció.

Había llegado el día que, según la astróloga, tendría una importancia especial para la próxima fase de tránsito.

Tony estaba derribando una pared. Blandía su taladro en medio de una tormenta de polvo y ruido, con la nariz y la boca cubiertas con una mascarilla. Habían levantado el suelo dejando a la vista el esqueleto de las vigas y escombros grises en los huecos. Tony había construido una pasarela con tablones para poder ir de un sitio a otro. La camioneta del contratista todavía estaba en el taller, dijo: iban a traer los tableros aislantes con un camión, y la entrega se había retrasado. Mientras esperaba, Tony derribaba la pared.

—Improvisando —dijo.

Pavel estaba arriba, lijando las maderas. Cada vez que Tony dejaba de taladrar, los chirridos de la lija llenaban la casa.

—Pavel de mal humor —dijo Tony, levantándose la mascarilla—. Mejor que lo tengo arriba.

Pavel sufría dolores de estómago, añadió. Era difícil saber si los dolores de estómago causaban su mal humor o si era a la inversa. Tony intentaba que se quedara en casa, pero Pavel no quería. Su teoría era que Pavel estaba estreñado.

—Está atascado de comida polaca para no echar de menos —dijo, guiñando el ojo.

Pavel bajó las escaleras y fue hasta su caja de herramientas, sin decir nada al pasar a nuestro lado. Sus pequeñas botas estaban cubiertas de una espesa capa de polvo. Sacó de la caja un rollo nuevo de papel de lija y volvió a subir al piso de arriba sin decir palabra.

Tony siguió taladrando. Quería desmontar las vigas de la pared, pero eran tercas y tenía que tirar de ellas con fuerza para sacarlas. De pronto una se soltó con inesperada facilidad y cayó sobre las vigas del suelo con gran estrépito. Hubo una descarga de porrazos procedentes del piso de abajo y enseguida se escuchó el ruido de alguien que subía furiosamente los escalones de la entrada. Una serie de golpes atronadores llovió sobre la puerta de mi casa.

Tony se quedó parado, con el taladro en la mano, y nos miramos unos instantes.

Fuera, oí la voz de Paula. Estaba gritando. Decía que sabía que estaba allí. Decía que saliera: me escupiría en la cara. Le había hablado de mí a toda la calle: todos

sabían cómo era yo y cómo eran mis hijos. Volvió a aporrear la puerta con el puño. Sal, dijo. Venga, a que no te atreves. Luego oímos que volvía a bajar las escaleras y, unos segundos más tarde, cerró la puerta del sótano con un golpe tan fuerte que hizo que temblara toda la casa.

—Voy a hablar con ellos —dijo Tony, quitándose la mascarilla.

Puso el taladro en el suelo y salió por la puerta de casa dejándola abierta. Oí que llamaba a la puerta del sótano. Al cabo de un rato, escuché el ruido de voces. Parecía que el tono y las cadencias de la voz de Paula salieran de dentro de mí. Tony no volvió enseguida, y el frío empezó a meterse en la casa. No estaba segura de si debía cerrar la puerta o no. Fui arriba, a mi habitación, pero encontré a Pavel lijando la repisa de la ventana. Cuando vio que me retiraba, se detuvo.

—Por favor —dijo, inclinando la cabeza con un gesto breve y cortés—. Ya he terminado, pase.

Nos quedamos delante de la ventana, mirando los escalones de la entrada, donde Paula había estado hacía un momento. Me di cuenta de que Pavel debía haber visto toda la escena. Le pregunté si se encontraba mejor y él hizo un gesto titubeante con la mano.

—Un poco —dijo.

Empezó a doblar las sábanas para el polvo que había colocado en el suelo y en la librería del lado de la ventana. Algo de la librería atrajo su atención y alargó la mano para cogerlo. Se volvió hacia mí con la cara súbitamente iluminada y dijo algo en otro idioma, hablando muy deprisa. Tenía un libro en la mano. Como no contesté, me lo enseñó.

—Habla polaco —dijo, señalando la cubierta con un dedo lleno de polvo.

El libro estaba en polaco, repuse, pero yo no lo entendía.

De golpe pareció alicaído. Era la traducción de un libro que había escrito. Le dije que podía quedárselo, si quería. Levantó las cejas y lo examinó por delante y por detrás, girándolo entre sus manos. Luego asintió con la cabeza y se metió el libro en el bolsillo del mono.

—Creía que a lo mejor hablabas polaco —dijo con voz triste.

La traductora era una mujer de mi edad, aproximadamente, que vivía en Varsovia. Me había escrito varios correos electrónicos para hacerme preguntas sobre el texto: la había visto crear su propia versión de lo que yo había escrito. En los correos electrónicos había comenzado a contarme su vida —vivía sola con su hijo pequeño— y a veces, hablando de ciertos pasajes del libro, me daba la sensación de que su creación empezaba a suplantar la mía. No era que violara lo que yo había escrito, sino que ahora mi texto vivía a través de ella, no de mí. En el proceso de traducción, la propiedad del texto —para bien o para mal— había pasado de mí a ella. Como una casa, le dije.

Pavel escuchaba lo que le decía con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos atentos. En Polonia hacer mi propia casa, dijo de pronto. Hago todo. Hago suelos y

puertas y techo. Mis hijos, dijo, duermen en las camas que hago. Había aprendido el oficio de su padre, que era albañil. Pero las casas que construía su padre eran distintas de las de Pavel. Baratas, dijo, frunciendo su naricilla. Su casa estaba en un bosque, junto a un río. Era un lugar muy bonito.

Pero mi padre no gusta, dijo.

Le pregunté por qué no le gustaba, e hizo un ruido curioso con la boca, con una sonrisilla en los labios. Mi manera y su manera, dijo, no igual. La casa tenía ventanas enormes, continuó, que iban del techo al suelo. En todas las habitaciones —incluso en el baño— el bosque era tan visible que casi tenías la sensación de vivir al aire libre. Había pasado mucho tiempo pensando en la casa y diseñándola. Había sacado libros de arquitectura moderna de la biblioteca del pueblo y los había estudiado. Me gustaría ser arquitecto, añadió, pero... se encogió de hombros con resignación. Había una casa que le había llamado especialmente la atención, una casa de Estados Unidos. Estaba hecha casi toda de cristal. Se había inspirado en esa casa, aunque no había querido volver a mirar las fotografías. Había desarrollado su propia idea y la había construido con sus propias manos. Pero entonces había tenido que marcharse para venir a Inglaterra en busca de trabajo. Había alquilado un estudio cerca del estadio de Wembley, en un edificio lleno de otros estudios ocupados por personas que no conocía. La primera semana, alguien entró en su casa y le robó todas las herramientas. Había tenido que comprar otras nuevas, además de una cerradura mejor para la puerta, que había instalado él mismo. Su mujer e hijos seguían en Polonia, en la casa del bosque. Su mujer era maestra.

Siguió doblando las sábanas para el polvo, sacudiéndolas con un golpe seco y doblándolas en un cuadrado perfecto y muy apretado. Le dije que debía de echar de menos a su familia e inclinó melancólicamente la cabeza. Volvía tan a menudo como podía, dijo, pero esas visitas eran tan caras y tan tristes que empezaba a preguntarse si no sería mejor dejar de ir. La última vez, cuando iba a marcharse, sus hijos lo abrazaron y se pusieron a llorar. Dejó de hablar, se puso las manos en el estómago y esbozó una leve sonrisa.

—En este país gano dinero —dijo—. Pero puede que no merece la pena.

Siempre había trabajado para su padre, en la empresa familiar, pero después de su reacción con la casa había decidido dejar de hacerlo.

—Toda mi vida —dijo— él critica. Él critica mi trabajo, mi idea, él dice que no le gusta cómo hablo, hasta critica a mi mujer y mis hijos. Pero cuando él critica mi casa —Pavel frunció los labios en una sonrisa— entonces pienso, vale, hasta aquí.

Le pregunté qué era exactamente lo que no le había gustado a su padre de la casa.

Pavel volvió a hacer el mismo ruido de antes, juntando las manos delante de él y balanceándose levemente sobre los dedos de los pies.

No había consultado a su padre en ningún momento del proyecto, dijo, pero cuando estaba casi terminado lo había invitado a que fuera a verlo. Se habían quedado fuera y habían mirado juntos aquella caja transparente. Pavel la había

diseñado de modo que en algunos puntos se podía ver toda la casa, hasta el bosque al otro lado. Su mujer y sus hijos estaban en la cocina: podían verlos, su mujer preparando la cena, los niños jugando a un juego, sentados a la mesa. Él y su padre se habían quedado mirando un rato, y luego su padre se había vuelto hacia él, golpeándose la frente como para subrayar la estupidez de Pavel.

—Dijo: Pavel, qué idiota, te olvidaste de construir las paredes, ¡todo el mundo puede verte!

Más tarde se había enterado de que su padre iba por el pueblo hablando de la casa, diciéndole a la gente que si iban al bosque podrían ver a Pavel cagando.

Después de eso Pavel había intentado encontrar otro trabajo, pero no lo consiguió. Se mudó a Inglaterra y trabajó unos meses construyendo la nueva terminal de Heathrow. Lo despedían los viernes por la noche y volvían a contratarlo el lunes, porque la constructora nunca sabía por adelantado cuántos trabajadores necesitaría. Fue entonces cuando conoció a Tony y consiguió el trabajo que tenía ahora. Hacia el final de la temporada que había pasado en Heathrow, la terminal abrió sus puertas: trabajaba en la zona de llegadas y se pasaba el día viendo a la gente salir por las puertas. Por mucho que intentara no hacerlo, no dejaba de mirar hacia allí, pensando que su familia estaba a punto de aparecer, pensando que reconocía algunas caras entre la multitud. A veces oía voces polacas y fragmentos de conversaciones en su idioma. Hora tras hora presenciaba escenas de reencuentros, veía a otras personas recibiendo a sus seres queridos. Era adictivo: cuando volvía a casa, encontraba su habitación más fría, más desolada, más solitaria. Era mejor estar aquí, en esta casa de libros: quería preguntarme si me importaría que de vez en cuando se llevara alguno prestado, para intentar mejorar su inglés. Era difícil encontrar a alguien con quien hablar, con el nivel lingüístico que él tenía: esa conversación era la más larga que había mantenido con nadie desde hacía semanas. El problema era que sus pensamientos iban mucho más rápido que su capacidad verbal. Pero sabía que cuando hablaba, mejoraba rápidamente: en una ocasión, el autobús en el que iba se había quedado parado en un atasco, y la chica sentada a su lado se había puesto a hablar con él, y al final de esa conversación, que había durado una hora, habían intercambiado confidencias e intimidades como no lo había hecho con nadie desde sus conversaciones con su mujer en su última visita a casa. Aquella chica le había dicho que se guardaba muchas cosas dentro.

—No sale nada —le dijo con una breve sonrisa avergonzada.

Hacía tiempo que quería decirme, añadió, que cerrara las ventanas por la noche: una mañana había llegado pronto y había visto que la ventana delantera estaba abierta. También se preguntaba si le permitiría poner una cadena en la puerta, para que estuviera más segura cuando me quedara sola en la casa. Me aconsejó que aceptara; solo tardaría cinco minutos.

Oí que mi móvil sonaba abajo; me disculpé con Pavel y bajé para contestar. Era mi hijo: había perdido la llave de la casa de su padre y se había quedado en la calle.

Estaba en la puerta, me dijo. Hacía frío y no había nadie en casa. Empezó a llorar, amarga, desconsoladamente. Me quedé escuchando aquel ruido como paralizada. Recordé cómo lo abrazaba cuando lloraba. Ahora no había nada más que aquel ruido. Entonces dejó de llorar de golpe y oí que gritaba el nombre de su hermano. Ya está arreglado, me dijo hablando al teléfono. No te preocupes, ya está arreglado. Veía a su hermano andando por la calle, dijo. Oí los ruidos de una refriega y risas cuando los dos se encontraron. Intenté decir algo, pero me dijo que tenía que irse. Adiós, dijo.

La puerta delantera se cerró de golpe y Tony reapareció y volvió a coger el taladro. Se mostró reservado cuando le pregunté qué le habían dicho los vecinos. Me miró de arriba abajo.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó.

Le dije que tenía que ir a dar una clase y que volvería tarde. Asintió con la cabeza.

—Mejor tú no aquí —dijo.

Le pregunté si había conseguido llegar a un acuerdo con ellos sobre el ruido. Guardó silencio. Me lo quedé mirando mientras quitaba otro trozo de yeso con la palanca, convirtiéndolo en una lluvia de escombros y polvo.

—Todo arreglado —dijo—. Yo les digo.

Le pregunté qué les había dicho exactamente.

Tiró de la pared y arrancó un gran pedazo con un crujido mientras una amplia sonrisa aparecía en su cara.

—Ahora me tratan como a un hijo.

Por mi propio bien, me aseguró, les había dicho a los vecinos que tenían toda su comprensión, que yo los trataba a él y a Pavel como a esclavos, que eran todos mis víctimas y que, si le dejaban terminar rápidamente su trabajo, sería libre.

—Es lo mejor —dijo.

Habían reaccionado bien, añadió: le habían dado té e incluso una bolsa de golosinas —de regaliz, aclaró— para su hija. Quería que yo supiera que, por supuesto, él no creía una palabra de lo que había dicho: era un juego, una estrategia, había usado la fuerza del odio de los vecinos para conseguir sus propios fines.

—Como político albanés —dijo con una sonrisa.

Había algo falso en el comportamiento de Tony, me olía que no decía la verdad o que, por lo menos, intentaba imponer su interpretación a una serie de acontecimientos que no entendía del todo. Evitaba mi mirada: su expresión era huidiza. Le dije que me daba cuenta de que intentaba ayudar. Lo malo de instigar el odio de los vecinos, le dije, era que yo tendría que seguir viviendo allí con mis hijos cuando él se fuera. Le conté lo que había sucedido una noche de verano. Estaba en la cocina, a oscuras, observando a la familia internacional en su jardín, cuando vi que Paula salía del piso de abajo y subía la escalera. Les habló por encima de la verja, en voz alta; oí que les hablaba de mí y de las cosas terribles que había hecho; vi sus caras educadas e incómodas, y me di cuenta de que, aunque no creyeran necesariamente lo que les

había dicho, tampoco querrían tener nada que ver conmigo.

Tony levantó las manos, con las palmas vueltas hacia arriba, la cara ladeada.

—Es mala situación —dijo.

Noté que me miraba a hurtadillas mientras me ponía el abrigo. Me preguntó de qué daba clases y si los niños se portaban bien; muchos niños de la escuela de su hija eran como animales. No tenían disciplina, ese era el problema. Aquí tenían una vida demasiado fácil. Le dije que enseñaba a adultos y él se rio, incrédulo.

—¿Qué enseñas? —preguntó—. ¿A limpiar su trasero?

Era una clase de narrativa: la daba todas las semanas. Había doce alumnos que se sentaban en mesas dispuestas en forma de cuadrado. El aula estaba en la quinta planta: al principio del trimestre todavía había luz a esa hora, pero ahora ya era de noche, y las ventanas nos mostraban nuestros reflejos resplandecientes sobre un fondo siniestro de nubes amarillas, sucias e hinchadas. La mayoría de los alumnos eran mujeres. Me costaba prestar atención a lo que decían. Con el abrigo puesto, la mirada se me iba continuamente a la ventana y al extraño paisaje de nubes que parecía no pertenecer ni a la noche ni al día, sino a algo intermedio e inmóvil, un lugar estático donde no había movimiento ni progresión, ni una secuencia de acontecimientos con un sentido que desentrañar. Sus informes componentes amarillentos no sugerían la nada, sino algo peor. Oía hablar a los alumnos y me preguntaba cómo podían tener la necesaria fe en la realidad humana para poder construir fantasías sobre ella. Notaba que a menudo me miraban como desde una gran distancia. Me di cuenta de que cada vez hablaban menos conmigo y más entre ellos, formando la estructura familiar a la que los había acostumbrado, del mismo modo en que los niños, cuando tienen miedo, se refugian en las normas y las reglas que han aprendido a considerar como la normalidad. Vi que una de las alumnas había adoptado el papel de líder y se dedicaba a pedir a los demás sus aportaciones. Hacía mi papel, pero en su representación había algo que chirriaba: interrumpía innecesariamente, y en lugar de actuar con libertad, los alumnos se mostraban cada vez más cohibidos y reservados. Uno de los dos hombres de la clase estaba intentando hablar de su perra. ¿Qué tenía de especial esa perra, preguntó mi sustituta, para que el tema fuera tan interesante? El hombre parecía inseguro. Es bonita, contestó. Mi sustituta hizo un gesto de impaciencia. No puedes decirme solo que es bonita, dijo. Tienes que mostrarme que lo es. El hombre parecía perplejo. Tenía cuarenta y tantos años, y una apariencia menuda y ligeramente élfica: sobre ese cuerpo diminuto y delicado, su cabeza grande de frente abovedada y llena de arrugas le daba la extraña apariencia de un niño envejecido. Mi sustituta le pidió que describiera a la perra para que ella pudiera ver esa belleza por sí misma. Era una mujer que hablaba en un tono de voz alto; iba ataviada con unos resplandecientes chales de colores y llevaba una gran cantidad de joyas que repicaban y entrechocaban cuando gesticulaba con los brazos. Bueno, dijo el hombre dubitativamente, es bastante grande. Pero no es pesada, añadió. Hizo una pausa y luego negó con la

cabeza. No puedo describirla, dijo. Es bonita, y ya está.

Le pregunté de qué raza era y dijo que era una saluki. Eran perros de caza árabes, añadió, muy apreciados y honrados en la cultura árabe, hasta el punto de que tradicionalmente no se los consideraba animales, sino algo a medio camino entre el animal y el ser humano. Eran las únicas criaturas no humanas, por ejemplo, a las que se permitía entrar en una tienda árabe. Dentro de las tiendas se cavaba un agujero especial para ellos en la arena, como si se tratara de una cama. Eran algo muy bonito, repitió.

Le pregunté de dónde había sacado el perro, y me dijo que se lo había comprado a una mujer alemana en el sur de Francia. Vivía en una casa en las montañas de Niza, donde solo criaba cachorros de saluki. Se había desplazado hasta allí por la noche, desde Kent, donde vivía. Cuando llegó, entumecido y cansado por el largo viaje en coche, la mujer fue a abrirle la puerta y un grupo de salukis la siguió corriendo por el pasillo. Eran ya perros grandes, pese a haber nacido hacía pocas semanas; eran rápidos y pálidos como fantasmas. Lo rodearon en el umbral, apretando contra él sus caras finas y tocándolo con las patas. Temía que lo tiraran al suelo, pero la sensación que tuvo fue la de unas plumas acariciándolo. Aquella mujer los había adiestrado —eran nueve— con suma meticulosidad: en el salón, había dispuesto sobre una mesilla algunos platos con cosas para picar, y los nueve animales —distinguiéndose de cualquier otro perro que él hubiera conocido— se situaron decorosamente alrededor de la mesa sin hacer el menor intento de coger la comida. Cuando llegó su hora de comer, la mujer colocó sus nueve cuencos en fila y los llenó, y ellos esperaron a que les dieran la señal para empezar a comer. Cada vez que su adiestradora pasaba junto a ellos, los nueve morros largos y elegantes se levantaban en perfecta sincronía y seguían sus movimientos como si fueran nueve brújulas.

Durante la visita, la mujer le contó cómo había aprendido a criar a aquellos animales extraordinarios. Estaba casada con un hombre de negocios, un alemán que a menudo tenía que viajar a Oriente Medio por asuntos de trabajo. En cierto momento decidieron trasladarse allí. Vivían en Omán, donde él se dedicaba a su carrera profesional y ella, sin hijos y sin poder trabajar, no tenía nada que hacer. Como, por lo visto, las actividades propias de la esposa de un expatriado no le inspiraban ningún interés, se dedicaba a leer novelas en la playa. No se había molestado en analizar conscientemente la futilidad de esa existencia, ni la libertad y el placer que entrañaba; pero en uno de esos días en la playa, una serie de sombras extrañas, parecidas a las que proyectan las aves, pasaron volando sobre la página que estaba leyendo, y al levantar la vista del libro vio a una jauría de perros corriendo por la arena, cerca de donde rompían las olas. Eran tales su silencio, ligereza y velocidad que parecían una alucinación; pero entonces vio, andando lentamente tras ellos, a cierta distancia, a un hombre, un árabe con el vestido tradicional. Mientras ella lo miraba, el hombre hizo un ruido apenas audible y, al instante, los perros dieron media vuelta trazando una curva elegante y fueron a su encuentro. Se sentaron a sus pies sobre sus patas

traseras, alzando la cabeza y escuchando mientras les hablaba. Ese alarde de control silencioso, esa empatía casi mística, aunque basada en una disciplina absoluta, la impresionaron profundamente: fue a hablar con el árabe, en medio del calor y el resplandor de la playa, y así empezó a aprender la ciencia de los saluki.

Eran perros de caza, continuó el alumno, que corrían en jaurías tras un halcón, el ave que los guía hacia la presa. En cada jauría había dos perros jefe que se encargaban de mirar al ave mientras corrían. Era imposible exagerar la complejidad y velocidad de ese proceso, dijo; la jauría se deslizaba silenciosamente sobre el paisaje, ligera e inexorable como la misma muerte, precipitándose sobre su objetivo sin ser vista ni oída. Seguir las sutiles señales del halcón en el cielo, corriendo a toda velocidad, era una proeza exigente y agotadora: los dos perros jefe aunaban esfuerzos, turnándose en la responsabilidad de la concentración. A él la idea de que los dos perros compartieran la tarea de observar al halcón le pareció muy atractiva. Parecía sugerir que la culminación de un ser consciente no estaba en la soledad, sino en una cooperación tan estrecha que representaba poco menos que el entrelazamiento de dos seres. La idea de la descomposición del ser unitario, la idea de la conciencia no como un encierro en la propia percepción, sino como algo más íntimo y menos dividido, de una universalidad que podía proceder de la experiencia compartida al nivel más alto... en fin, como le había ocurrido a la adiestradora alemana que tenía delante, sentía la seducción de aquella idea y estaba dispuesto a realizar el arduo trabajo que exigía su ejecución.

Le pregunté si había conseguido confirmar esa visión con su perro y se quedó un momento en silencio arrugando el prominente entrecejo. Había vuelto a Kent con la perra que había escogido, dijo, y que él y su mujer llamaron *Saba*. La mujer alemana había adiestrado a *Saba* de forma impecable —nunca les dio ningún problema—, y ellos no dejaban de dar ningún día el paseo de dos horas que les habían dicho que la perra necesitaba. En esos paseos podían soltar a *Saba*: venía cuando la llamabas y nunca —o no muy a menudo, en todo caso— perdía la cabeza persiguiendo los conejos y las ardillas que poblaban los campos cercanos. Era objeto de una gran atención cuando la sacaban a pasear, pero en casa caía en una languidez rayana en el letargo; estaba siempre echada en el regazo de alguno de los dos o sobre su cama, cubriéndolos con su cuerpo grande y sedoso y posando su cara delgada junto a las suyas, con algo que era necesidad o simple tedio: aquella perra, como ya había dicho, era casi humana. Para ser completamente sincero, él sabía que el potencial de *Saba*, el esplendor de aquella criatura, nunca podría desarrollarse en Sevenoaks, la pequeña ciudad provinciana donde vivían. Era casi como si la hubieran capturado, ese ejemplar raro y exótico, pero no como si la hubieran capturado por sus propios esfuerzos, sino a través de la larga historia de posesión a la que estaba destinada y que la había ido alejando en pasos sucesivos de quien era en realidad. La mujer alemana, continuó, le había descrito la escena de dos salukis abatiendo a una gacela, con tanto sigilo y armonía que era como música que se hubiera vuelto visible. No

había gacelas en Sevenoaks, obviamente; pero él y su mujer querían a *Saba*, y estaban dispuestos a ocuparse de ella lo mejor que pudieran.

Cuando el alumno terminó de hablar, los otros empezaron a recoger sus libros y papeles: habían pasado las dos horas. Fui andando hasta la estación de metro y subí al tren. Iba a cenar con un hombre, alguien a quien apenas conocía. Teníamos un amigo en común que le había dado mi número de teléfono. Cuando llegué al restaurante, él ya estaba allí, esperando. Estaba leyendo un libro, que guardó en la cartera sin darme tiempo a ver el título. Me preguntó cómo estaba y, sin pensarlo, le dije que muy cansada, tan cansada que seguramente no iba a hablar mucho. Pareció un poco decepcionado al oírlo, y me preguntó si quería colgar el abrigo. Le dije que de momento no me lo quitaría: tenía frío. Tenía albañiles en casa, añadí. Las puertas y ventanas estaban abiertas a todas horas y habían apagado la calefacción. La casa se había convertido en una tumba, en un lugar frío y polvoriento. Era imposible comer o dormir o trabajar; ni siquiera había donde sentarse. Allí donde mirara veía esqueletos, los esqueletos de las paredes y los suelos; y la casa parecía desguarnecida, permeable, como si todas las cosas a las que esas paredes y suelos solían impedirles la entrada hallasen ahora el paso franco. Como había tenido que pedir un crédito para financiar las obras —crédito que no estaba en condiciones de devolver inmediatamente—, ni siquiera con las obras terminadas estaba segura de poder sentirme a gusto en mi casa. Mis hijos, añadí, estaban fuera. Le conté la historia de los salukis que seguían al halcón: en esos momentos, la conciencia que yo tenía de mis hijos, dije, era igual de aguda y agotadora, con la diferencia de que yo estaba sola en la tarea de no perderlos nunca de vista. Para colmo, continué, había algo en el sótano, algo que adoptaba la forma de dos personas, aunque no me decidía a darle sus nombres. Era más bien una fuerza, una de negatividad elemental que parecía relacionada con el poder de crear. El odio que me profesaban era tan puro, dije, que casi llegaba a transformarse en amor. Eran como padres, en cierto modo, agazapados malévolamente en el alma de la casa, como Nagg y Nell, los personajes de Beckett, en sus cubos de basura. Mis hijos los llaman los *trolls*, dije. Los chicos todavía eran lo bastante jóvenes como para establecer vínculos entre moral y carácter, como habían aprendido en los cuentos de hadas que habían leído en su infancia. Todavía querían dar una identidad al mal.

Al oír la palabra «mal», el hombre se había quitado las gafas y las había dejado en la mesa, dentro de un estuche. Aquellas gafas le daban un ligero aire de búho. Ahora volvía a parecer otra cosa.

Últimamente había estado pensando en el mal, continué, y estaba empezando a darme cuenta de que no era un producto de la voluntad, sino de su contrario, de la renuncia. Representaba la dimisión del esfuerzo, el abandono de la autodisciplina frente al deseo; era, en cierto modo, un estado pasional. Le hablé de Tony y de su visita al sótano. Tony, estaba segura, había tenido miedo: al hablar con los *trolls* no había sido capaz ni de oponer resistencia ni de controlarlos; en lugar de eso, no había podido aplacarlos sino reflejando su odio, y luego, al ponerme al corriente de su

comportamiento, había intentado convertir aquel fracaso en un acto de voluntad, de heroísmo, incluso. Pero vi que una parte de él había retenido lo que los *trolls* habían dicho de mí. Comprendí que era posible resistir al mal, pero al hacerlo uno estaba solo. Aguantabas o caías como individuo. Lo arriesgabas todo en el intento: incluso era posible, añadí, que el mal solo pudiera vencerse con el sacrificio absoluto del yo. El problema era que nada podía dar mayor placer a tus enemigos.

El hombre sonrió y cogió la carta.

Me parece que lo tienes todo bajo control, dijo.

Me preguntó qué quería comer, y pidió que trajeran a la mesa dos copas de champán. El restaurante era pequeño y estaba poco iluminado: la suavidad de la luz y de las superficies tapizadas parecía volver menos cortante lo que yo intentaba expresar. Dijo que era extraño que hubiéramos tardado tanto tiempo en conocernos: de hecho, había pasado casi exactamente un año desde que nos había presentado — aunque brevemente— una amistad común. Desde entonces, le había pedido varias veces a esa amistad común mi número de teléfono; había ido a fiestas y a cenas en las que le habían dicho que yo estaría pero a las que yo nunca iba. No sabía por qué nuestra amistad común se había resistido a ponerlo directamente en contacto conmigo, si es que podía hablarse de una resistencia deliberada. Sea como fuere, lo cierto es que siempre había encontrado algún obstáculo; hasta que recientemente — de nuevo sin saber por qué— había vuelto a pedirle mi número de teléfono a esa amistad común, que se lo había dado sin vacilar.

Le dije que mis actuales sentimientos de impotencia habían modificado la forma en que observaba lo que ocurría y por qué ocurría, hasta el punto de que estaba empezando a ver en la evolución de los acontecimientos lo que las demás personas llaman destino, como si vivir fuera un mero acto de lectura orientado a descubrir lo que sucedería a continuación. Esa idea —la de la propia vida como algo ya dictado con anterioridad— resultaba extrañamente seductora, hasta que te das cuenta de que reducía a las demás personas a la categoría moral de personajes y camuflaba su capacidad para destruir. No obstante, la ilusión del sentido volvía a presentarse, por mucho que intentaras oponerle resistencia: como la infancia, dije, que a menudo tratamos como un texto explicativo más que como una mera experiencia formativa de impotencia. Durante mucho tiempo, dije, creí que solamente con la pasividad absoluta podías aprender a ver lo que había en realidad. Pero mi decisión de provocar un cambio reformando mi casa había despertado una realidad distinta, como si hubiera molestado a un animal dormido en su guarida. De hecho, había empezado a volverme iracunda. Había empezado a desear el poder, porque ahora comprendía que los demás lo habían tenido siempre, que lo que yo llamaba destino era en realidad la reverberación de su voluntad, un cuento escrito no por un fabulista universal, sino por personas que eludirían la justicia mientras sus acciones fueran recibidas con resignación y no con indignación.

Me miraba mientras yo hablaba, con ojos de un color extraño que me recordaban

a la turba o a la tierra y que ahora parecían extrañamente desnudos, como si al quitarse las gafas también se hubiera quitado el escudo de la madurez. Vi que había platos de comida en la mesa, aunque no recordaba que el camarero los hubiera traído. Dijo que lo había impresionado mi alusión a la ira: era una palabra bíblica y tenía connotaciones de rectitud moral, pero siempre había creído que la ira era la más misteriosa y peligrosa de las cualidades humanas, precisamente porque no tenía una identidad moral fija.

A su padre, dijo, le gustaba hacer cosas con las manos en su tiempo libre: en la casa de su familia había un cobertizo en el jardín, y su padre lo había convertido en un taller. Todo estaba guardado allí con un orden primoroso, cada herramienta colgaba del gancho que le correspondía, los cinceles de distintos tamaños estaban siempre afilados, los clavos y los tornillos estaban dispuestos en un estante por el orden de su tamaño. Su padre, por lo tanto, siempre podía escoger cómodamente las herramientas apropiadas para la tarea que estuviera haciendo en cada momento, y se diría que disponía de un control parecido sobre sus cualidades personales —entre las que se contaba una ira espantosa, impredecible, así como un sentido del honor inmovible— que dominaba con premeditación. La ira, en particular, la utilizaba con una deliberación calculada, y la sensación de ese control resultaba más aterradora que la propia ira, puesto que esta, sin duda, debía ser incontrolable; o mejor dicho, si uno era capaz de controlarla lo suficiente para decidir cuándo y cómo utilizarla, cabía calificar ese uso de pecaminoso.

Dije que hacía mucho tiempo que no oía a nadie usar esa palabra, y él sonrió.

—Nunca he creído en un Dios iracundo —dijo.

Había aprendido a andar de puntillas alrededor de su padre, pero también a complacerlo y obtener su aprobación. En cierto sentido, el espíritu calculador de su padre había instruido a sus hijos en las mismas artes, aunque nunca había considerado a su hijo digno de manejar sus hermosas herramientas: en su testamento se las dejó todas a su yerno, un tipo desagradable que se divorció de su hija al cabo de un año, con lo que las herramientas desaparecieron para siempre de la familia. Su padre era un hombre que se creía en posesión de la justicia incluso cuando se equivocaba: de haber estado vivo para presenciar esa lección de justicia poética, seguramente no se habría dado por enterado. Años después de la muerte de su padre, en unas vacaciones deprimentes que pasó en una granja de la campiña francesa con la que entonces era su esposa y los dos hijos de ella, le había hecho un pequeño favor al ama de llaves, una señora mayor, y al día siguiente ella había vuelto con un cofre metálico en el maletero del coche. Dentro del cofre había un bellissimo conjunto de herramientas antiguas, quería regalárselas. Habían sido de su marido, explicó; había muerto hacía tiempo y ella las había conservado, esperando el día en que conociera a alguien a quien poder legárselas.

Cuando tenía cinco o seis años, sus padres se habían sentado con él y con su hermana y les habían dicho que eran adoptados. Había sido un hijo y un estudiante

modélico hasta que, a los diecisiete o dieciocho años, dejó de portarse bien de repente. Iba a fiestas, empezó a fumar y a beber, suspendió los exámenes y perdió la oportunidad de ir a la universidad. Su padre lo echó de casa inmediatamente y nunca le permitió volver. El concepto de justicia que había extraído de esas experiencias no era retributivo, sino todo lo contrario. Había intentado desarrollar su propia capacidad de perdón para ser libre.

Le dije que me parecía que el perdón solo te volvía más vulnerable ante aquello que no podías perdonar. San Francisco de Asís, añadí, había sufrido el repudio de su padre, que incluso lo llevó a juicio para demandarlo por los gastos materiales de la paternidad, que en ese momento ascendían a poco más que la ropa que llevaba puesta. San Francisco se la quitó allí mismo, en el tribunal, y se la devolvió, y a partir de entonces vivió en un estado que los demás llamaban inocencia pero que lo que a mí me parecía era un nihilismo extremo.

Volvió a sonreír y me fijé en sus dientes torcidos, que parecían guardar alguna especie de relación con los ejemplos de rebelión y abandono que acababa de relatar. Me dijo que todavía conservaba y usaba muchas prendas de su padre. Su padre había sido mucho más grande y alto que él: al vestir su ropa tenía la sensación de envolverse en lo que su padre había tenido de bueno, en su fortaleza física y moral.

Le pregunté si había intentado buscar a sus padres biológicos, y me dijo que no lo había hecho hasta cumplidos los cuarenta años, después de la muerte de su padre adoptivo, y para entonces su padre biológico también estaba muerto. Nunca había conseguido encontrar ningún documento sobre su madre. El hermano gemelo de su padre todavía estaba vivo: había ido en coche hasta un bungalow de las Midlands, y en un salón sobrecalentado y con moqueta de felpa había conocido por primera vez a un pariente consanguíneo. El televisor estuvo encendido durante toda su visita. También había localizado a la agencia de adopción, que lo había puesto en contacto con una mujer que había trabajado allí en la época de su nacimiento. Esa mujer le describió la habitación —una habitación del último piso de un edificio de Knightsbridge— en la que había tenido lugar la transacción. Para llegar hasta aquella habitación había que subir muchas escaleras, y la madre tuvo que subirlas con el niño en brazos. En el último piso entró en una habitación vacía, en la que solo había un banco de madera. Dejó al niño en el banco, y hasta que no salió de la habitación y empezó a bajar las escaleras, no entraron los padres adoptivos desde la habitación contigua —donde habían estado esperando— y recogieron al niño del banco en el que lo habían dejado.

Tenía seis semanas cuando sus padres lo adoptaron y le pusieron otro nombre, que prefirieron al que su madre biológica había escogido. En una ocasión le contaron que al llegar a casa había empezado a llorar y no había habido manera de hacerlo callar. Lloraba día y noche, hasta el punto de que sus padres se preguntaron si habrían cometido un error al adoptarlo. Él suponía —si no era demasiado fantasioso atribuir a un niño de dos meses la voluntad de supervivencia— que en ese mismo momento había dejado de llorar. Al cabo de un año sus padres adoptaron a una niña —su

hermana no biológica— y dieron la familia por completa. Le pregunté si me diría el nombre que le habían puesto al nacer. Me miró un momento con aquellos ojos que parecían desnudos, y dijo: John.

Existía toda una bibliografía sobre la adopción, continuó, y, con la distancia que da el tiempo, veía su infancia casi como una serie de ejemplos teóricos: lo que en su momento había sido real, ahora —bajo ciertas luces— parecía casi un juego, un drama en el que se oculta el saber, como el juego en el que alguien se le vendan los ojos y todo el mundo lo ve andar a tientas para averiguar lo que ellos —el público— ya saben. Su hermana había sido una niña muy distinta a él, desobediente e indomable. Al cabo de mucho tiempo había leído que esa era una característica común —casi inevitable— en los hermanos adoptivos: uno se decanta por la docilidad y el otro por la rebeldía. La explosión que él había experimentado en su adolescencia, su secretismo y su deseo de agradar, los sentimientos que le inspiraban las mujeres, sus dos matrimonios y los dos divorcios subsiguientes, incluso la sensación innominada que guardaba en su corazón y que identificaba más consigo mismo: todo eso estaba virtualmente predestinado, explicado antes de que hubiera ocurrido. Pasado el tiempo, la corriente lo había alejado del marco moral al que se había adherido durante toda su vida, porque esa sensación de predestinación hacía que el ejercicio de la voluntad pareciera casi inútil. Lo que yo había dicho sobre la pasividad no le había parecido nada extraño, pero, en su caso, lo había llevado a ver la realidad como algo absurdo.

Me di cuenta de que él no había comido nada, mientras que yo me había acabado todo lo que me habían puesto delante. Cuando vino el camarero, le hizo un gesto para indicarle que podía retirar su plato. Él y su hermana, dijo respondiendo a mi pregunta, llevaban vidas muy distintas, aunque eran unas vidas que se reflejaban mutuamente de un modo extraño. Ella era azafata de vuelo, y él pasaba casi todo su tiempo en aviones, yendo a reuniones y conferencias por todo el mundo. Ninguno de los dos somos de un sitio, dijo. Como él, ella se había casado y divorciado dos veces: aparte de los viajes, eso era casi todo lo que tenían en común. Pero de niños se habían querido con un amor apasionado que escapaba a cualquier guion. Recordaba que en las raras ocasiones en que sus estrictos padres los habían dejado solos en casa, ponían un disco en el tocadiscos familiar y se desnudaban y bailaban. Bailaban frenéticamente, como en éxtasis, gritando y riendo. Saltaban sobre las camas, cogiéndose las manos. A la edad de seis o siete años prometieron casarse cuando fueran mayores. Me miró y sonrió.

¿Vamos a tomar algo a otro sitio?, preguntó.

Cogimos abrigo y bolsas, y salimos del restaurante. Una vez fuera, en la calle oscura y ventosa, se detuvo. Fue aquí, dijo. Justo aquí. ¿Te acuerdas?

Estábamos en el mismo lugar donde, un año antes, nos habíamos conocido. Yo estaba esperando en la acera, junto a mi coche: tenía que venir una grúa a llevárselo porque había perdido las llaves. El hombre con quien estaba en ese momento había

roto una ventanilla con un bloque de hormigón que había encontrado en una obra cercana porque tenía que sacar su cartera del coche. Me había dejado allí —tenía que asistir a una reunión importante—, y aunque comprendí su comportamiento, fui incapaz de perdonarlo. Cuando rompió el cristal se disparó la alarma, y estuve tres horas ahí plantada, con aquel ruido estridente en los oídos. En cierto momento, una persona a la que conocía —la amistad común— salió de un café del otro lado de la calle. Iba con otro hombre, y cuando me vieron cruzaron la calle para hablar conmigo. Le conté lo ocurrido, y recordaba que, mientras hablaba, era cada vez más consciente de la presencia de su compañero, hasta el punto de que acabé dirigiéndome exclusivamente a él. Era el hombre que ahora estaba a mi lado. Había elegido el restaurante a propósito, admitió sonriendo. Después de aquella conversación junto al coche, me dijo, él y la amistad común se habían alejado andando, pero apenas doblaron la esquina el hombre se detuvo y le dijo al amigo común que tenían que volver para ayudarme.

Pero, no sé por qué, me dijo ahora, no volvimos. Debería haberle obligado, añadió. Debería haber insistido. Le había costado un año entero revertir ese momento. Había interpretado la dificultad de encontrarse conmigo como un castigo proporcional a su delito. Pero había cumplido su condena.

Alargó la mano y sentí sus dedos rodeando mi brazo. La mano era sólida, pesada, como una mano de mármol de la antigüedad. Miré aquella mano y el oscuro paño de la manga de su abrigo y la amplitud montañosa de su hombro. Una violenta oleada de alivio me recorrió el cuerpo como si viajara en un coche que, en el último momento, hubiera esquivado un precipicio de un volantazo.

Faye, dijo.

Cuando aquella noche llegué a casa y entré en esa oscuridad que olía a polvo, vi que Tony había instalado los paneles aislantes sobre las vigas. Estaban todos perfectamente clavados y sellados. Él y Pavel debían de haberse quedado hasta muy tarde para terminar el suelo. Las habitaciones, silenciosas, se notaban sólidas bajo los pies. Anduve por encima de la nueva superficie. Fui hasta la puerta trasera, la abrí y me senté en los escalones. El cielo estaba ahora claro y lleno de estrellas. Me quedé mirando los puntos de luz que emergían en la oscuridad. Oí que se abría la puerta del sótano y que alguien andaba arrastrando los pies. Luego, en la oscuridad, escuché la pesada respiración de Paula, acercándose a la verja que nos separaba. Aunque no me veía, sabía que yo estaba allí. Oí el ruido áspero de su ropa y su respiración cuando acercó la cara a la verja.

Putá zorra, dijo.

La noche del viernes salí en coche de Londres en dirección oeste para ver a mi primo Lawrence, que acababa de mudarse después de dejar a su esposa Susie por una mujer llamada Eloise, lo que lo había obligado a trasladarse de un pueblo de Wiltshire a otro de tamaño y estilo similares, a unas cuantas millas de distancia. El episodio había provocado escándalo y consternación entre amigos y parientes, pero apenas había dejado huella aparente en la vida de Lawrence, que parecía continuar casi igual que antes. El nuevo pueblo, dijo, era de hecho más apetecible y pintoresco que el anterior, al estar más cerca de los Cotswolds y menos estropeado. Lawrence, Eloise y los dos hijos de Eloise constituían el nuevo hogar, y la hija pequeña de Lawrence iba y venía entre la casa de su padre y la de su madre.

Una noche del verano anterior, de pie entre las largas sombras de la cocina de mi antigua casa, contesté al teléfono con un presentimiento y oí la voz de Lawrence, que me sonó como nunca antes me había sonado. Roma, dijo, cuando le pregunté dónde estaba. Y lo cierto es que oí el ruido de la ciudad de fondo, pero mi primera impresión —que era que en ese momento Lawrence estaba solo y rodeado de un vacío infinito que contemplaba con terror y asombro— no desapareció. Como no contestaba a mis preguntas sobre qué hacía en Roma, me quedé en silencio y dejé que me contara que estaba a punto de romper su matrimonio para vivir con una mujer a la que creía amar. Esa crisis llevaba gestándose algunos meses, dijo, pero en Roma se había salido de madre y se había vuelto inminente. Esa mujer, Eloise, estaba con él en la ciudad —él había ido allí por trabajo y Eloise lo había acompañado, hecho que Susie desconocía—, pero en ese momento había salido a dar un paseo a solas para pensar. Y entonces me había llamado. Aquí estamos a treinta y ocho grados, dijo. Todo parece completamente irreal. Acabo de pasar junto a una mujer que yacía en la calle, inconsciente y cubierta de barro. No sé dónde estoy: se ha puesto el sol, pero no se hace de noche. Parece que la luz no venga de ninguna parte. Es como si el tiempo se hubiera detenido, dijo, lo que supongo que era una forma de decirme que ya no podía identificar ni imaginar un futuro.

No pasa nada, le dije.

No sé si pasa o no pasa, dijo.

Empezó a hablarme de un libro sobre Carl Jung que estaba leyendo.

Toda mi vida ha sido una mentira, dijo.

Le dije que no había ninguna razón para creer que esa impresión no fuera otra mentira.

Estamos hablando de libertad, dijo.

La libertad, le contesté, es un hogar que abandonas una vez y al que nunca puedes volver.

—Dios —dijo Lawrence—, Dios, no sé qué hacer.

Pero estaba claro que ya había tomado una decisión. No había visto mucho a Lawrence desde entonces, pero, por lo que sabía, Eloise y él llevaban una vida armoniosa, aunque la ira de Susie había estado a punto de echar por tierra su felicidad. Al principio, Susie me había llamado para contarme su versión de la historia, un relato largo y morboso que producía el efecto, supuestamente no buscado, de despertar la compasión por Lawrence; Susie había llamado a todos sus amigos y parientes, y en el mismo tono, por lo visto. Lawrence soportó la embestida en silencio; durante un tiempo se limitó a apretar los dientes. En el acuerdo económico, Susie lo crujió, y luego, si bien no satisfecha pero por lo menos seguramente calmada, se retiró. Lawrence era muy aficionado al lujo, y yo no sabía cómo lo habría afectado la pérdida de dinero, pero nunca insinuó que Eloise y él tuvieran el menor problema.

Después de un trecho de autopista, el trayecto seguía por una serie de carreteras estrechas y tortuosas que nunca parecían pasar por ningún pueblo, sino que serpenteaban durante un buen rato a través del campo oscuro y la densa niebla. De vez en cuando venía un coche en sentido contrario, y sus faros abrían dos agujeros amarillos en la blancura. En los márgenes del camino, las formas de los árboles, sumergidas y borrosas, parecían aprisionadas en hielo. En algunos puntos la niebla se hacía tan densa que llegaba a ser cegadora. El coche se abría paso a tientas, y a veces casi chocaba con el empinado margen, cuando en una curva este se aparecía inesperadamente. La carretera se desplegaba con una lentitud y una monotonía en apariencia inagotables, mostrando solo la parte de sí misma que precedía inmediatamente al coche. Entraba dentro de lo posible que sufriera un accidente en cualquier momento. La sensación de peligro se mezclaba con una sensación casi placentera de anticipación, como si algún límite u obstrucción estuviera a punto de ser derribado, como si fuera a cruzarse una frontera más allá de la cual aguardara la liberación. Un mensaje de texto sonó en mi móvil: *Ten cuidado, por favor*. Cuando llegué a la casa de Lawrence apagué el motor con mano temblorosa y me quedé sentada en la oscuridad silenciosa del camino de grava, mirando hacia la luz dorada de las ventanas.

Al cabo de un rato Lawrence salió. Su cara pálida se acercó inquisitivamente a la ventanilla del coche. La casa era una granja larga y baja, con paredes de ladrillo envejecidas y abombadas, rodeada por un jardín tapiado. Incluso en medio de la oscuridad y la niebla se advertía lo bien cuidado e inmaculado que estaba todo. La farola de encima de la puerta de entrada despedía un haz de luz grande y brillante. La

grava estaba rastrillada y los arbustos y setos, cortados dibujando contornos suaves. Lawrence tenía un cigarrillo en la mano. Salí del coche y esperamos mientras lo terminaba.

—Eloise no soporta que fume —dijo—. Dice que le da la sensación de que nuestra vida está atravesando una crisis. Si es una crisis —lanzó la colilla hacia los arbustos oscuros—, entonces es una crisis permanente.

Lawrence había perdido peso. Llevaba ropa cara y lucía un aspecto más elegante y acicalado que nunca. Mostraba un ligero aire de portentosa vitalidad, casi de excitación. Pese a haber negado crisis alguna, allí frente a su casa de campo tenía algo de actor que representara una obra de teatro sobre la vida burguesa. Había otras invitadas aparte de mí, me dijo antes de que entráramos: una amiga de Londres de Eloise y una amiga común de los dos que vivía en la zona. Esa amiga común era quien los había presentado a él y Eloise, y los visitaba a menudo.

—Tratamos de seguir el ritmo de las libaciones —dijo Lawrence, sonriendo con una mueca.

Abrió la puerta delantera, grande y nudosa, y atravesamos un oscuro vestíbulo hasta otra puerta orlada de luz, al otro lado de la cual se oía ruido de música y conversaciones. La habitación era grande y de techo bajo, y estaba iluminada por tantas velas que parecía que se hubiera prendido fuego en ella. Hacía mucho calor, y la sala estaba decorada con cosas que no reconocí de la vida anterior de Lawrence: sofás modernos de formas cúbicas; una gran mesa de centro de cristal y acero; una alfombra hecha con la piel de un animal. En las paredes había unos cuadros modernos que no me sonaban. Me pregunté cómo habría creado Lawrence todo aquello tan rápidamente, como si fuera un decorado teatral. Eloise y otras dos mujeres estaban sentadas en sofás bajos alrededor de la mesa de centro, bebiendo champán. En la otra punta de la habitación había un grupo de niños sentados y echados en el suelo, jugando a algo. A su lado, una niña algo mayor estaba sentada en una silla. Tenía una impresionante melena pelirroja y lisa que le caía como un velo hasta la cintura, y llevaba un vestido rojo sin mangas, muy corto, que mostraba toda la extensión de sus largas extremidades blancas. Calzaba un par de zapatos rojos de tiras, con unos tacones de aguja tan altos que dar más de un par de pasos debía de resultarle difícilísimo.

Eloise se levantó para saludarme. Las otras dos mujeres no se movieron. Eloise iba vestida con elegancia y primorosamente maquillada; sus dos amigas también llevaban vestidos y zapatos de tacón. Tenían aspecto de estar esperando para ir a alguna fiesta suntuosa en lugar de quedarse toda la noche en el campo oscuro y atenazado por la niebla. Parecía un desperdicio que no hubiera nadie para admirarlas. Eloise se acercó y tiró de mi ropa, chasqueando la lengua en tono de desaprobación. —Tan oscura como siempre —dijo. Olí su perfume. Llevaba un vestido de punto suave de color crema. Se acercó un poco más para examinarme la cara. Me pasó las yemas de los dedos por la mejilla y luego se apartó para mirarme—. Solo quería ver

qué te habías puesto en la piel —dijo—. Estás muy pálida. Esta ropa —volvió a tirar de ella— te está consumiendo.

Me presentó a las dos mujeres, que no se levantaron pero estiraron los brazos desnudos desde las profundidades del sofá para estrecharme la mano con sus dedos esmaltados. Una era una mujer morena, muy delgada, con labios carnosos y pintados y una cara delgada y huesuda. Llevaba un vestido ceñido con estampado de leopardo y un grueso collar de oro sobre su cuello fibroso. La otra tenía una melena rubia y ahuecada y una severa belleza nórdica, acentuada por el vestido de tubo blanco en el que iba enfundada. Los niños estaban cada vez más inquietos en su rincón, y al cabo de un momento una niña con un par de alas de alambre y muselina pegadas a la espalda se separó del grupo y vino a nuestro lado. La mujer rubia le dijo algo en otro idioma y la niña le contestó de mal humor. Luego empezó a trepar por el respaldo del sofá, actividad que la mujer se esforzó en ignorar hasta que la niña se colocó a su espalda y se lanzó sobre ella estrechándole el cuello con los brazos.

—¡Ella! —exclamó la mujer, sobresaltada. Hizo un intento ineficaz para liberarse—. Ella, ¿qué haces?

La niña se rio como una loca, despatarrada en la espalda de la mujer, con la boca abierta y echando la cabeza hacia atrás. Alcancé a ver los blancos tocones de sus dientecitos en las encías rosas. Luego se subió a los hombros de la mujer y, sin soltarle el cuello, se dejó caer sobre su regazo, donde se retorció y pateó incontroladamente. Vi que la mujer no tenía la voluntad o la capacidad para controlar la situación y, por lo tanto, no le quedaba otra alternativa que comportarse como si aquello no estuviera ocurriendo.

—¿Has venido en coche desde Londres? —me preguntó con dificultad mientras la niña no dejaba de retorcerse en su regazo.

Era difícil seguirle la corriente, ya que la niña le apretaba el cuello con tanta fuerza que la estaba ahogando. Por suerte Lawrence pasó por allí en ese momento y, aupando sin ninguna dificultad a la niña alada, que de repente se relajó y dejó de protestar, la llevó animadamente al otro extremo de la habitación. La mujer lo miró acariciándose la garganta, donde le habían quedado unas marcas rojas.

—Lawrence es tan bueno con Ella —dijo. Habló débilmente, casi con desinterés, como si se hubiera limitado a observar la escena que acababa de ocurrir en lugar de haber participado en ella. En su voz se apreciaba un ligero acento—. La niña reconoce su autoridad, aunque no lo teme.

La mujer se llamaba Birgid: me dijo que se había pasado todo el año anterior, desde que Lawrence había empezado a salir con Eloise, estudiando atentamente su comportamiento y su carácter. Eloise era una de sus más viejas amigas, y quería asegurarse de que Lawrence era lo bastante bueno para ella. Al principio él se ofendía con aquel examen y el modo en que ella cuestionaba lo que él decía y hacía, pero habían acabado haciéndose amigos, y muchas veces se quedaban despiertos y charlaban cuando Eloise se iba a la cama. Eloise solía estar cansada, añadió Birgid,

puesto que su hijo menor tenía problemas de sueño y se despertaba varias veces cada noche; el mayor, por su parte, tenía dificultades en la escuela. A Eloise no le quedaba energía para desafiar a Lawrence, a quien le gustaba salirse con la suya, así que Birgid lo hacía por ella.

—A Eloise ya le ha pasado otras veces —dijo Birgid—. Gusta a los hombres porque da la impresión de independencia, pero en realidad es completamente sumisa. Atrae a los abusones —añadió, frunciendo la naricilla—. Su último marido era un cerdo integral.

Birgid tenía unos ojos extraordinariamente alargados y estrechos, de un verde claro sobrenatural. También tenía el cabello claro —casi blanco—, y, a la luz de las velas, su piel lucía la tersura y solidez del mármol. Le pregunté de dónde era y dijo que había nacido y se había criado en Suecia, pero que vivía en este país desde los dieciocho años. Había venido aquí para ir a la universidad y había conocido a su marido —otro estudiante— en su primer trimestre. Se casaron durante las vacaciones y volvieron convertidos en marido y mujer, dejando pasmados a sus compañeros. Jonathan no había podido venir esa noche, añadió. Tenía mucho trabajo, y había pensado también que le vendría bien viajar sola con Ella. Había decidido no coger el coche porque nunca había conducido sola con su hija. Habían venido en tren.

—Por eso te he preguntado si habías venido en coche —dijo—. A mí me daba miedo conducir.

Le dije que había hecho bien en tener miedo y me escuchó con una serenidad inflexible, negando con la cabeza.

—Cuando algo te da miedo —dijo—, es la señal de que debes hacerlo.

Birgid siempre había vivido de acuerdo con esa filosofía, añadió, pero desde el nacimiento de su hija se había sorprendido a sí misma incumpléndola repetidamente. Jonathan y ella habían esperado mucho tiempo a tener un hijo: descubrió que estaba embarazada el día que cumplió cuarenta años. Esperamos hasta el último momento. Como quien dice, añadió, desde luego, tener otro hijo no era biológicamente imposible —ahora tenía cuarenta y cuatro años—, pero tampoco lo quería. Ya había sido bastante duro acomodar a Ella en sus vidas, después de más de dos décadas solos. Ya no eran tan flexibles como cuando tenían dieciocho años. Es difícilísimo introducir un elemento nuevo en algo que ya ha cuajado. No es que Jonathan y yo nos hubiéramos anquilosado, añadió. Pero éramos muy felices con nuestra vida.

Alargó el brazo para coger su copa de champán y dio un trago lento. A su espalda, la niebla teñía las ventanas de blanco. Me sorprendió su edad. Había supuesto que tenía al menos diez años menos, si bien no era la suya la vigorosa juventud de una supervivencia activa, sino que más bien parecía haber evitado la exposición, como el pliegue de una cortina que no se destiñe porque nunca ve el sol.

Le pregunté si volvía a menudo a Suecia.

Voy muy poco, contestó. A veces hablaba algo de sueco con Ella, pero por lo demás conservaba escasos vínculos con su pasado. Su marido —el padre de Ella—

era inglés, y como se habían casado tan jóvenes, tenía la sensación de que Suecia representaba la infancia, mientras que Inglaterra era el escenario de la vida adulta. Su padre aún vivía allí, lo mismo que algunos de sus hermanos —eran cinco—, pero su trabajo le dejaba muy poco tiempo para las visitas familiares. Cuando John y ella podían coger vacaciones, preferían ir a lugares calurosos y exóticos —Tailandia o la India—, aunque ahora, con Ella, esos viajes se habían vuelto imposibles. Pero, además, tampoco le gustaba ver lo mucho que había cambiado su familia: prefería conservar el recuerdo que guardaba de su infancia.

En la otra punta de la sala había estallado una disputa. Uno de los hijos de Eloise estaba llorando; el otro luchaba con la hija de Lawrence por la posesión de un juguete que se rompió cuando los dos tiraron de él a la vez, con lo que la hija de Lawrence se cayó de espaldas y también comenzó a llorar. La hija de Birgid se puso a golpear con su palo de plástico al niño mayor, para castigarlo. La niña del vestido rojo permanecía inmóvil en su silla, mirando la escena con cara inexpresiva y ojos muy abiertos. Mantenía muy quieta la cabeza con la cortina de pelo rojo. Tenía las manos entrelazadas en el regazo, y las largas piernas desnudas muy juntas, sobre los altos tacones. Pese a lo exiguo de sus prendas, parecían aprisionarla.

Eloise se levantó para intervenir y unos segundos después se vio atacada por todos los flancos: su hijo menor se colgó de su vestido, el mayor le golpeaba la cadera con su pequeño puño blanco, todos gritaban con sus voces agudas para contar su versión de los hechos. La mujer del estampado de leopardo, sin levantarse del sofá, se volvió con la copa de champán en la mano y, dirigiéndose a la niña pelirroja con una potencia de voz sorprendente para aquel cuerpo tan delgado, gritó:

—¡Henrietta! ¡Henrietta! ¿No tenías que vigilarlos, tesoro?

Henrietta la miró abriendo aún más los ojos y volvió lentamente la cabeza hacia los niños. Pareció que decía algo, sin mover apenas los labios, pero nadie le prestó atención.

—Sinceramente —dijo la mujer del estampado de leopardo, volviéndose otra vez—, no sé por qué me molesto en abrir la boca.

Lawrence estaba sentado en el sofá con las piernas cruzadas y la copa en la mano, como si no se hubiera percatado de la lucha de Eloise en la otra punta de la sala.

—Lawrence —dijo Birgid, mirándolo—, ve a echarle una mano.

Lawrence le dirigió una sonrisa levemente amenazadora.

—Habíamos acordado que no nos meteríamos en sus peleas —replicó.

—Pero no está bien dejar que se enfrente al temporal ella sola —insistió Birgid.

—Si decide romper nuestro acuerdo —dijo Lawrence—, ella sabrá lo que hace.

El hijo de Eloise ya había perdido el contacto con el suelo, totalmente colgado del vestido de su madre. El leve material de la prenda cedió al instante y se desgarró por la parte delantera, dejando al descubierto los pechos pálidos de Eloise bajo un sujetador de encaje color malva.

—Qué espanto —murmuró Birgid, volviéndose.

—Tendrá que apañárselas —dijo Lawrence, lacónicamente.

Eloise pasó delante de nosotros taconeando y agarrándose el vestido por delante. Volvió al cabo de unos minutos con otro traje.

—Qué bonito —dijo la mujer del estampado de leopardo, inclinándose hacia delante para tocar el vestido—. ¿Ya lo había visto?

En cuanto Eloise se sentó, Lawrence se levantó, como para distanciarse de la conducta de su mujer haciendo lo contrario de todo lo que ella hacía. Fue a la nevera, sacó otra botella de champán y empezó a abrirla.

—Es un hombre orgulloso —me dijo Birgid, mirándolo—. Y en cierto sentido, tiene razón —añadió—. Si empiezan a ponerse sentimentales con sus hijos, será el fin de su relación.

Sus propios padres, continuó, habían vivido una auténtica historia de amor: en todos los años de su matrimonio nunca habían dejado de prestarse la máxima atención, pese a que criaron a cinco niños de edades tan próximas que en los álbumes de fotos familiares hubo unos años en que su madre parecía estar siempre embarazada. Fueron padres jóvenes, añadió, de una energía incansable: su infancia había estado llena de acampadas, salidas en barcos de vela y veranos en una cabaña que habían construido con sus propias manos. Sus padres nunca se iban de vacaciones por su cuenta, celebraban todas las ocasiones familiares con gran ceremonia y cenaban todas las noches con sus hijos. No recordaba ni una sola noche en la que no estuvieran presentes en la mesa de la cocina, lo que debía significar que fueron a cenar solos en muy raras ocasiones, si es que llegaron a salir alguna vez. Jonathan y yo, en cambio, cenamos fuera casi todas las noches. Birgid se iba a trabajar tan pronto y volvía tan tarde que casi nunca veía comer a su hija, aunque, por supuesto, se preocupaban de que comiera sano dando instrucciones a la niñera. La verdad, dijo, es que evito las comidas de mi hija, siempre busco algo que hacer en la oficina. Desde el nacimiento de Ella, Jonathan empezó a preparar carne asada con patatas los domingos al mediodía, porque era una tradición en su familia y le parecía que debían conservarla por su hija.

Pero a mí no me gusta comer al mediodía, dijo, y como Ella es muy suya para la comida, Jonathan acaba comiéndoselo casi todo él solo.

En Suecia, sus padres seguían un menú rotatorio que llegó a volverse tan familiar para sus hijos como los días de la semana. Las cadencias de su infancia casi podían identificarse con esos sabores y texturas recurrentes y con la repetición de las estaciones, más larga y lenta, los matices y gradaciones de las comidas del verano y el invierno, interrumpidas por las tartas de cumpleaños, distintas para cada uno de ellos, la misma todos los años. Birgid había nacido en verano: su tarta era una bella construcción de varios pisos de merengue, bayas y nata, la mejor de todas. Una de las razones por las que no le gustaba volver a Suecia era la comida, que la abrumaba de recuerdos y le dejaba un sabor amargo en la boca: parecía familiar pero en realidad no lo era en absoluto.

Cuando le pregunté por la causa de esa disonancia, se quedó callada un momento acariciando la piedra verde que colgaba de su cuello en una cadena de plata y que debía haber sido escogida por el parecido con sus ojos. Lo cierto era, dijo, que en un determinado momento —a los doce o trece años— algo cambió en su participación en la vida familiar, algo tan sutil e imperceptible que le resultaba difícil darle un nombre. Sin embargo, recordaba con mucha claridad el momento en que se produjo ese cambio, cuando volvía andando de la escuela a casa una tarde gris como cualquier otra. Al bajar de la acera a la calzada, había tenido la sensación repentina de una dislocación, casi como de algo que cediera. Esperó que pasara, pero cuando llegó a casa esa sensación aún no había desaparecido, ni tampoco cuando se despertó al día siguiente. No podía darle un nombre, como ya había dicho, pero a partir de ese día tuvo la sensación de estar contemplando la vida desde fuera en lugar de formar parte de ella. Empezó a observar a sus padres y hermanos cuando hablaban y comían alrededor de la mesa, y aunque deseaba con todas sus fuerzas volver a formar parte de esas cenas y esas conversaciones, le era imposible. Fue quizá esa sensación de irrealidad lo que, en un momento dado, la empujó a grabar a los miembros de su familia sin que ellos se dieran cuenta. Utilizaba una grabadora que le habían regalado; la colocaba en un estante cerca de la mesa de la cocina y cambiaba la cinta todos los días. Sus padres nunca se dieron cuenta, pero sus hermanos acabaron descubriéndola, y durante un tiempo fue como una obsesión para ellos escuchar la repetición de la cena familiar, que duraba una hora como mínimo. A ninguno de ellos le interesaba especialmente oír sus propias voces: lo que escuchaban eran las voces de sus padres. A veces le pedían que volviera a poner una y otra vez algún fragmento de conversación entre su madre y su padre. Lo analizaban minuciosamente intentando descifrar el significado que pudieran esconder esas palabras. Lo que intentaban, ahora se daba cuenta, era comprender la relación de sus padres, sin lograrlo nunca; noche tras noche hacían nuevas grabaciones y el proceso volvía a empezar. Al final debieron de escuchar cientos de horas de conversaciones, y ni su padre ni su madre pronunciaron jamás una sola palabra que ofreciera una grieta o abertura por las que pudieran penetrar el misterio de su amor.

Le pregunté si todavía tenía las cintas.

Desde luego, contestó. Las mandé digitalizar hace algunos años. Las originales las tengo ordenadas en un gran armario en mi despacho, cronológicamente. Cuando murió nuestra madre, dijo, mis hermanos me las pidieron, pero me negué a entregárselas. Nos peleamos por eso, añadió. Es un poco triste. Ahora ya no nos vemos.

Después de la muerte de su madre, continuó, su padre volvió a casarse enseguida. Un día llegó a su casa una mujer que vendía productos de limpieza puerta a puerta, y acabó casándose con ella, tal cual. Vendieron la hermosa casa de su niñez y se trasladaron a un bungalow horroroso en una zona mala de la ciudad. La mujer también era horrorosa, ordinaria y obesa, todo lo contrario de la madre de Birgid, delgada y

preciosa. Ahora su padre vivía como un vagabundo, sucio y andrajoso, después de haber perdido todo su dinero. Sus hermanos habían intentado demandar a la mujer, pero resultó que su padre se lo había dado todo voluntariamente, incluidos todos los objetos familiares, que su nueva mujer había vendido o tirado. Le permitía quedarse en el bungalow con ella, pero lo trataba como a un perro. Birgid ya se había marchado a Inglaterra cuando sucedió aquello: en su ausencia, todo su pasado había sido desmantelado. Desaparecieron incluso los álbumes de fotos; de no haber sido por las cintas, no habría tenido ninguna prueba de su vida.

Lawrence nos estaba llamando para que fuéramos a cenar, y las otras dos mujeres se levantaron del sofá.

Le pregunté si todavía tenía esa sensación de irrealidad, y qué creía que la había originado. Su hija volvía a estar a nuestro lado, y de repente se sentó en su regazo y apoyó la cabeza en su pecho, chupándose el pulgar. Birgid le acarició distraídamente el pelo negro, mirándome con sus extraños ojos.

—Me gusta que me preguntes estas cosas —dijo—. Pero no entiendo por qué quieres saberlo.

Lawrence volvió a llamarnos y Birgid intentó bajar a la niña, pero Ella no se soltaba y no dejaba de protestar, de modo que Birgid se levantó como pudo con su hija en brazos y se quedó de pie en actitud impotente, hasta que Lawrence vino para llevársela.

—Ven aquí, monito —dijo, y fue a sentarla debajo de las ventanas teñidas de niebla, en la otra punta de la mesa, que ya estaba puesta para la cena sin que faltara detalle alguno.

Los niños estaban sentados en un extremo y los adultos en el otro. La niña pelirroja quedaba en el medio. A mí me habían puesto enfrente de Eloise, y me pasé un rato observando cómo miraba nerviosamente a todos los invitados sin dejar de jugar con el vestido y el pelo, como para asegurarse de algo. Tenía una cara dulce y bonita, de ojos pequeños y enrojecidos que parecían siempre al borde de las lágrimas, y una sonrisa animosa que exhibía a menudo como para compensarlos. Era muy distinta de Susie, una mujer alta, fuerte, locuaz, acostumbrada a dar órdenes y resolver los asuntos prácticos, y cuyo afán organizador era tan férreo que tenía programada su vida y la de Lawrence con tanta antelación que a menudo podía decirte dónde estarían y qué harían en una fecha determinada al cabo de varios meses, a veces incluso años. Con Susie, Lawrence se había vuelto cada vez más agresivo y poco colaborador, y ella parecía ser la única en no darse cuenta, porque, suponía yo, era insensible. Con todo, me parecía especialmente cruel que, con esa obsesiva anticipación suya, la ausencia de Lawrence no se le hubiera ni pasado por la mente. En aquellos días se sentía sola, me dijo Lawrence, e intentaba —no siempre con éxito— ser educada e incluso generosa con Eloise y con él. Le conté a Lawrence que en Navidad había mandado regalos a mis hijos. Estaban envueltos con tanto esmero y tanto primor que al verlos me asaltó una tristeza descomunal, como si lo que hubiera

debajo del envoltorio no fuera un juguete o un juego, sino la propia inocencia, la inocencia de las buenas intenciones, que acaban desgastándose o desechadas en cuanto quedan a la vista. Esta inocencia parecía de pronto mucho más real que todas las aberraciones documentadas en la conducta de Susie, tanto antes como después de que Lawrence la dejara: en ese momento —no se lo dije— no había nada que yo deseara tanto como que él volviera con ella y cumpliera las promesas que le había hecho.

Eloise se había dado cuenta de que la estaba mirando e inmediatamente concentró en mí su atención dispersa con una sonrisa. Juntó las manos delante del pecho y se inclinó sobre la mesa, en un gesto de confidencia.

—¡Quiero saberlo todo! —dijo.

Jake, su hijo pequeño, había abandonado su lugar en la otra punta de la mesa y lo tenía pegado a su codo. Le dio un golpecito en el brazo a su madre.

—¿Qué pasa, Jakey? —preguntó ella, volviendo la cabeza distraídamente.

Su hijo se puso de puntillas para susurrarle algo al oído y ella lo escuchó con una expresión de radiante paciencia. Cuando su hijo terminó, Eloise se excusó, se levantó y fue a hablar con Lawrence, que estaba sacando comida del horno con un delantal atado a la cintura.

Mientras Eloise no estaba, Jake me preguntó si había estado alguna vez en Marte. Le dije que no.

—Tengo una foto de Marte —me dijo—. ¿Quieres verla?

Se fue y volvió con un libro que dejó abierto en la mesa, delante de mí.

—¿Ves lo que es eso? —preguntó.

Le dije que parecía la huella de una pisada. Asintió con la cabeza.

—Eso es —dijo—. Pensaba que a lo mejor lo habías visto de verdad —añadió, decepcionado. Dijo que iba a vivir en Marte en cuanto fuera lo bastante mayor para comprarse un cohete. Parece un buen plan, dije.

Lawrence se acercó y le dijo a Jake que volviera a su sitio.

—Y no le pidas a mamá otra cosa para comer —dijo—. Vamos a comer todos lo mismo.

Jake se puso nervioso de repente.

—Pero ¿y si no me gusta? —dijo.

Vi que Lawrence se esforzaba por conservar la calma. Tenía la cara roja y apretaba los labios.

—Pues no comas —dijo—. Pero vas a tener hambre.

Eloise regresó y volvió a sentarse, estirándose el vestido. Se inclinó sobre la mesa para susurrarme en tono de confidencia:

—¿Te has dado cuenta de lo controlador que es Lawrence con la comida? Ni que fuera francés. El otro día fuimos a un restaurante y obligó a Angelica a comerse un caracol.

Angelica era la hija de Lawrence.

—La pobre niña parecía Juana de Arco en la hoguera —continuó Eloise—. Jakey y Ben tenían los ojos como platos. Debían de estar pensando que luego les llegaría su turno. Jakey solo come azúcar —añadió—. Y Ben no toca nada que no sea blanco. Después de aquello no se acercaron a Angelica durante horas. Decían que el aliento le olía a caracol.

Miró a todos los comensales y luego se inclinó aún más hacia mí.

—Se enfada muchísimo cuando les doy lo que quieren —susurró—. Le horroriza su falta de disciplina. Ya sabes que Jakey no duerme —dijo—. Viene a nuestra habitación cuatro o cinco veces cada noche y Lawrence no deja que se meta en nuestra cama. No lo aprueba. El caso es que antes Jakey siempre se metía en mi cama. Así conseguía dormirse. Pero ahora tengo que levantarme y llevármelo abajo en plena noche.

Le pregunté qué hacía con él a esa hora.

—Vemos la televisión —contestó—. Lo que pasa —continuó, acercándose más— es que Susie era muy organizada. Lo consultaba todo en libros. Tenían una buena biblioteca. Cada vez que un niño hacía algo, había que esperar a que fuera a consultarlo. Esos libros —añadió— eran una cosa bastante victoriana.

Me acordé de una vez que estaba de visita en casa de Susie y Lawrence y me encontré a Angelica, que tenía tres o cuatro años, sentada al pie de una escalera. Era el peldaño de los niños malos, me dijo cuando le pregunté qué estaba haciendo allí sentada. Seguía allí cuando me marché.

—Lo que le digo a Lawrence es: cariño, simplemente tenemos que quererlos. —A Eloise se le aguaron los ojos—. Es así, ¿verdad? Solo necesitan que se les quiera. Le dije que no lo sabía. Para alguien como Lawrence, ese amor era indistinguible de la abnegación.

—Creo que la gente tiene miedo —dijo Eloise—. Tiene miedo de sus propios hijos.

Si era así, le dije, era porque veían registrados en sus hijos sus propios fracasos y faltas.

—Tú no tienes miedo, ¿verdad? —dijo, mirándome con los ojos brillantes.

De pronto me puse a contarle lo que había sucedido hacía algunos años, una noche que estaba sola en casa con mis dos hijos. Era invierno; a media tarde ya se había hecho de noche y los niños estaban cada vez más inquietos. Su padre no estaba en casa, estaba volviendo en coche de algún lugar. Estábamos esperando a que llegara. Recuerdo la tensión que había en la habitación, que parecía motivada por el carácter provisional de la situación, por el hecho de estar esperando. Los niños no paraban de preguntar cuándo llegaría su padre y yo no dejaba de mirar el reloj, confiando en que pasara el tiempo. Sin embargo, sabía que cuando él llegase no iba a ocurrir nada distinto o especialmente importante. Lo que pasaba era que, con su ausencia, algo se estaba estirando hasta el límite, algo que tenía que ver con la fe: era como si nuestra capacidad de creer en nosotros mismos, en nuestro hogar y nuestra

familia y en quien decíamos que éramos se hubiera convertido en un hilo tan delgado que podía romperse en cualquier momento. Recuerdo la apremiante sensación de realidad, justo debajo de la superficie de las cosas, como un secreto que yo trataba de contener con todas mis fuerzas. Me di cuenta de que no quería estar allí, en aquella habitación. Quería salir y pasear por los campos en la oscuridad, o ir a la ciudad, donde había diversión y glamur, o estar en cualquier lugar donde la obligación de esperar no pesara sobre mí como una losa. Quería ser libre. Los niños empezaron a discutir y a pelearse, como solían hacer a menudo. Y de repente también me pareció que eso podía romperse, que podía transgredirse de manera repentina y espantosa. Estábamos en la cocina y yo estaba preparando algo para comer en la larga encimera de piedra. Los niños estaban en el otro extremo, sentados en taburetes. El pequeño andaba molestando al mayor, pidiéndole que jugara con él, y este estaba cada vez más irritado. Dejé lo que estaba haciendo, con la intención de intervenir, cuando vi que de repente el mayor cogía con las dos manos la cabeza de su hermano y la estrellaba contra la encimera. El pequeño cayó al suelo inmediatamente; parecía inconsciente; el otro lo dejó allí tirado y salió corriendo de la cocina. Esa muestra de violencia, inédita en nuestra casa, no era solo algo espantoso: también era la cristalización de algo que me parecía que ya sabía, hasta el punto de que creía que mis hijos no habían hecho más que actuar al servicio de ese algo, que habían sido empujados a representar algo que ellos mismos no percibían ni comprendían. Pasó otro año antes de que su padre se fuera de casa, pero si tuviera que identificar el momento en que el matrimonio se acabó, diría que fue esa tarde oscura en la cocina, cuando él ni siquiera estaba allí.

Eloise me escuchaba con una expresión compasiva.

—¿Le pasó algo? —preguntó—. ¿Tuviste que llevarlo al hospital?

Se quedó aturdido y alterado, dije, y le salió un chichón enorme en la cabeza, pero no hubo que llevarlo al hospital.

Eloise se quedó un rato en silencio, con las manos juntas delante de ella y los ojos bajos. Llevaba muchos anillos finos de plata, y la gran joya deslumbrante que Lawrence le había regalado como anillo de compromiso.

—Pero no te arrepientes, ¿verdad? —preguntó—. Seguro que era lo correcto, si no no lo habrías hecho.

Le dije que no tenía respuesta para aquello, porque aún no sabía exactamente qué era lo que había hecho.

Esbozó una sonrisilla traviesa y me miró a través de sus cortas pestañas claras. Dijo que había pensado en presentarme a algunos de sus amigos solteros. Tenía en mente a uno en particular; era muy guapo y muy muy rico. Tenía un piso impresionante en Mayfair —era coleccionista de arte— y una casa en la Costa Azul. Lawrence, que se había sentado a nuestro lado, gruñó.

—¿Por qué siempre estás intentando endosar a Freddie a tus amigas? —dijo—. Es un patán.

Eloise hizo un puchero y se sorbió la nariz.

—Todo ese dinero... —repuso Eloise—. Al menos serviría a una buena causa. Me parece un desperdicio tremendo.

—No a todo el mundo le interesa el dinero tanto como a ti —dijo Lawrence.

Eloise no pareció ofendida por ese comentario, sino que se rio.

—Pero a mí no me interesó —dijo—. Esa es la cuestión.

Lawrence nos había servido a todos virutas de *foie gras* rodeadas de bolitas de pasta *choux*.

—¿Qué hay aquí dentro? —gritó el hijo mayor de Eloise, levantando una entre los dedos.

—Médula ósea —respondió Lawrence impenitentemente.

Lawrence me dijo que cada vez le interesaba más la cocina y que incluso había empezado a plantar en el jardín algunas cosas que costaba encontrar en la zona: plantas raras, verduras recónditas. Esa transformación tuvo lugar un día en su despacho mientras comía mecánicamente un sándwich de queso que había comprado en una tienda, y de repente se le ocurrió que podría estar comiendo algo mejor. De eso hacía unos dieciocho meses, me dijo, y había tenido algunas consecuencias interesantes, una de las cuales fue el intenso deseo que le sobrevino, al cabo de unos seis meses comiendo cosas más finas, de dar buena cuenta de ese mismo sándwich de queso que le había hecho renegar de la alimentación rutinaria. Se había acostumbrado tanto a interpretar los más sutiles impulsos de sus deseos —a menudo absteniéndose de comer si no podía conseguir exactamente lo que quería— que reaccionó enseguida, considerando este antojo como una especie de juego o rasgo de su gusto, ahora más sofisticado. Había ido a la misma tienda y se había comprado el mismo sándwich, y en la calle, cuando abrió la boca para darle un bocado, de pronto lo abrumaron los recuerdos sensoriales: la grisura de las rebanadas de pan de malta, el fuerte olor de la loncha de queso, la viscosidad y blancura de la mayonesa que cubría los trozos de lechuga. Se me hizo la boca agua, dijo Lawrence. Su memoria rememoró entonces el instante de morder y masticar el sándwich, de tragarlo y sentir cómo lo inundaba una momentánea y oscura sensación de alivio. Entonces, dijo Lawrence, volví a meterlo en el envoltorio y lo tiré a la basura.

De lo que se había dado cuenta en ese instante en la calle, dijo, era de que estaba en proceso de dar forma a sus propios deseos, de guarnecerlos con el pensamiento, y solo al verse bajo el dominio momentáneo de sus viejos impulsos sensoriales se dio cuenta de que ese era en última instancia un proceso de disciplina. Dicho de otro modo: no deseaba el pato ahumado con el mismo ímpetu enajenante con el que había deseado el sándwich de queso en lonchas. El primero tenía que abordarlo conscientemente, mientras que el segundo surgía del inconsciente, de unas necesidades que nunca se examinaban porque eran satisfechas por la mera repetición. Tenía que decidir ser una persona que prefería el pato ahumado al queso en lonchas, y al decidirlo se convertía gradualmente en esa persona. Lo que el sándwich de queso

representaba era lo cómodo, y verlo de ese modo fue como pisar un avispero.

—Por lo menos no come avispas —dijo Eloise, posando cariñosamente su manita sobre la manaza de él—. Al menos por ahora.

—¿Qué clase de mundo es este —dijo Lawrence—, en el que puede encontrarse lo cómodo en un sándwich producido industrialmente? ¿Qué clase de persona soy, cuando pienso que eso es lo que merezco?

Se sentó y miró la cocina, la mesa y las personas sentadas a su alrededor, como buscando una respuesta.

Había llegado a la conclusión, continuó, de que hasta cierto momento su vida había estado dominada por necesitar cosas, más que porque estas le gustaran, y de que en cuanto empezó a interrogarla desde este punto de vista, el tinglado se tambaleó y se vino abajo. Pero la cuestión del gustar era, como ya había dicho, más compleja de lo que parecía: la gente juraría que necesitaba cosas porque le gustaban, o que lo que necesitaban también les gustaba. Después de dejar a Susie, por ejemplo, se sentía tan culpable que a veces hasta llegaba a tener la sensación de que deseaba volver con ella. Estaba acostumbrado a estar con ella: una vez ella dejó de estar, comenzó a experimentar una necesidad que no se podía satisfacer, porque el ciclo de la repetición se había roto. Pero había empezado a darse cuenta de que lo que llamaba necesidad era en realidad otra cosa, era más una cuestión de hartazgo, algo distinto al deseo de tener algo en una cantidad ilimitada. Y por su misma naturaleza esa cosa debía tener un valor relativamente escaso, como el sándwich de queso, del cual había una cantidad infinita y fácilmente accesible. Desear algo mejor exigía autocontrol, exigía la aceptación del hecho de que tal vez no podrías tenerlo siempre y de que, incluso teniéndolo siempre, nunca te hartaría. Ese deseo te dejaba a solas contigo mismo, y cuando pensaba en su vida la veía como una serie de intentos de perderse a sí mismo fundiéndose con alguna otra cosa, algo externo que pudiera ser asimilado, hasta el punto de que durante largos periodos llegó a olvidar que Susie y él eran personas distintas.

—Come, cariño —le instó Eloise—. Todo el mundo ha terminado.

Lawrence cogió una viruta de *foie gras* con el tenedor y se la metió lentamente en la boca.

—¿Cómo están los chicos? —me preguntó.

Le dije que habían ido a pasar dos semanas con su padre mientras había obras en casa. Ahora que vivíamos en Londres, dije, esas visitas eran posibles.

—Ya era hora de que aceptara alguna responsabilidad —dijo Lawrence con seriedad—. El ex de Eloise es igual. No entiendo cómo se salen con la suya. No son hombres —dijo, tomando un largo trago de vino—. Son niños.

—No es tan grave —dijo Eloise, dándole palmaditas en la mano.

—Tú solo tuviste que pasar un año de eso —le dijo—. No como tú —añadió dirigiéndose a mí.

—¿Qué ha sido lo peor que has tenido que hacer? —me preguntó Eloise, con un

punto de excitación, y juntando las manos en el pecho.

Dije que no estaba segura: distintas cosas eran difíciles por distintas razones. Hubo una época, les conté, en que las mascotas de los niños se morían una tras otra. Primero fue el gato, luego los hámsteres de los dos, luego los sucesivos hámsteres que compramos para sustituir a los que se habían muerto, y por último, las cobayas que vivían en una conejera en el jardín y cuyos cadáveres apelmazados tuve que desenterrar con una pala del montón de paja en el que se habían enterrado a sí mismas. No sabía por qué, dije, pero había sido particularmente duro hacer frente a esas muertes y a los cadáveres yo sola. Tenía la sensación de que los había matado algo que había en la casa, alguna atmósfera que siempre estaba intentando negar o disipar. Como una maldición, dije, que acaba autocumpléndose de maneras imprevisibles. Durante mucho tiempo, me pareció que con cada intento que hacía para liberarme no conseguía más que volver más compleja y sustancial mi derrota. Lo que Lawrence no había tenido en cuenta al hablar sobre el deseo y el autocontrol, dije, era el elemento de impotencia que la gente llamaba destino.

—No fue el destino —dijo Lawrence—, fue porque eres mujer.

Eloise soltó una carcajada.

—¡Qué cosa más ridícula acabas de decir! —exclamó.

—Nada bueno podía pasarte allí —continuó Lawrence—, sola con tus dos hijos. Te abandonó a tu suerte, y a ellos también —añadió—. Quería castigarte. No quería permitir que te salieras con la tuya.

Fue una venganza, dijo Lawrence. Como había dicho, esos hombres eran como niños. Cuando había dicho que a veces olvidaba que Susie y él eran personas distintas, quería decir que el descubrimiento de que eran dos personas distintas había apagado la ira que sentía hacia ella y, al mismo tiempo, le había permitido dejarla. La respetaba mucho más estando divorciados que cuando estaban casados: la respetaba como la madre de su hija; si ella tenía un problema, sabía que podía acudir a él en busca de ayuda, y él sabía que ella también intentaría ayudarlo.

—Llevamos bien el divorcio —dijo—. Es la primera cosa que llevamos bien.

Viendo cómo estaban ahora Susie y él, a cualquiera le costaría entender por qué su matrimonio había sido un desastre, y sin embargo eso es lo que había sido, y bien evidente.

—Pero vosotros —me dijo—, vosotros erais las últimas personas de quien habría pensado que les fuera a suceder esto.

Si mirabas el interior de su matrimonio con Susie, continuó, lo que veías era una serie de buenas intenciones que, por culpa de lo sometidos que se tenían, no habían podido cristalizar. En vuestro caso, me dijo, era lo contrario: algo que tenía buen aspecto desde fuera resultó estar lleno de odio y violencia. Y en esa situación, me dijo, ser mujer significaba estar intrínsecamente en desventaja, como en el caso de llegar a las manos.

—Alguien como tú —me dijo— nunca aceptaría que la feminidad implica ciertos

códigos de honor masculinos. Por ejemplo, un hombre sabe que no debe pegar a una mujer. Sin esos límites, la mujer se encuentra esencialmente desvalida.

Le dije que no sabía si quería la clase de poder del que él hablaba. Era el antiguo poder de la madre; era el poder de la inmunidad. No veía por qué, dije, no debía aceptar mi parte de culpa en lo que había sucedido; yo nunca lo había visto, por muy terrible que me pareciera, como otra cosa que no fuera lo que yo —consciente o inconscientemente— había provocado. No era cuestión de identificar mi condición de mujer con el destino: tenía mucha más importancia aprender a interpretar ese destino, reconocer las formas y las pautas de las cosas que ocurrían, examinar su verdad. Era difícil hacerlo mientras se creyera en la identidad, por no hablar de conceptos como la justicia, el honor y la venganza, del mismo modo que es difícil escuchar mientras se habla. Había descubierto más cosas escuchando, dije, de las que creía posible.

—Pero tienes que vivir —dijo Lawrence.

Había más de una forma de vivir, repuse yo. Le conté que recientemente había encontrado un viejo diario de mi hijo mientras preparaba la mudanza de la casa. En la primera página había escrito: «Si lo lees, acepta las consecuencias».

Lawrence se rio. Eloise se había escabullido mientras hablábamos y vi los ojos de él buscándola por la habitación. Estaba llevando dos cuencos al otro extremo de la mesa.

—Joder, por el amor de Dios —murmuró—. Ahora les da pasta.

Se levantó y fue tras ella, la cogió del codo y le dijo algo al oído.

—¿Por qué no la deja? —me dijo la mujer del estampado de leopardo—. Son sus hijos.

Me volví hacia ella. Tenía una cabeza estrecha y unos ojos pequeños y muy redondos que ensanchaba con frecuencia, como asombrándose de las cosas que la gente decía y hacía. Una cinta con estampado de leopardo le apretaba el pelo negro hacia atrás, dejando a la vista la cara huesuda. Los pendientes eran como lingotes de oro colgantes, a juego con el collar. Estaba apoyada en el respaldo de la silla, con la copa de vino en la mano y el plato lleno de comida. Había convertido las bolas de pasta *choux* en un amasijo y había escondido debajo el *foie gras*.

—Gaby —le dijo Birgid con severidad—, está intentando poner límites.

Gaby hizo girar el tenedor en el amasijo de su plato.

—¿Tienes hijos? —me preguntó—. A mí no me gustaría que nadie me dijera cómo debo criar a los míos. —Fruunció los labios, pintados de color oscuro, dándole la vuelta al tenedor y machacando la comida con el dorso—. Tú eres la escritora, ¿verdad? —dijo—. Lawrence nos ha hablado de ti. Creo que he leído uno de tus libros. Pero no recuerdo de qué trataba.

Leía tantos libros, dijo, que acababa confundiéndolos todos. Muchas veces dejaba a los niños en el colegio y luego volvía a meterse en la cama y se pasaba el día entero leyendo, y solo se levantaba cuando llegaba el momento de ir a recogerlos. Podía leer seis o siete libros a la semana. A veces ya llevaba el libro mediado cuando de pronto

se daba cuenta de que ya lo había leído. Era lógico que le pasara, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que leía, pero no dejaba de ser preocupante el tiempo que podía tardar en darse cuenta. Empezaba con una sensación surrealista, como recordar algo mientras estaba sucediendo en realidad, pero el caso es que nunca le echaba la culpa al libro: creía que la sensación de *déjà vu* tenía que ver con su propia vida. En otras ocasiones recordaba algunas cosas como si le hubieran ocurrido a ella de verdad, cuando en realidad eran cosas que había leído. Podía jurar por su vida que tal o cual escena existían en su memoria, cuando en verdad no tenían nada que ver con ella.

—¿No te pasa nunca? —preguntó.

Lo peor eran las discusiones que aquello provocaba con su marido. Estaba totalmente segura de que habían estado en algún lugar o hecho algo, y él lo negaba. A veces se daba cuenta después de la discusión de que el viaje a Cornwall había sucedido en un libro y no en la realidad, pero en otras ocasiones su certeza persistía, hasta el punto de que la negación de su marido casi la volvía loca. Recientemente, por ejemplo, había mencionado a un spaniel que habían tenido y que se llamaba *Taffy*. Su marido dijo que no recordaba ningún *Taffy*. Más aún, la había acusado de inventarse a *Taffy*; nunca habían tenido ese perro, dijo. Habían acabado discutiendo a gritos, hasta que ella pensó que debía de haber alguna prueba del perro y revolvió la casa entera en busca de algo que demostrara que *Taffy* había existido. Se había pasado así toda la noche —había mirado en todas las cajas, cajones y armarios— mientras él se quedaba sentado en el sofá, bebiendo *whisky* y escuchando su colección de *jazz* contemporáneo —música que ella odiaba— a todo volumen y burlándose de ella cada vez que pasaba por delante de él. Al final los dos se desplomaron, vencidos por la ira y el cansancio. Cuando se despertaron por la mañana, los niños encontraron a sus padres vestidos y durmiendo en el suelo de la sala de estar, con toda la casa patas arriba, como si hubieran entrado los ladrones.

Se llevó la copa de vino a los labios carnosos y oscuros y la vació de un trago.

—Pero ¿encontraste algo? —le preguntó Birgid—. ¿Llegaste a resolver el misterio?

—Encontré una fotografía —dijo Gaby—. En la última caja había una fotografía de un pequeño spaniel marrón, adorable. No te imaginas el alivio que sentí. Creía que me estaba volviendo loca de verdad.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Birgid.

Gaby esbozó una sonrisa triste.

—Dijo: ah, ¿te referías a *Tiffy*? Si hubiera sabido que estabas hablando de *Tiffy*, hubiera sido distinto. Pero no hemos tenido un *Taffy*. El caso —dijo Gaby— es que sé que el perro se llamaba *Taffy*. Estoy segura.

La niña del vestido rojo, Henrietta, habló por primera vez.

—¿Cómo puedes estar segura? —preguntó.

—Estoy segura —contestó Gaby—. Lo sé.

—Pero él dice que se llamaba *Tiffy* —dijo Henrietta.

Tenía una cara tan suave, tan redonda y tan blanca como la de una muñeca de porcelana. Debía de tener quince o dieciséis años, pero a pesar de su vestido ceñido y sus tacones altos, se comportaba con ingenuidad infantil. Se quedó mirando a su madre con los ojos muy abiertos, sin pestañear. Su expresión, que parecía inmutable, era de alarma.

—Se equivoca —dijo Gaby.

—¿Estás diciendo que miente? —preguntó Henrietta.

—Solo digo que se equivoca —contestó Gaby—. Nunca lo llamaría mentiroso. Nunca llamaría mentiroso a papá.

Eloise volvió y se sentó frente a mí, mirándonos a todos con los ojos brillantes, intentando reengancharse a la conversación.

—No es mi papá —dijo Henrietta. Estaba sentada muy recta y sus ojos redondos de muñeca no pestañeaban.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gaby.

—No es mi papá —repitió Henrietta.

Gaby se volvió hacia Eloise y hacia mí con franca irritación, y se puso a explicarnos los detalles de la concepción de Henrietta como si esta no estuviera delante. La chica era el fruto de una relación anterior, o ni siquiera de una relación, sino de una noche que había pasado con alguien cuando tenía veintipocos años. Había conocido a Jamie —su marido, y el padre de sus otros dos hijos— cuando Henrietta solo tenía unas semanas.

—De modo que él es su papá —zanjó.

Lawrence sirvió el plato principal, un pájaro diminuto con las patas atadas para cada uno.

—¿Qué es? —preguntó Angelica, cuando le puso el suyo delante.

—Un pollito —dijo Lawrence.

Angelica chilló. Lawrence se puso tieso, con el plato en la mano.

—Vete de la mesa, por favor —dijo.

—Cariño —dijo Eloise—, cariño, eso es demasiado.

—Por favor, vete de la mesa —repitió Lawrence.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Angelica. Se puso de pie.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Eloise, volviéndose.

—¿Quién? —preguntó Gaby.

—El padre —dijo Eloise en voz baja—. El hombre con el que pasaste una noche.

—Vive en Bath —dijo Gaby—. Es anticuario.

—¡Pero si Bath está aquí mismo! —exclamó Eloise—. ¿Cómo se llama?

—Sam McDonald —contestó Gaby.

A Eloise se le iluminó la cara.

—Conozco a Sam —dijo—. De hecho, me lo encontré hace unas semanas.

Se oyó un grito en la otra punta de la mesa. Nos volvimos para mirar y vimos que, uno tras otro, los niños se iban levantando junto a Angelica, hasta que todos

estuvieron de pie delante de sus platos, llorando a mares. Se pusieron en fila emitiendo sonidos con la boca, palabras indistinguibles que se fundían en un coro de protestas. Las velas ardían a su alrededor manchándolos de luz roja y naranja, iluminándoles el pelo y los ojos y centelleando en las húmedas mejillas, tanto que casi parecía que estuvieran ardiendo.

—Dios mío —dijo Birgid.

Por un momento todos se quedaron mirando, hipnotizados, la fila de niños llorosos e incandescentes.

—Una pequeña fila de mártires —dijo Gaby, divertida.

—Me rindo —suspiró Lawrence, dejándose caer en la silla.

—Cariño —dijo Eloise, poniendo su mano encima de la de él—. Deja que yo me encargue, ¿de acuerdo? ¿Me dejas?

Lawrence movió la mano en un gesto de resignación y Eloise se levantó y fue a la punta de la mesa.

—A veces la voluntad humana no es suficiente —dijo Lawrence.

Henrietta había permanecido completamente tiesa e inmóvil, con los ojos redondos muy abiertos y el pelo rojo como un velo ardiente sobre sus hombros desnudos.

—¿Por qué no lo he conocido?

—¿A quién? —preguntó Gaby.

—A mi papá. ¿Por qué no lo he conocido nunca?

—No es tu papá —dijo Gaby.

—Sí que lo es —dijo Henrietta.

—Tu papá es Jamie. Él es quien te cuida.

—¿Por qué no lo he visto nunca? —insistió Henrietta, sin pestañear—. ¿Por qué nunca me has llevado a verlo?

—Porque no tiene nada que ver contigo —contestó Gaby.

—Es mi papá —dijo Henrietta.

—No es tu papá —dijo Gaby.

—Sí que lo es. Es mi papá.

También de los ojos de Henrietta empezaron a caer las lágrimas. Permanecía completamente quieta, con las manos blancas juntas en el regazo mientras las lágrimas rodaban sin parar mejillas abajo, cayendo sobre sus dedos entrelazados.

—Un papá es una persona que te cuida —dijo Gaby—. Ese otro hombre no te cuida, así que no puede ser tu papá.

—Sí, sí que puede —sollozó Henrietta—. Ni siquiera me dijiste cómo se llamaba.

—¿Qué importa quién sea? —dijo Gaby—. No es nada tuyo.

—Es mi papá —repitió Henrietta.

—Es tu padre —dijo Birgid—. Es tu padre biológico.

—Ni siquiera me dijiste cómo se llamaba —dijo Henrietta.

—Tu papá es Jamie, tesoro —intervino Eloise—. Te conoce desde que eras recién

nacida.

—No —dijo Henrietta, negando con la cabeza—. No, no lo es.

—Un papá es alguien que te conoce —dijo Eloise—. Alguien que te conoce y te quiere.

—Ni siquiera lo he visto nunca —dijo Henrietta—. Ni siquiera sé cómo es.

—No es tu papá —dijo Gaby, terminantemente. Se quedó mirando su copa de vino, ceñuda y victoriosa, mientras Henrietta lloraba en frente de ella.

Nadie decía nada. Los otros adultos guardaban silencio, incómodos. Alrededor de la mesa las lágrimas rodaban por las caras de los niños. Pero la visión de la chica pelirroja paralizada de dolor era tan lastimosa que me vi obligada a decirle algo. Al oír mi voz volvió la cabeza mínimamente. Me miró a los ojos, fijamente.

—Sí —contestó—. Quiero conocerlo. ¿Él quiere conocerme?

Le dije que no lo sabía. Volvió a mirar a su madre.

—¿Quiere conocerme?

—Supongo —dijo Gaby en un tono glacial—. Tendré que preguntárselo.

Oí que el móvil sonaba en mi bolso y me levanté para contestar. Al principio no habló nadie. Escuché ruidos de una pelea y luego algo que se rompía a lo lejos. Pregunté quién era. Se oyó un sollozo débil. Quién es, repetí. Por fin mi hijo menor empezó a hablar. Soy yo, dijo. Llamaba desde el teléfono fijo, su móvil se había quedado sin batería. Él y su hermano se estaban peleando, dijo. Llevaban toda la noche peleándose y parecía que no podían parar. Tenía los brazos llenos de arañazos y un corte en la cara. Sangra, sollozó, y hay cosas rotas. Papá se va a enfadar mucho. Le pregunté dónde estaba su padre. No lo sé, gimió. Pero no está aquí. Es tarde, dije. Deberíais estar en la cama. Se oyeron más ruidos de pelea y luego el golpe del teléfono al caer. Oía cómo se peleaban. Sus gritos y gruñidos se alejaron y después volvieron a acercarse. Esperé a que alguno de ellos cogiera el teléfono. Grité. Por fin se oyó la voz de mi hijo mayor. ¿Qué quieres?, dijo con tono inexpresivo. No lo sé, respondió cuando le pregunté dónde estaba su padre. No ha estado aquí en toda la noche. No es culpa tuya, le expliqué, pero vas a tener que ordenarlo todo. Él también se puso a llorar. Estuve hablando con él un buen rato. Cuando terminé, volví a la mesa. Los niños y la chica pelirroja se habían ido. Gaby y Birgid estaban hablando. Lawrence estaba sentado con expresión preocupada, con los dedos en el tallo de su copa. Algunas velas se habían apagado. La niebla se apretujaba contra las ventanas, ahora totalmente opacas. Me di cuenta entonces de que ninguno de nosotros podría irse de casa de Lawrence, por mucho que quisiera o lo necesitara.

Eloise estaba metiendo a los niños en la cama, me dijo Lawrence. Estaban todos agotados. Tenían que haberles dado la cena antes, sin duda, dijo, y haberlos sentado delante de la tele.

—A veces —dijo— tengo la sensación de estar desangrándome lentamente.

Eloise volvió, se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

—Pobre —le dijo—. Te habías esforzado tanto. —Lo miró levantando la cabeza y

soltó una risita—. Aunque también ha tenido su lado divertido —añadió—. Todos esos niños tan bien educados, histéricos delante de sus pollitos.

Lawrence sonrió con una mueca.

—Mañana te parecerá divertido, cariño —dijo ella, frotándole el brazo—. Ya lo verás.

Eloise bostezó y me preguntó qué iba a hacer el resto del fin de semana. Le dije que la noche siguiente iría a la ópera.

—¿Con quién? —preguntó, enderezándose un poco, con un brillo en los ojos. Examinó mi cara y se enderezó un poco más.

—¡Lawrence, mira! —dijo, señalándome.

—¿Qué? —dijo Lawrence.

—Mírala. ¡Se está sonrojando! Nunca la había visto sonrojarse, ¿y tú? ¿Quién es? —preguntó, inclinándose hacia mí por encima de la mesa—. Tengo que saberlo.

Dije que era alguien que había conocido.

—Pero ¿cómo? —preguntó Eloise, dando golpecitos de impaciencia en la mesa—. ¿Cómo lo has encontrado?

En la calle, dije.

—¿Lo encontraste en la calle? —preguntó Eloise, incrédula. Se echó a reír—. Cuenta —dijo—. Quiero saberlo todo.

Le dije que todavía no había nada que contar.

—¿Es rico? —susurró.

Lawrence me estaba mirando con sus ojos oscuros como dos puntitos.

—Bien —dijo—. Muy bien.

Ni siquiera sabía si saldría bien, dije.

—Tienes que olvidarte de los niños —dijo Lawrence—. Al menos por un tiempo.

—¿Cómo va a olvidarse de ellos? —dijo Eloise.

—Van a devorarte —dijo Lawrence—. No pueden evitarlo. Está en su naturaleza. Te chuparán la energía hasta dejarte vacía.

Es lo que le había pasado a Eloise, continuó: cuando la conoció, era un desastre físico y emocional, estaba muy flaca, agotada y atormentada por las preocupaciones económicas. De hecho, él no habría llegado a conocerla si la madre de ella no le hubiera hecho una vez de canguro, lo que sucedía raras veces porque vivía en el extranjero y no le gustaba quedarse sola con los niños cuando venía de visita, porque, sinceramente, la madre de Eloise no quería ser madre...

—Cariño —dijo Eloise, poniéndole la mano en el brazo—. Cariño, no digas eso.

—... no quería ser madre —continuó Lawrence—, y mucho menos abuela. Pero esa noche Eloise consiguió convencerla de que se los quedara un par de horas para poder ir a una fiesta. Eloise era como un fantasma famoso en su círculo de amigos. Lawrence había oído hablar muchas veces de ella, pero nunca la había visto. Había oído decir una y otra vez que Eloise estaría en tal o cual celebración, pero ella no aparecía nunca. Fue Susie, paradójicamente, quien había despertado su curiosidad. Le

dijo que Eloise se le había acercado en la puerta del colegio y se había ofrecido a llevar a Angelica al colegio y a casa, puesto que pasaba por delante de su puerta cuando llevaba a sus hijos en coche. A Susie le había parecido una propuesta desconcertante: ¿por qué, dijo, pensaba Eloise que ella necesitaba que alguien llevara a su hija? Ni siquiera conocía a Eloise; no tenía ni idea de si era buena conductora. Lawrence había intentado decir que lo había propuesto con buena intención, pero desde entonces Susie catalogó a Eloise como una mujer sospechosa.

Lawrence sujetó el tallo de su copa con las puntas de los dedos y la inclinó lentamente a la luz de la vela.

El destino, dijo, no es más que la verdad en su estado natural. Cuando dejas las cosas al azar, puede llevar mucho tiempo, dijo, pero sus procesos son exactos e inexorables. Desde esa conversación con Susie y hasta que él conoció a Eloise, pasaron dos años; en ese tiempo había pensado a menudo en su ofrecimiento de llevar a Angelica al colegio, lo había considerado desde muchos puntos de vista y también había contemplado a Susie bajo la luz de ese episodio. Era un punto fijo, como una estrella que le sirviera a un viajero para navegar en la oscuridad. Cuando por fin conoció a Eloise, Lawrence había llegado a entender muchas cosas sobre Susie y sobre sí mismo; ya habían hablado de un periodo de separación de prueba y estaban viendo a un consejero matrimonial. Susie —que no tenía nada de fatalista, y veía la vida como una trama fantástica llena de estratagemas— había interpretado de forma distinta esos acontecimientos, sacando de ellos una historia en la que Eloise había intrigado de forma deliberada y maliciosa para inmiscuirse en su vida y en la de Lawrence y quedarse con Lawrence, una historia que se contaba a sí misma y a sus amigas. Pero Lawrence, sin apartar la vista de aquel punto fijo, había navegado con buen rumbo a través de la confusión. Creía haber aprendido más cosas de Eloise con sus ausencias de lo que le habría enseñado su presencia; lo primero que le había encantado de ella, y que todavía le encantaba, eran precisamente esas ausencias, cuyo misterio e intangibilidad lo habían llevado a examinar la realidad de su propia vida.

La razón por la que Eloise nunca aparecía en las reuniones sociales —incluso cuando tenía intención de asistir y había anunciado su presencia— eran, obviamente, sus hijos, a los que creía que no podía dejar solos. El padre de los niños —el exmarido de Eloise— se había desentendido de toda responsabilidad cuando el matrimonio terminó: casi le procuraba placer verlos sufrir, creía Lawrence —como los maltratadores disfrutaban viendo sufrir a sus víctimas—, en parte porque el sufrimiento de los niños ponía en escena el suyo propio y en parte porque constituía un medio infalible de castigar a Eloise. Cada vez que Eloise dejaba a los niños con él, ocurría algún contratiempo: se hacían alguna herida, solos o el uno al otro, volvían contando que el padre los había tenido abandonados y desatendidos, que los había llevado a lugares extraños o inapropiados, o los había dejado con personas que no conocían. Su exmarido mostraba una conducta completamente despiadada y se negaba a contribuir ni mínimamente en sus gastos. Pese a su apurada situación, Eloise

los mandaba a casa de su padre con dinero, por si tenían que comprar comida, y en alguna ocasión hasta se había dejado caer por allí con comida que ella había cocinado, diciendo que le había sobrado. Por Navidad, compraba, envolvía y entregaba los regalos de él para sus hijos.

—Sigues haciéndolo —dijo Lawrence, mirándola—. Sigues respaldando a ese inútil.

—Cariño —dijo Eloise—. Por favor.

—Nunca permites que se le critique —dijo Lawrence—. Y mucho menos le plantas cara.

Eloise adoptó una expresión suplicante.

—¿De qué serviría? —preguntó.

—No deberías permitir que se saliera con la suya —dijo Lawrence—. Tendrías que plantarle cara.

—Pero ¿de qué serviría? —insistió Eloise.

—Tendrías que plantarle cara en lugar de defenderlo, machacándote día y noche para encubrirlo. Los niños deberían saber la verdad —dijo, tomando un largo trago de vino.

—Necesitan ver que tienen un padre —dijo Eloise con lágrimas en los ojos—. ¿Qué más da que sea mentira?

—Deberían ver la verdad —dijo Lawrence.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Eloise.

—Solo quiero que sean felices —dijo—. ¿Qué importa todo lo demás?

Estaban sentados el uno al lado del otro, a la luz de la vela, que se iba consumiendo. Eloise lloraba con la cara levantada, los ojos brillantes, la boca abierta, con una extraña mueca que imitaba a una sonrisa. Gaby volvió la cabeza para mirarla y enseguida hundió de nuevo los ojos en su plato, abriéndolos mucho. Lawrence cogió la mano de Eloise y ella se la apretó, sin dejar de llorar, mientras él miraba enigmáticamente al vacío. Birgid se inclinó hacia delante, una silueta blanca en la penumbra, y puso la mano en el hombro de Eloise. Su voz, cuando habló, fue sorprendentemente sonora y alentadora.

—Creo que ya va siendo hora de que nos vayamos a dormir —declaró.

Cuando me levanté por la mañana, todavía no había amanecido. Abajo, los restos de la cena seguían sobre la mesa. Las velas derretidas se habían solidificado, desparramadas. Diseminadas entre las copas y los cubiertos sucios, servilletas arrugadas. El libro de Jake estaba abierto sobre la silla. Miré la fotografía que me había enseñado, la hendidura estriada y tenebrosa en la inhóspita superficie planetaria. En el otro extremo de la cocina, una luz azul parpadeaba al otro lado de la puerta entreabierta. Oí el murmullo de la televisión y vi pasar una silueta veloz por el hueco de la puerta. Reconocí a Eloise y alcancé a vislumbrar su vaporoso camisón y su apresurado pie desnudo. Al otro lado de las ventanas se elevaba una extraña luz subterránea que apenas se distinguía de la oscuridad. Sentí el cambio debajo de mí,

lejos, agitándose en lo más profundo, debajo de la superficie de las cosas, como las placas tectónicas moviéndose ciegamente sobre sus rastros negros. Busqué el bolso y las llaves del coche y salí de la casa sin hacer ruido.